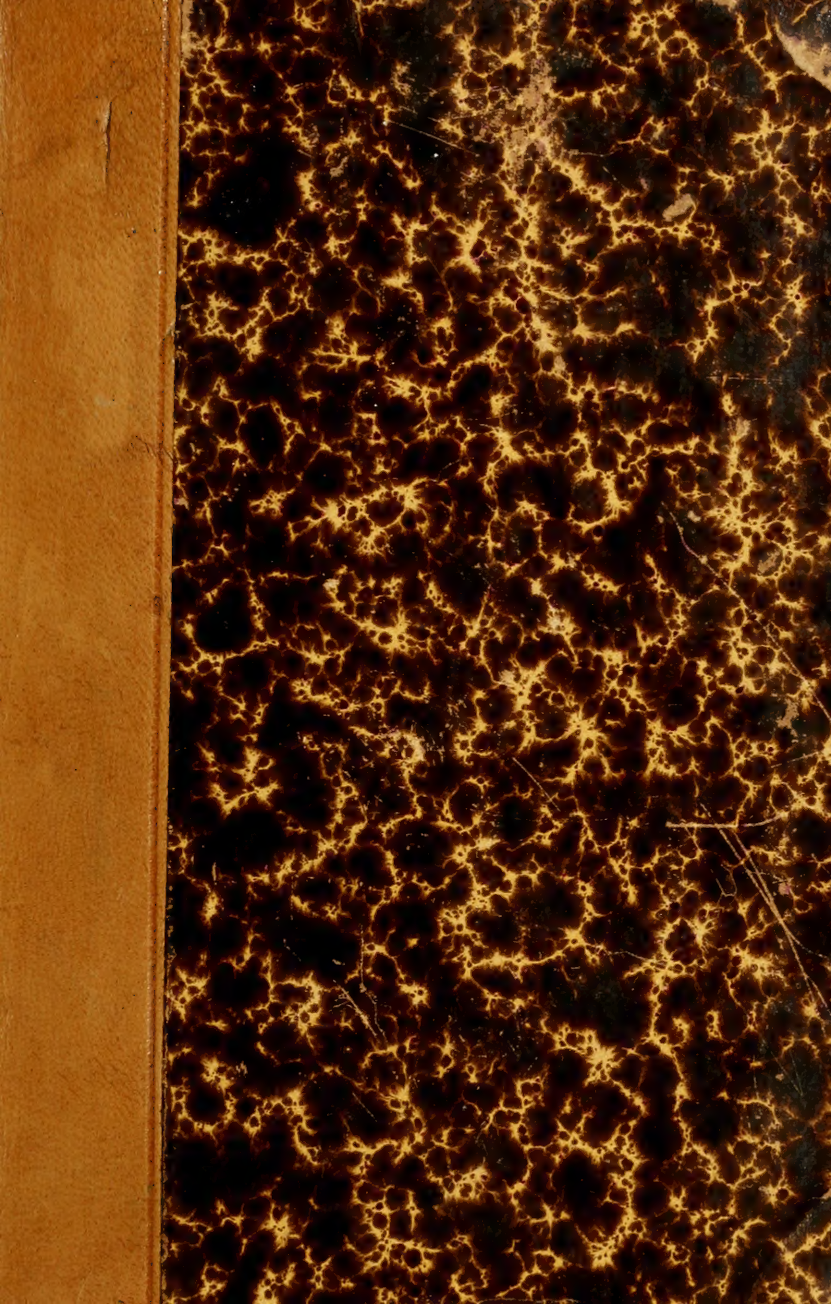
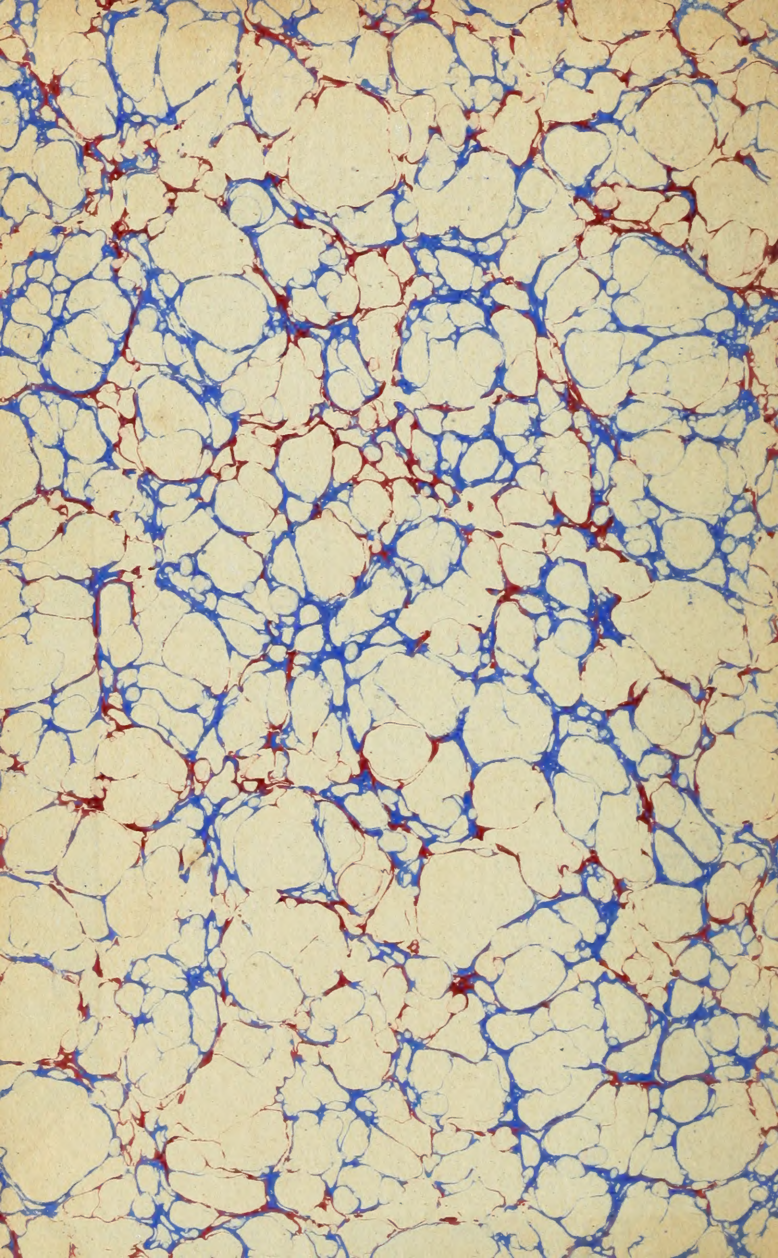
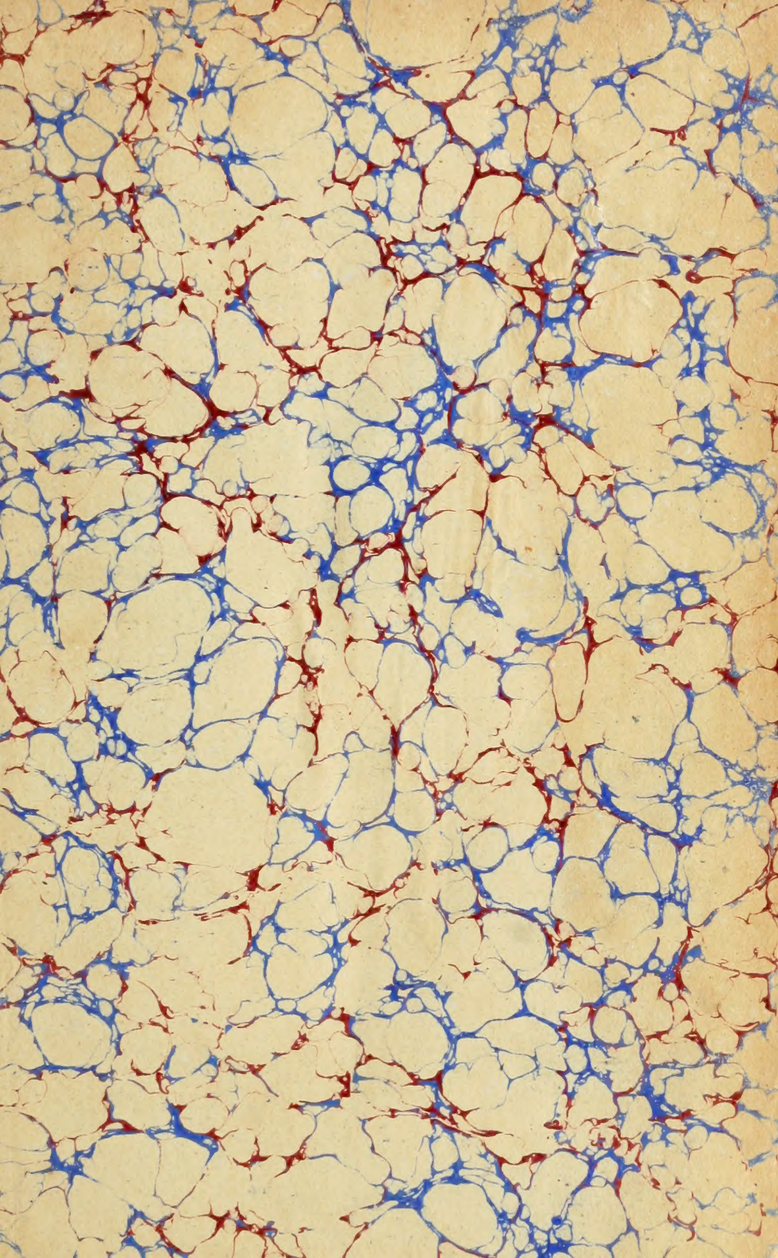






DR. JOSÉ INGEGNIEROS
*Catedrático en la Universidad de Buenos Aires*

# ITALIA

## EN LA CIENCIA, EN LA VIDA Y EN EL ARTE






F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
*Calle del Palomar, 10.—VALENCIA*
SUCURSALES: *Salas, 4.—MADRID*
*Carmen, 3, 1.º—BARCELONA*

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

# Breve prolegómeno

*He aquí las impresiones de Ciencia, de Vida y de Arte recogidas por el autor bajo el cielo maravilloso de Italia, durante una de sus incomparables primaveras, triunfos de luz y de color sobre encantadoras visiones y panoramas.*

*Llegó á Roma en Abril de 1905, para representar á la República Argentina en el V Congreso Internacional de Psicología. Allí vió reunida á la Ciencia, en la persona de sus más conspicuos representantes, y compartió con Ferri, Lombroso y Sommer, la honra de presidir las sesiones de la Sección cuarta. Después se extasió ante mil cosas evocadoramente bellas, todo el arte y toda la grandeza de un pasado magnífico; al mismo tiempo observó algunas fases de la Italia moderna, con el cariño doblemente filial de la raza y de la cultura.*

*El señor Emilio Mitre, director del diario «La Nación», de Buenos Aires, tuvo la amable idea de invitarle á enviar algunas correspondencias, traduciendo sus impresiones inmediatas, hojas al pasar. Ellas, reunidas hoy, componen este volumen, con las rápidas modificaciones—más de estilo que de concepto—impuestas por la responsabilidad del libro; su origen explica las inevi-*

*tables lagunas que advertirá el lector. Estas páginas son un descanso, un breve paréntesis que el autor intercala en los estudios científicos que le son habituales. Si mereciera ser dedicado, lo estaría al señor Emilio Mitre, que colaboró en él con su cortés iniciativa.*

*Un solo verso del poeta unánime, del más infinito, podría resumir estas impresiones:*

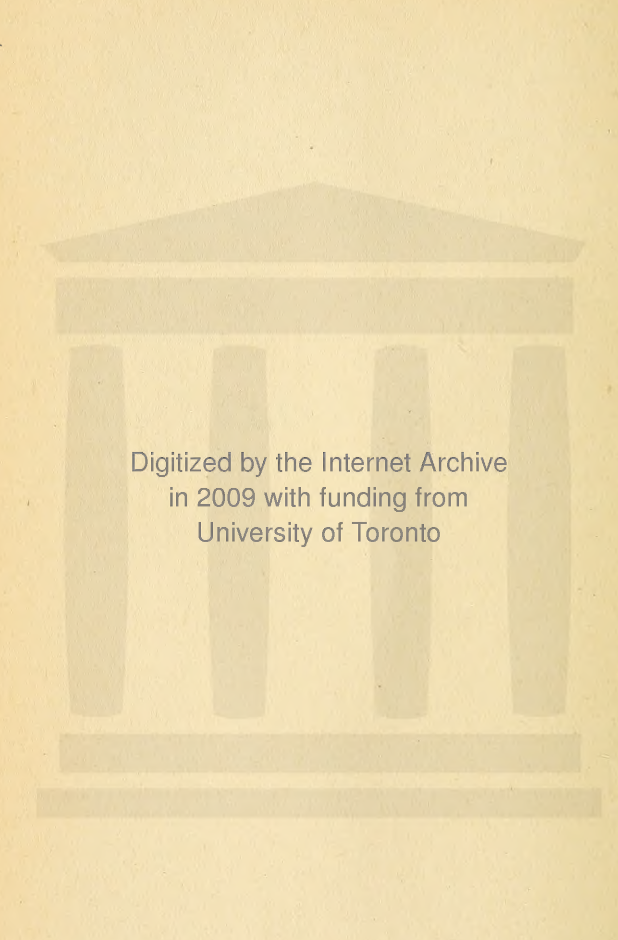
«Vegno di loco ove tornar desio.»

Abril-Junio de 1905.

---

# I

# EN VIAJE



# San Vicente: los negros

La nostalgia mordía en los corazones, como un ancla. El austro propicio silbaba entre las jarcias, rumbo á San Vicente, más veloz que la nave, pero menos que nuestro deseo de pisar tierra. El océano formaba á la espalda una infinita landa azul, inmenso abanico japonés abierto desde la popa y á todos los rumbos, floreado por las sombras que ponían de trecho en trecho las nubes, diseminadas con negligencia. En la visión lejana de la proa una sombra rompía la línea del horizonte, como un acento circunflejo perdido entre el cielo y el mar: era un peñón, el primero visible de los muchos que constituyen el archipiélago de Cabo Verde.

Poco á poco surgieron otros. A breve andar el cuadrante de la máquina señaló media fuerza y nos deslizamos blandamente por entre los canales. Para los más, las islas parecían peñascos arrojados al azar desde el cielo; algunos casquivanos fantaseaban un imaginario apedreo de Neptuno por Júpiter ofendido. Para los menos, parecían levantadas del fondo del océano por el brazo de algún coloso encerrado en el centro de la tierra. No había sabios que explicaran su verdadero génesis geológico; las moles plutónicas podían lucir su rojiza estriación horizontal sin que la palabra de la ciencia turbara su reposo multisecular.

El canal se ensancha de pronto. A la izquierda aparece la isla de Santiago, donde está la capital del archipiélago; á la derecha, entre costas matizadas por basaltes y feldespatos, se divisan faldas aridísimas teñidas de ocre: entre ellas un villorrio con casuchas blancas, azules, rojas, verdes, amarillas. En el centro del canal culmina un faro, partiendo en dos la línea del horizonte, desde una isla que emerge del fondo del mar como una columna: su forma cónica y su estriación transversal le han valido un nombre insustituíble, que por demasiado pintoresco sólo puede citarse por aproximación: la, cómo diremos, la incorrección del diablo. No obstante sus dimensiones, no figura en los versos que dieron popularidad á Juan Cruz Varela.

El vapor viró hacia la derecha, enfiló el canal de ese lado y ancló frente á la población multicolor: una aldea jovial, vestida con la alegría del iris, como una maritornes en traje de verbena. Los ventanillos, alineados á lo largo del casco, parecían mirar curiosamente el panorama, como ojos de la nave acostumbrados á contemplar fijamente los más lejanos horizontes, descifrando el secreto de las olas fecundas en quietudes y en tempestades.

***

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda—ya sea un sueldo ó una lira,—es indigno de ser descrito. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenios lirismos de fraternidad universal se es-

trellan contra estas dolorosas realidades. Están lejos, muy distantes uno de otro, el criterio formado en quince años de biblioteca y el juicio que se impone en quince minutos de observación directa de la vida. Acaso sea ésta una de las mayores dificultades para las ciencias de aplicación á la política, forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social misma: la falta de contacto con la realidad en todas sus fases innumerables, la falta de concordancia entre los esquemas ideológicos y los fenómenos á que ellos se refieren.

La crítica del conocimiento es progresivamente más difícil á medida que se complica el orden de los fenómenos estudiados: un problema de aritmética puede resolverse en una celda, uno de química desde el gabinete, uno de biología general en el laboratorio, ¿pero los problemas de sociología, es decir, de alta política científica? Sin embargo, en esta esfera cada hombre cree poseer verdades infalibles, principios absolutos, dogmas intangibles, que á la postre suelen resolverse en estériles sectarismos ó en violentas ortodoxias; una misma teoría para diez pueblos distintos, una norma general para cien casos particulares y heterogéneos, una ley y una ética para cien millones de hombres desiguales.

La simple visión de esos negros sugiere mil cuestiones, ilumina mil problemas con luz inesperada; las razas, la nacionalidad, la esclavitud, los paralelos históricos, la evolución del régimen colonial, y cien más que llenarían muchas correspondencias. Así, por ejemplo, cuando leemos en Mitre ó López—para citar solamente á los mayores—el desarrollo de la importación de esclavos africanos á las antiguas colonias españolas del

Río de la Plata, nos los imaginamos como víctimas de la iniquidad de los blancos y simpatizamos con su dolor; suponemos, involuntariamente, que aquellos esclavos africanos eran como los actuales negros que anualmente suelen ir de jaquet y galerita á saludar la estatua de Falucho. Es un error craso, sin embargo, que nos falsea la interpretación del papel histórico de la raza negra en la formación del pueblo y el carácter americanos. Los negros importados á las colonias eran, con toda probabilidad, semejantes á los que pueblan San Vicente: una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud—como función protectiva y como organización del trabajo—debería mantenerse, en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que se asila en colonias á los alienados y se protege á los animales. La esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad objetiva, puramente biológica. En San Vicente está abolida de derecho; pero la situación de hecho en que vive esta gleba, es la propia del esclavo, si no inferior. Las leyes no pueden modificar los fenómenos biológicos y sociales; sólo debieran limitarse á interpretarlos, adaptándose á ellos.

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica é irracional. Los derechos del hombre podrán ser justos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer á la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos. ¿El voto de estos negros puede equivaler al de Spencer? Los hombres de las razas blancas, aun en sus grupos étnicos más inferiores, distan

un abismo de estos seres, que parecen más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados.

Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal, que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología ó las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea, agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal; las actitudes, los gestos, el lenguaje, los gustos, las aptitudes, los sentimientos de bestia domesticada, y, por fin, su mismo *standard of life* que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopiteco de Dubois.

La primera impresión al ver sus barquillas mugrientas boyando hacia el vapor, es nauseosa. Sin más abrigo que un harapo dispuesto á guisa de taparrabo, llegan en montones de cinco, ocho, diez, en cada embarcación. Desde lejos piden monedas, poniendo en las nubes sus gritos de entonación ancestral; cuando un cobre cae en las olas, se abalanzan en bandada sobre la limosna, se zambullen, se dan de mojicones debajo del agua, trenzando sus cuerpos como nudos vivientes. Un minuto después, esa triste resaca humana, vuelve á flotar en la superficie, mientras el elegido por la suerte exhibe entre los dientes el codiciado fruto de la gresca.

Los pasajeros suelen divertirse en ese entretenimiento; sus espíritus generalmente frívolos ó aburridos, encuentran grato el pensamiento, como los niños que en un jardín zoológico arrojan golosinas á una jaula de monos, para ver la disputa. Los pasajeros, no siendo niños por su edad, lo parecen por sus gustos. Si es afrentoso el espectáculo de hombres que mendigan, no es con-

solador el de los que se divierten á expensas de tanta miseria moral y material.

Los célebres negros, cuya pantomima acuática deleita la imaginación de los pasajeros con varios días de anticipación, resultan lastimosos bufonzuelos mendicantes. Las personas que consideran decorosa la limosna podrían ejercerla en otra forma, ahorrando á la especie humana esa desdorosa exhibición de su propia indignidad.

*
* *

La enseñanza fundamental que se recibe no es, por cierto, halagüeña para espíritus nublados por precauciones democráticas. Los hombres de razas inferiores no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales; son inaptos para el ejercicio de la capacidad civil y no debieran considerarse «personas», en el concepto jurídico. Por supuesto que en la regla caben mil excepciones, esta verdad relativa sería un error tomándola en absoluto, como todas las afirmaciones absolutas respecto de fenómenos biológicos y sociales.

Estos negros viven hacinados en chozas desmanteladas, pues las casas bonitas sólo son ocupadas por extranjeros, comen maíz pisado, rara vez carne, pocas verduras, beben agua pésima, que compran á un precio relativamente elevado, cuando no pueden adquirir su veneno habitual, una caña violenta llamada *cashasha*. Los hombres adultos suelen trabajar en la carga y descarga del carbón, tarea accidental y que se paga á destajo. Cuando no huelgan, pueden ganar por día una cantidad de reis fuertes, que corresponde á poco más de dos francos ó un peso argentino. El mismo día los reis se transforman en caña.

Se cuentan á dedo los negros que hablan portugués y no encontramos ningún adulto que supiera leer y escribir. No tienen siquiera ideas religiosas, siendo éstas un índice de cultura entre los hombres de mentalidad inferior, incapaces de excluir ó reemplazar las ideas religiosas por nociones científicas. En las épocas de carestía, que son frecuentes, estos negros perecen de hambre, á miles; el año pasado murieron cuatro mil en la isla de Santiago, en los alrededores de la capital.

Semejantes hombres no pueden sobrevivir en la lucha por la vida. La selección natural, inviolable á la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos toda vez que se encuentren frente á frente con las razas superiores. Adviértase que los actuales negros de San Vicente deben ser ya la flor y nata de su grupo étnico, pues en algunos siglos de contacto con los blancos, sólo han podido sobrevivir los ejemplares de *élite;* igualmente los negros que aún vemos en América, son la fina flor de los importados por los españoles á las antiguas colonias, los capaces de adaptarse á las condiciones de vida propias de nuestro ambiente europeizado.

Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; á lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando al mismo tiempo la adaptación provisional de los que por excepción puedan hacerlo. Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como á las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres ó á los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes. No contaría con nuestro voto el severo tribunal missisipense, que, en el pueblo poéticamente llamado Magnolia, acaba de conde-

nar á diez años de trabajos forzados á una mujer blanca, llamada Teresa Perkins, por haberse casado con un negro. Pero sería absurdo tender á su conservación indefinida, así como favorecer la cruza de negros y blancos. La propia experiencia de los argentinos está revelando cuán nefasta ha sido la influencia del mestizaje en la argamasa de nuestra población, actuando como levadura de nuestras más funestas fermentaciones de multitudes, según nos lo enseñan desde Sarmiento, Mitre y López, hasta Ramos Mejía, Bunge y Ayarragaray.



Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones á estas realidades afligentes. Jean Finot, en su reciente libro *La preocupación de las razas*, ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer á la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola.

Por una parte encontramos á los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, á la manera de Laponge ó de Folkmar. Su antecesor directo es Niezstche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos á Ernest Seillièze, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo ó, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocéfalos y braquicéfalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la

cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención á la verdad misma de los hechos. Max Nordau, que en estas mismas columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: «No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable.» Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han *visto* poblaciones de negros. Cuando D'Haussonville, partidario de los negros, los vió en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. «¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué á América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco á poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar á un negro como mi semejante.» Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas é impresiones á través de los Estados Unidos*.

En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios Americanos*, muy superior á su reputación no obstante haberlo dedicado á Taine, que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filosofías sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la casa estaban cuatro seres humanos. El primero

de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, á la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban á la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañón de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un piel roja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta bronceada del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro, profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: «¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacía de la raza blanca?» Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret, en su «enquête» *De San Francisco al Canadá,* cree que los pieles rojas no son superiores á los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps en *Le*

*Temps*, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superioridad de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar á su propia mesa al negro Booquer Washington.

No cabe en una correspondencia periodística el debate amplio de tan amena cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen á demostrar estas palabras autorizadas de Renán: «Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco.» Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau.

*
* *

Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables. La igualdad humana es un sueño digno de ingenuos como Cristo y de enfermos como Bakounine.

Suele oponerse el ejemplo del Japón, con todo el prestigio de su actualidad gloriosa. Es un ejemplo falso. Gobineau, tan grande en sus videncias geniales como en sus desequilibrios fronterizos del manicomio, previó ya esta objeción en su interesante *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Los japoneses difieren de los chinos por la mezcla de elementos étnicos diferentes. Además de cierta indudable aleación de raza negra, contienen elementos de raza blanca, especialmente en sus clases más elevadas. Eso confirmaría la idea de que la población malesa, que constituye el fondo de la población, ha sido primitivamente civilizada por colonias de raza blanca, versión

cimentada por la analogía entre muchas de sus leyendas mitológicas y las leyendas corrientes en Asiria. Gobineau explica de esa manera las particularidades fisiológicas y morales que caracterizan al pueblo japonés.

Por otra parte, no es posible desconocer que el Japón que vence á Rusia, no es el que describen los literatos viajeros, desde Pierre Loti hasta Gómez Carrillo. Ni es tampoco el que nos sugieren los malabaristas de circo. Es el Japón europeizado; que viste á la parisién, pelea con fusiles y cañones europeos, que estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas de Inglaterra y Alemania. Una raza que puede civilizarse no es una raza inferior; estas son, precisamente, las inadaptables, las no civilizables. Los japoneses de hoy, aptos para asimilar la civilización de los pueblos más evolucionados, no constituyen una raza inferior ó, por lo menos, son el residuo seleccionado y adaptable de una raza generalmente inferior é inadaptable. En Mandchuria pelea un Japón europeo contra una Rusia europea también, por lo menos en su capacidad de asimilar la civilización europea. Lo singular es que se siga viendo en el japonés al malabarista, como en el sudamericano al gaucho ó al indio emplumado; es necesario advertir que no gobiernan en Tokío los pordioseros del arrozal, como no se ve en Buenos Aires el resplandor bizarro de lanzas montoneras.

Lamentar la desaparición de las razas inadaptables á la civilización blanca, equivale á lamentar el progreso biológico y contradecir los datos de la ciencia. Los ganaderos se desviven por seleccionar y refinar sus razas, prefiriendo las cabezas de ganado fino y estableciendo enormes diferencias en el precio de unas y otras. ¿Qué diríamos del

que prefiriera la cría del escuálido carnero criollo á la del Lincoln ó el Rambouillet, la del mancarrón á la del puro de carrera? El sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está obligado, por lo menos, á pensar lo mismo que el criador en materia de razas equinas ó lanares. ¿O, por ventura, la raza humana nos interesa menos que ellas?



La condición material de los pueblos, de las clases sociales y de los individuos, suele corresponder á sus propias aptitudes para la lucha por la vida y para la mejor adaptación al medio en que viven. Razas como la que puebla las peñas del archipiélago de Cabo Verde, tienen que ser miserables. El ambiente natural contribuye eficazmente á ese resultado; salvo alguna fértil quebrada en la isla de Santiago, todo revela allí una aridez pavorosa. No hay productos naturales. El reino mineral no tiene fuentes de riqueza en explotación. El vegetal se refugia en pocos vericuetos que el azar irrigó de aguas proficuas; no hay cultivos en proporciones que permitan hablar de producción agrícola, no siendo las numerosas lechugas descoloridas que el cónsul argentino cultiva en su propia huerta, á fuerza de regadera y para su consumo personal. La ganadería es desconocida. Sobre tales cimientos económicos vegeta una constitución social que le corresponde estrictamente.

Faltando riquezas naturales explotables, no hay producción industrial de ningún género. La única fuente de subsistencias es el comercio de carbón; esta actividad comercial determina el tipo

sociológico de la pequeña población de San Vicente. Un grupo de extranjeros, portugueses é ingleses en su mayor parte, se enriquece en el tráfico del combustible. Una pequeña parte de la población indígena trabaja por vil salario en las operaciones inherentes á ese tráfico, constituyendo un proletariado cuya miseria está proporcionada con su inferioridad étnica é intelectual. Por fin, el resto de la población indígena, la más inferior y menos apta para el trabajo de carga y descarga del carbón, vive en pleno parasitismo social, acechando al transeunte extranjero para mendigar su limosna de pocos sueldos, á cambio de lo único que puede ofrecer su propia indignidad. Baste decir que un cicerone, solicitado por algunos viajeros para conducirlos á sitios de recreo, los condujo á su hogar, á fin de que su propia familia ganase los francos producidos por el entretenimiento.

Esta miseria crónica es el rasgo más característico de la población, á punto de repercutir en la mentalidad de los europeos y funcionarios allí residentes. Cuento al caso. A las once antemeridianas la oficina de correos sólo podía vender estampillas para tarjetas postales, siempre que se pidieran en pequeña cantidad: el franqueo de las cartas era imposible hasta la una, pues el jefe de la oficina había ido á almorzar y guardaba las estampillas de algún valor en un bolsillo del saco, dejando á sus empleados un pequeño número de las de poco monto. Otro cuento. El dueño del único «hotel» de la localidad, al ser visitado por los pasajeros ofreció mandar en busca de carne y huevos, por si alguno tenía el propósito de refocilarse allí; adviértase que el vapor era esperado en San Vicente y que el hostelero mandó á bordo

un negro descalzo para distribuir tarjetas de su negocio.

Por tal correo y semejante hotel puede inducirse fácilmente lo demás.

*
* *

La miseria de la raza africana tiene un solo paréntesis en esa isla. Una visita á la cárcel, en compañía del cónsul argentino, señor Raúl Ferro, persona de encantadora amabilidad, nos permitió ver algunos negros felices.

La cárcel es un edificio de sesenta metros por cuarenta, inaugurado á fines del año recién transcurrido. Una verja exterior ciñe el frente del edificio. Cuatro cuadras espaciosas (cuya posición rememora la casa de los osos en el jardín zoológico de Palermo), dan albergue á una treintena de presos. Catorce de ellos son menores de edad; hay una sola mujer. El delito común es el robo; hay un presunto uxoricida, un procesado por riña, otro por lesiones, y un viejo tenido por brujo y sospechoso «de sacar el unto» á las personas, delito que todos mencionan y nadie sabe en qué consiste. El régimen es patriarcal. Los presos beben *cashasha* junto con los centinelas y juegan á los naipes con el alcalde; reciben visitas de sus mujeres é hijos dentro de las celdas, tocan la guitarra y bailan con las negras.

Toda su pena es la secuestración; pero ninguno se queja de ella. Varios, en cambio, confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aireada y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica que por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una

bolsa vacía y otros delitos similares, se dejen estar meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial. Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que ésta, heroína de los filósofos románticos, sólo puede ofrecerles una vagancia probable á cambio de un hambre segura.

En este sentido, la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para los negros libertos. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos tenía para éstos la ventaja de asegurarles la existencia. La posesión de un hombre representaba la propiedad de cierta cantidad de mercancía, bajo la forma de fuerza de trabajo. El amo hacía trabajar á sus esclavos y los mantenía en buen engorde á fin de que su trabajo rindiese mucho; en el caso contrario perdía su propio capital. La abolición de la esclavitud reemplazó la venta del negro por su alquiler á destajo ó á salario; su fuerza de trabajo no se compra para siempre, se alquila cuando se la necesita. El capitalista no tiene interés alguno en asegurar la existencia individual de los negros asalariados; si mueren, nada pierde, alquila otros. Y los alquila por un salario tanto más bajo cuanto mayor es la oferta y la miseria de los postulantes. Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos. La libertad actual les ofrece la perspectiva del desamparo y de la muerte por inanición.

Sin embargo, desde la biblioteca lejana y al calor de sentimientos tan absurdos como generosos, no faltarán filósofos y sociólogos que crean haber favorecido á estos étnicos inferiores clamando contra la esclavitud.

La situación económica de la metrópoli influye sobre el estado de la colonia, lusitanamente disfrazada con el rumboso título de Provincia. Salvando las naturales distancias, San Vicente nos evoca á Buenos Aires en el siglo XVII. España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron ni podían dar vida á sus colonias. Sin capacidad productiva natural ni industrial, sin instituciones sociales evolucionadas, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo ó destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: el encomendero de indios y el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, á costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluídos de toda actividad económica productiva, comprendieron que podían librarse de la onerosa tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal. Esa es la sinopsis de la independencia de todas las colonias que tenían recursos de vida propia.

El archipiélago Cabo Verde está aún como la América latina en el siglo XVII; gracias á su indigencia no puede ni necesita independizarse. Allí no hay riquezas, no hay producción alguna; el poder político no daría ni quitaría ventajas ó facilidades económicas, pues no representa la administración de una vasta empresa productora. Los hijos de portugueses, que se cuentan á

dedo, no se consideran nativos ni están excluídos del magro comercio local; el poder político nada significaría para sus intereses económicos. Los negros son una masa políticamente inapreciable.

El cónsul argentino en San Vicente, *rico home* criollo, reconocía la imposibilidad de plantear el problema de la independencia del archipiélago, «pues no hay riquezas ni privilegios que disputarle á Portugal». Le preguntamos qué pensaría del asunto si existieran allí millares y millares de cabezas de ganado, como las tenía Buenos Aires en 1810. Sonrió graciosamente, asegurándonos que en ese caso la isla no sería miserable y los criollos harían lo posible para ser los dueños de casa.

San Vicente sólo tiene importancia como estación carbonera; este hecho no ha escapado á la perspicacia económica de los ingleses. Así como á principios del siglo pasado aparecieron en el Río de la Plata Berresford y Witelocke, en el archipiélago se han instalado fuertes compañías marítimas y carboneras, substrayendo á las inexpertas manos de los portugueses la hegemonía comercial del lugar. Estas son las invasiones inglesas civilizadas; antes la hacían con descargas de metrallas, ahora con descargas de libras esterlinas. Y son más eficaces.

Los naturales se regocijan de este lento cambio de patronazgo, productor de sensibles progresos en la población durante los últimos diez años. Prefieren los modernos amos inteligentes á los antiguos negreros inciviles.

---

# II

# EN LA CIENCIA

# Un cónclave de psicólogos

La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios, entre los evocadores museos del Capitolio, contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Angel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.

En la vasta sala parecían murmurar remotos ecos triunfales del Capitolio antiguo, mezclados con el cercano rumor de las grescas políticas que conmovieron el Capitolio moderno, teniendo por escenario ese mismo recinto de los Horacios. Por las grandes ventanas abiertas frente al azul clarísimo, el sol volcaba en frágiles transparencias sus olas de luz y de tibieza; el cielo que sedujo á Taine y á Stendhal, parecía complicarse en la bienvenida que Roma daba á los sabios de todos los países, cubriendo con dosel dignísimo el homenaje que les preparaba la ciudad invicta á través de los siglos y de las devastaciones.

Las fisonomías de los sabios desbordaban sonrisas frente á la mañana clásicamente hermosa y ante aquellas paredes doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos á los descendientes de los bárbaros que otro tiempo vinieron del continente sobre la península, con el ímpetu del rio que se desborda ó del alud que se precipita, destruyendo

las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las encantadoras colinas, desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza.

Aquéllos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que aquéllos hacían resonar bajo los cascos de sus potros desenfrenados, éstos llegan sobrecogidos de admiración y de respeto. En la invasión de los modernos extranjeros, la mueca y el gesto del bárbaro se han transformado en sonrisa y genuflexión ante las ruinas, elocuentes en su mutismo solemne. En estas caras de sabios, que ajó la fatiga de los laboratorios y de las clínicas, en sus ojos hondos y brillantes por tantas noches de meditación insomne, en las frentes que se dirían abovedadas por la perenne rumiación de las ideas, parecía resplandecer el goce de un voto cumplido místicamente. Pues hay en los congresos científicos un ambiente de fe, un tono de peregrinación, como si realmente acudieran á postrarse ante los imaginarios altares de la *nouvelle idole*, para usar el afortunado epíteto de François de Curel.

La ciencia, en verdad, realizaba allí algunos milagros. El profesor ruso Abrikosoff departía cariñosamente con el diputado japonés Motora, olvidando que en el Oriente remoto la sangre teñía las manos de dos pueblos enredados en una ciclópea experiencia de crueldad y de progreso. Flechsing y Janet trituraban en un cordial apretón de manos la vieja herrumbre francogermana. Vaschide y Gheorgow confundían en una misma aspiración científica el alma rumana y el alma búlgara. Henschen, un sueco grande y lírico, trajo el saludo simpático de sus nieves á la Italia floreciente en su más risueña primavera; el viejo

James, en su áspera fuerza de centauro yanqui, representaba allí la vida intensa y fecunda. Y, por fin, una voz llevó hasta el Capitolio el eco de la raza fuerte que está surgiendo en las pampas americanas, proclamándola adornada por todas las pujanzas de la juventud. En cada palabra extranjera oíase la nostalgia del terruño; desde lejos es más fuerte el amor por el propio país, siempre desconocido ó menospreciado por los hijos que lo habitan; así también muchos nativos de Roma suelen apagar sus vidas de cien años sin haber visitado una sola vez las ruinas del Foro y de la Villa Adriana.

Italia estaba generosamente representada. Su vieja guardia confundíase con la numerosa legión de los jóvenes. Desde Sergi hasta Morselli, desde Bianchi hasta Luciani, Sciamanna y Tanzi, Ferry y Lombroso, Mantegazza, Fano, Mosso, Mingazzini, Marro, Virgilio, Tamburini y cien más.

La afinidad atemperaba el cariz solemne del recinto y de la ceremonia. La primavera esparcida en el frescor de aquella mañana extraordinaria se desposaba místicamente con el amanecer de una fe vigorosa, la fe en la ardua labor de la investigación científica. Por momentos la estatua de Benito XIV parecía estremecerse interiormente, como si comprendiera que esa nueva fe era distinta de la que llega á su crepúsculo arrodillándose entre las naves de oro y lapizlázuli de San Pedro; otra fe anunciaba su aurora, en nombre de ideales fecundos para la vida, servidos por métodos que orientan hacia el conocimiento objetivo de los seres y de los fenómenos del universo.

Durante dos horas interminables, mirando los párpados apagados en el frío de la estatua, parecía descubrirse en el mármol un esfuerzo violento y

tenaz, como un deseo de cerrar los ojos ante aquella página de historia humana, diminuto reflejo de esa ley universal que sobrepone el mañaña al ayer, la juventud á la vejez, la vida á la muerte.

*
* *

Dos discursos doctrinarios caracterizaron la fiesta inaugural; el uno pronunciado por el ministro de Instrucción pública, Leonardo Bianchi, y el otro por el sabio José Sergi, presidente del Congreso. Después hablaron varios delegados extranjeros; esta ocasión sirvió á pocos para salir lucidamente de su relativo incógnito y á muchos para ponerse en ridículo, mascullando los eternos cumplidos de etiqueta en idiomas inaccesibles, ó en una caricatura verbal del italiano que avergonzaría hasta el rojo púrpura las mejillas de los artífices de la Crusca.

Leonardo Bianchi, magüer sea ministro, es un sabio psiquiatra italiano, autor de un modernísimo tratado de las enfermedades mentales. Representa menos de sesenta años y piensa como un joven de veintiocho; olvida que es ministro entre los sabios y tiene para todos una palabra gentil, una confianza de camarada. De la Argentina sólo conocía el nombre y los libros de un alienista á quien cita en su monumental tratado, siendo inútil repetir su nombre aquí. Su discurso fué denso, atrevido, terminante; es un valioso documento de la cultura moderna y un jalón fundamental en los rumbos verdaderamente científicos de la psicología moderna.

Dijo: ya no estorba nuestro camino el espiritualismo clásico enmarañado por las distintas fa-

cultades preconstituídas en el alma, ni las teorías de la escolástica nacidas al calor del sentido común antes que del buen sentido, ni el antiguo espíritu de asociación que imprimía un carácter estático al alma humana; esas diversas tendencias han sido corregidas ó reemplazadas por las doctrinas del evolucionismo biológico, que señaló otros rumbos y métodos á las nuevas generaciones.

El pensamiento filosófico abstracto, sea cual fuere su contenido, recorrió ya su ciclo. Fué luz en la obscuridad de los tiempos; pero, en rigor, sólo representaba los impulsos de la conciencia mística de la naturaleza individualizada. Leibnitz, Spinoza, Kant, Descartes, Rosmini, Hegel y otros, cumbres preclaras del pensamiento filosófico, son puntos de orientación en la historia de un período instable é inadaptado al análisis objetivo de la naturaleza.

Ahora el pensamiento se vuelve sobre sí mismo, desciende de las vetas culminantes y con frecuencia inaccesibles de la metafísica, encuentra su casa, descubre sus usinas, las recorre una por una, las examina obstinadamente; así la naturaleza se reintegra en su propia dignidad. El método especulativo está completamente destronado.

El pensamiento es una fuerza, la conciencia es una de sus maneras de manifestarse, el cerebro es el órgano destinado á espiritualizar la naturaleza, á formar las imágenes de las cosas externas, á asociarlas y á conservarlas. El pensamiento, pues, refleja y resume el medio ambiente en que se desarrolla, registrando su historia. Considerado como fuerza, es uno de tantos modos del movimiento y está gobernado por leyes que también

rigen la transmisión de las demás; considerado como función, emana de órganos, y por eso la psicología ocupa un lugar en los dominios de la biología.

Estas ideas fundamentales fueron desarrolladas ampliamente en el discurso oficial del ministro Bianchi. Y para que su brillante oración fuera completa, integrando á la ciencia con el arte, recordó que en esa misma hora se inauguraba en Venecia la Exposición internacional de Arte moderno. Allá convergían las formas infinitas de la belleza, aquí los frutos maduros del pensamiento que la naturaleza almacena en los cerebros; allá era la fiesta del sentimiento estético en la simpatía de los sentidos; aquí la victoria de los hechos en la simpatía de las inteligencias: dos tendencias, dos maneras del ser: la «belleza» y la «realidad». Y terminó enviando un saludo de Roma á Venecia; un augurio de los sabios á los artistas, para que el arte y la ciencia se complementen en la cultura de los pueblos y sean solidarios en su misión social. Ellos son la fuerza que traspasa las fronteras de las naciones y tiende el vuelo sobre las diferencias de raza, pues toda el alma de la humanidad está siempre orientada hacia lo Bello y hacia lo Verdadero.

Es honroso para la cultura italiana el que un ministro pueda pronunciar esas nobles palabras para traducir sin reticencias la modernidad de su pensamiento. Entiéndase bien: un discurso oficial, del ministro de una monarquía, al pie de la estatua de Benito XIV.

*
* *

Sergi está en este punto de la vida en que los abuelos tienen nietos menores de diez años. Hay cierta amable travesura en su bondad; sonríe siempre, pero con mesura, como si temiera que sus labios sufriesen por cualquier risa violenta. Es cariñoso, apacible, ligeramente protector; esto último suele disculpársele en homenaje á su mucho saber y á sus tranquilas canas. Si gusta de una persona, suprime todo límite á la confianza y al respeto, se torna camarada y en un par de días se impone el tutearlo familiarmente. Conoce los trabajos antropológicos del museo de La Plata, algunos estudios y revistas pedagógicas de Buenos Aires y los ensayos de la psiquiatría y criminología que se le remiten con frecuencia. Inquirió noticias acerca del sabio Amegilino y de sus obras.

Su discurso fué tan preciso como el precedente. Para Sergi, un fenómeno psicológico es un hecho harto complicado si consideramos las condiciones que lo determinan. Depende de órganos que encontramos en el encéfalo y en todo el sistema nervioso; depende de las condiciones biológicas del sér vivo, es decir, de todos los otros órganos y funciones de la vida, con las cuales está en íntima relación; depende también de las condiciones del ambiente social, que es el área en que el fenómeno se mueve y de la cual adquiere formas particulares ó comunes; depende, por fin, de una serie ignorada y obscura de antecedentes de la vida individual, es decir, de la herencia de los residuos de generaciones que escapan á nuestra investigación y permanecen en la sombra.

Lo que sabemos de la psiquis humana sólo es una muestra superficial de trabajos que escapan á nuestro análisis. Con frecuencia nos contenta-

mos con esta simple superficialidad, creyendo que ella es todo y nos dice todo; sin embargo, la conciencia sólo nos manifiesta el hecho elaborado, no el que se está elaborando. La psiquis seguiría siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de las ciencias biológicas y aun de la patología, la cual nos revela muchos fenómenos que pasan inadvertidos durante el funcionamiento normal. No es, pues, superfluo el concurso de los anatomistas, fisiólogos, psiquiatras, naturalistas, sociólogos, en un congreso de psicología; todos son colaboradores, y su esfuerzo, reunido, puede revelarnos los modos de funcionamiento propios de la actividad psicológica y las condiciones que determinan ese trabajo funcional.

Esa labor no debe ser un lujo de nuestra actividad mental, un efecto de la curiosidad científica que impele á los sabios hacia el descubrimiento de los misterios de la naturaleza orgánica; esa labor es una necesidad de la evolución humana hacia el perfeccionamiento del hombre individual y social. Queremos mejorar el hombre mediante la educación, pero nuestro arte de educar es todavía poco científico, empírico en gran parte; sin embargo, tenemos la intuición clara de que el arte de educar sería eficaz si derivara del conocimiento de la naturaleza humana. Esta será una de las más fecundas aplicaciones de la psicología moderna.



Una de las sesiones generales del congreso presentó singular interés. El profesor Lipps, de Mónaco, desarrolló el tema «Los caminos de la psicología». Su discurso tuvo una franca entona-

ción metafísica, pues Lipps es uno de los jefes de la tendencia que se opone al método puramente experimental. Distinguió dos formas de psicología: la una estudia las modificaciones de cada personalidad, la otra estudia la unidad fundamental del espíritu. Así como la ciencia natural no puede subir desde el examen de los fenómenos externos hasta su íntima realidad y su causalidad última, también debe distinguirse en psicología el estudio de los fenómenos que se producen en la conciencia y el estudio del yo «en sí mismo»; este último sería el objeto de la verdadera psicología. Colocado sobre este carril de trascendentalismo, Lipps resbaló á afirmar la necesidad de que la psicología se convierta en una disciplina puramente filosófica; criticó intensamente á la psicología fisiológica, la cual pretende llegar á la explicación de los fenómenos del mundo interior, fundándose sobre los datos del mundo exterior, que, á su vez, son concebidos y elaborados mediante actividades puramente psicológicas. Por eso, cuando se pasa al estudio del fenómeno psicológico en sí mismo, se entra á la metafísica, á esa misma metafísica que abarca la psicología y á todas las ciencias.

Esta marejada de idealismo filosófico encontró su eficaz rompeolas en el espíritu científico predominante en el congreso. Lipps se libró de muchas críticas porque habló en alemán y con escasa elocuencia. El profesor Ahars, de Cristianía, avanzó algunas críticas sencillas y eficaces; pero correspondió á Höfler, de Praga, el discurso más importante de la jornada.

Evidentemente conmovido, con lágrimas en los ojos, manifestó la profunda impresión que le causaban las palabras de Lipps, considerándolas

como una condena del trabajo á que él había consagrado veinticinco años de su vida. Esta hora, dijo, es solemne, tiene un gran valor histórico, es la hora en que debemos decir si conviene renunciar á nuestros métodos científicos y volver al kantismo, pues Lipps, como psicólogo, ha pronunciado el credo de un kantiano. Después de rebatir eficazmente el idealismo y la metafísica, reclamando para la psicología todos los beneficios del método científico, fundado principalmente en la observación objetiva y en la experimentación, terminó con estas palabras: «Nosotros, viejos, que otrora habíamos filosofado, hemos comprendido que era necesario ser y permanecer hombres de ciencia, nos declara que desea ser y permanecer filósofo.»

Los que entendían alemán siguieron con verdadera emoción esta controversia, eco de la vieja lucha entre el idealismo filosófico y la psicología científica. Intervinieron en ella varios psicólogos, casi todos en sentido positivista. Sin embargo, al día siguiente, el profesor De Sarlo, de Florencia, en su conferencia sobre «la psicología y las ciencias filosóficas», se manifestó en favor del método metafísico; y después de terminado el congreso inició una polémica en los diarios, acompañándole Guido Villa, Benito Croce y otros profesores de filosofía.

Estas reacciones contra los métodos científicos —cuando no ocultan disidencias personales, como ocurre entre los contendientes italianos,—son el reflejo de esa ley de vaivén que Spencer pone como condición misma del progreso, ley de los atrasos parciales que, en definitiva, no obstan á la evolución. Sin embargo, recordando el reciente debate, se oye un vago rumor de inquietudes, el

temor de que un paréntesis aletargue el adelanto de la ciencia, como si un vientecillo precursor de vendaval pasara por sobre el tejado de este flamante edificio, elaborado en medio siglo de esfuerzos y de investigaciones.

*
* *

William James, en un francés anquilótico y duro al oído, disertó sobre el concepto de la conciencia. Observó que la antigua distinción entre el yo y el no yo, entre el sujeto y el objeto, la conciencia y lo extraconsciente, conduce á un dualismo que se encuentra en casi todas las teorías, más ó menos veladamente. La psicología acepta los fenómenos de la conciencia y los opone á los externos; pero no tiene el derecho de considerarlos heterogéneos. La percepción de una cosa y la cosa, son lo mismo; la realidad es la percepción misma, *elle est percepi*, como dijo Berkeley. Las impresiones que nos producen los objetos que llamamos reales y las que nos proporcionan la memoria y la fantasía independientemente de ellos, no son substancialmente distintas. La conciencia es, simplemente, el punto de intersección entre dos órdenes de hechos que sólo difieren por sus nombres de externos é internos. La distinción entre objeto y sujeto es funcional; no es ontológica, sino real.

Después de criticar los diversos sistemas filosóficos ante las conquistas fundamentales de la psicología, pesando las teorías dominantes acerca del concepto moderno de la conciencia, se declaró abiertamente monista y positivista, corroborando sus declaraciones con argumentos y hechos expuestos con perfecta claridad, despertando viva

admiración en aquella asamblea de sabios. James nunca ha vertido afirmaciones tan decisivas. Al terminar, una salva de aplausos cubrió sus palabras, iniciándose una discusión interesantísima.

Entre un murmullo de simpatía general, que hace honor á la tolerancia de los congresistas, desfiló hacia la tribuna la silueta enjuta é inteligente del ilustre profesor Buillod, viejo sacerdote francés, que dirige en París una importante revista de filosofía.

La palabra fácil, el ademán severo, la elegancia en sus giros de expresión y en la manera de concebir sus ideas, todo influyó para que se le escuchara con interés. Después de rendir homenaje al talento científico de James, objetó el concepto fundamental de su teoría y se detuvo en atinadas observaciones sobre los sistemas filosóficos de Spinoza y de Descartes; como era de presumir, terminó declarándose dualista.

El profesor Lipps no aceptó la interpretación de James acerca de los fenómenos de la conciencia. Se declaró monista y partidario de la relatividad de todos los fenómenos. Hizo notar que la divergencia estriba en el criterio fisiológico con que encara la psicología, criterio absolutamente distinto del que inspira á los psicólogos de laboratorio. No ve, por otra parte, la necesidad de imponer el monismo á cualquier sistema ó teoría científicas. Terminó haciendo votos porque dentro de diez ó veinte años venga un gran cerebro filosófico á distinguir y fijar bien el dualismo desde el punto de vista científico, desarrollando á la vez el monismo en el campo de la filosofía.

Intervinieron en esta discusión los profesores Beaunis, Itelson, Cleparéde y Tarozzi. Después de

ellos habló James, por segunda vez, deteniéndose á refutar las observaciones del sacerdote Buillod.

* * *

La forzosa limitación del espacio, impide exponer extensamente las ideas cardinales de los demás trabajos leídos en las sesiones generales del Congreso. Muchas de esas conferencias fueron en extremo interesantes. Baste enumerar las principales. Pierre Janet, disertó sobre las oscilaciones del nivel mental; Paul Sollier, sobre la conciencia y sus grados; Sully James, sobre las relaciones entre la psicología y la pedagogía; Charles Richet, sobre el porvenir de la psicología y de la metapsíquica; Th. Flournoy, sobre la psicología de la religión; Giuseppe Bellucci, sobre el fetichismo primitivo en Italia. Todos trabajos sabios, muy ponderados, verdaderas monografías sobre diversos temas de actualidad científica.

En suma, el V Congreso Internacional de Psicología, puede considerarse como una nueva y poderosa afirmación del rumbo científico que ha seguido este orden de conocimientos, durante el último cuarto de siglo. La psicología se ha emancipado de la filosofía abstracta y queda inscripta en el grupo de las ciencias biológicas; al desprenderse de la metafísica ha ganado en precisión y en métodos mucho más de lo que ha perdido en extensión.

En el inmenso arenal de un Sahara filosófico, la ciencia ha organizado su modesto oasis.

---

# Lombroso y los hombres pobres

César Lombroso, que ha llenado el mundo con su nombre, es un hombre genial, pero no es inteligente. Le bastaría serlo, siquiera fuese á medias, para ser un verdadero hombre de genio. Su cerebro es siempre nebuloso, tal cual vez caótico, como una perpetua noche en tempestad; por eso mismo resplandecen con más violencia los relámpagos que esparce el genio en su tiniebla. Lombroso tiene esa peculiaridad mental: chispazos geniales y falta absoluta de talento, entendido este último como la forma superior de la inteligencia educada.

No piensa, adivina; juega al gallo ciego con las ideas científicas. Ha tenido algunas intuiciones verdaderamente geniales. Bastaría citar las más notorias, la importancia real del estudio de los delincuentes, para comprender el determinismo del delito y la pretendida correlación entre el genio y la locura. Nuestro propósito no es hacer su estudio crítico. En ambas doctrinas tuvo precursores más ó menos definidos. Sus ideas cardinales, presentadas en groseros bocetos sin desbastar, fueron pulidas por la crítica eficaz de sus propios partidarios hasta adquirir contornos realmente científicos. Por sí mismo, Lombroso no había podido crear un sólido cuerpo de doctrina ni iniciar una escuela sistemática. Carece de las

dos aptitudes fundamentales de la inteligencia: el espíritu crítico que permite el análisis y el espíritu generalizador que hace posible la síntesis. Esos dos caminos, que conducen de la inteligencia al talento, nunca fueron abiertos en la tupida maleza de su cerebración.

Es relámpago que rompe las negruras sombrías de la nube. Y es aquilón vigoroso que desmantela fortalezas seculares; pero no ha sido ni será jamás un creador metódico ó un crítico sereno, ni un arquitecto de monumentos sólidamente seculares, ni la monótona gota de agua que horada el granito con lentitud tranquila, pero con eficacia irremediable.

La «escuela» de Lombroso constituye un fenómeno interesante de psicología colectiva. El profesor de Turín es el símbolo convencional de un partido científico. Nadie cree en él sin reservas, ninguno comparte sus teorías sin beneficio de inventario, pero todos le llaman maestro. Lombroso, además de ser una doctrina, es un símbolo, es el estandarte de una corriente científica nueva, fecunda en promesas y esperanzas. La primera impresión que causa una tertulia de sus discípulos es de sorpresa: parece una asamblea de sacerdotes descreídos, un concilio de idólatras que le adoran por costumbre pero sin fe. Empero, á poco de tratarlos, detrás de ese aparente convencionalismo, se descubre una sincera y bondadosa complacencia para con ese hombre canoso que ha luchado tenazmente y con rara pertinacia por el triunfo de nuevos horizontes que vislumbraba y no sabía definir. Ellos saben, y en voz baja osan decirlo, que Lombroso fué solamente un gran propulsor, un gran removedor de ideas, correspondiendo á otros la verdadera

elaboración crítica y la generalización precisa de sus primitivos teoremas.

En el reciente Congreso internacional de Psicología, la escuela criminológica italiana sentó sus cuarteles en la Sección cuarta, junto con las aplicaciones pedagógicas y sociológicas de la psicología. Las sesiones fueron cuatro, presididas alternativamente por Sommer, Lombroso, el delegado argentino y Ferri; fueron importantes, aunque habrían podido serlo mucho más. Durante el primer día, los psicólogos criminalistas se preguntaban recíprocamente si vendría el maestro Lombroso; todo se alegaba para explicar su ausencia: la salud quebrantada, la edad, las ocupaciones, deberes de familia. Al día siguiente se afirmó que vendría, sin falta.

Concurrió, en efecto, á tercera sesión, mientras ocupaba la presidencia el que estas líneas escribe. Su físico no corresponde, por cierto, á su fama; una enfermedad reciente le ha desmejorado bastante, en complicidad con la vejez ineludible. Entró al aula un hombrecillo bajo, más bien grueso, de aspecto setentón, con poblado bigote blanquiamarillo y pequeña pera del mismo color; cabeza deforme, fisonomía como hay muchas, ojos abotargados, nariz ornada por gafas, cuello grueso y flojo, cuerpo en forma de bolsa, piernas cortas y movimientos pausados. Su indumentaria es modesta, aunque severa, siendo su pieza principal una levita ya verdinegra. Habla con leve acento dialectal, probablemente piamontés. Su cara ingenua y satisfecha parece tener una sonrisa para cada uno de los presentes, pues en cada uno ve un discípulo ó un admirador. Cuando llega se oye un cuchicheo, todos se ponen de pie, un aplauso resuena y se le abre paso hasta la mesa de la

presidencia. El delegado argentino, que preside la sesión, pronuncia algunas palabras saludando al precursor de la criminología moderna. Ferri, que está á su derecha, al terminar le pregunta en voz baja y con una sonrisa bondadosa: ¿Lo crees precursor solamente? El interpelado juzga prudente no insistir entre las diferencias que existen entre un maestro y un precursor; agita la campanilla y declara abierto el acto. Lombroso, que está á su izquierda, retribuye el saludo que le hace la Sección cuarta por intermedio de la presidencia, encontrando frases tiernas y elocuentes.



Esta sección fué, sin duda, la más numerosa é interesante del Congreso, como debía ser en Italia, cuna de la moderna criminología científica. Se produjeron varias discusiones animadas y se insinuaron cuestiones de importancia.

El profesor Sommer disertó sobre el paralelismo ó antagonismo de los caracteres físicos y psíquicos de la degeneración, sosteniendo la falta de correlación entre ambos. Lombroso, con el entusiasmo que le es habitual, declaró que las ideas de Sommer confirmaban sus teorías sobre los caracteres físicos de los delincuentes; esta opinión pareció poco meditada. El delegado argentino observó que los caracteres físicos degenerativos son comunes á todos los degenerados, no presentando ningún carácter especial en los delincuentes; además, su estudio en los degenerados y particularmente en los delincuentes, debería considerarse secundario, siendo los caracteres psíquicos los más importantes en su estudio y para su diferenciación. Ferri terció en el debate

con el laudable propósito de poner un punto final, evitando la irrupción de inoportunas heterodoxias.

El profesor Lombroso estudió someramente las causas de la genialidad en Atenas, atribuyendo su lozano florecimiento al usufructo de una elevada libertad política; la demostración, aunque un poco superficial, fué muy aplaudida. Terciaron varios sociólogos y no pocos aficionados; muchos insistieron sobre la función social del genio y la importancia de los factores económico sociales en su determinación. A la postre, el debate resultó más largo que interesante; todos tenían empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso. Y esto es humano, aun entre sabios. Como si el contacto con la celebridad madura pudiera contagiar el germen de la soñada gloria venidera.

Dos tercios de la última sesión fueron consagrados al debate promovido por una nueva clasificación de los delincuentes, presentada por el delegado argentino y fundada sobre el estudio de sus caracteres psicopatológicos.

Montesano le hizo algunas objeciones técnicas y Guarneri otras de carácter jurídico, extensivas á toda la escuela positiva; pero su más ardiente impugnador fué Enrique Ferri, el cual, como es sabido, es autor de la clasificación actualmente adoptada por los adeptos de la nueva escuela.

La controversia fué larga y vivaz; Ferri es un orador extraordinario, es el talento en acción. Tiene un físico altivo, hermosamente dominador; su voz está poblada de inflexiones que dan todos los matices de la pasión, no obstante su timbre atiplado, más propio de capilla Sixtina que de asamblea revolucionaria. Su reciente campaña, á la cabeza del socialismo semianarquista, le ha

valido algún desprestigio entre la gente de ciencia, algunas hostilidades por parte de los adversarios y no pocas diatribas de los socialistas reformistas que acaudilla Turati. Pero cuando toma la palabra se hace oir con respeto por los adversarios y arrastra á sus partidarios con ímpetu de huracán. Sin embargo, como orador, está algo viciado por el género tribunicio, que es actualmente el de su predilección; esto atenúa su eficacia en la oratoria científica, en la dilucidación técnica de las ideas, pues se ha acostumbrado más al manejo de las pasiones que al de los cerebros. Es inútil repetir que detrás del agitador político hay un sabio de verdad; la escuela criminológica italiana le debe su prestigio y su difusión, pues Ferri supo transformar en sistema las concepciones deshilvanadas de Lombroso y deducir todas las aplicaciones al derecho penal.

En la primera parte de su discurso, Ferri levantó las objeciones de Guarneri, que afectaban en común á todos los positivistas alcanzando momentos de elocuencia felicísima. En seguida entró á criticar la nueva clasificación, desde el punto de vista técnico y dentro del común criterio positivista; reconoció sus ventajas considerándola clínicamente, á la vez que señaló sus deficiencias desde el punto de vista jurídico penal, rindiendo homenaje á su autor por la originalidad de su clasificación en asunto tan trillado. El autor respondió extensamente, proponiéndose demostrar que, según los propios criterios de la escuela positiva, el estudio de los delincuentes debía ser clínico, independientemente de toda preocupación jurídica y de todo apriorismo en la distribución de la penalidad. El *Avanti*, dirigido por el mismo Ferri, en la crónica del día siguiente reconoció

que el autor «reveló en la polémica la vasta preparación psicológica, psicopatológica, sociológica y jurídica que servía de fundamento á su nueva clasificación».

Estas discusiones, y otras que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de una nueva orientación en el estudio de los delincuentes completando las ideas mismas de la Escuela Positiva Italiana, según criterios estrictamente científicos, recogidos en la clínica y en el laboratorio. El estudio de las anomalías antropológicas de los delincuentes está destinado á ceder el paso al estudio de sus anormalidades psicológicas. La morfología empírica será sustituída por la psicología científica. La antropometría de los delincuentes es análoga á la de todos los demás degenerados; los caracteres diferenciales deben buscarse en el terreno de la psicopatología.

Tal vez la presencia de Lombroso sea un obstáculo á esta renovación de su escuela; por una ley general, todos los iniciadores de hoy llegan á ser los conservadores de mañana, cuando la marcha de su propia obra va más allá de los límites que ellos le fijaron en su concepción primitiva. ¿Habrá que esperar la desaparición de Lombroso para no amargar su vejez con estas heterodoxias impuestas por los nuevos adelantos científicos? La criminología italiana necesita esperar ese doloroso episodio; esto no significa que lo deseen sus discípulos de hoy para convertirse en sus correctores de mañana.



Más de sesenta comunicaciones fueron sometidas al juicio de la ilustre Asamblea. Asturaro

trató de la evolución que experimentan los estudios criminológicos, de la antropología á la sociología; A. G. Bianchi, estudió la influencia de la psicología en los procesos penales; Fausto Squillace disertó sobre la concepción del alma social, sus relaciones genéticas y evolutivas entre el individuo y la sociedad; el ilustre profesor Aquiles Loria envió un trabajo acerca de las recientes aplicaciones de la psicología á la economía política; Scipio Sighele analizó la criminalidad específica de los ambientes políticos; De Sanctis estudió la significación psicológica de los dibujos de los niños; Lino Ferriani; la criminalidad en los jóvenes; Antonio Marro, la influencia de la pubertad sobre la criminalidad; Eduardo Audenino comunicó sus estudios sobre el campo de la visión exacta de las formas en los alienados y en delincuentes natos; Edgardo Berillón describió su método de reeducación durante la sugestión hipnótica; Pasquale Rossi dedicó seis monografías al estudio de la psicología colectiva; Salvatore Ottolenghi leyó tres estudios sobre policía científica y antropología criminal; Ida Faggiani analizó la idea del tiempo en los niños normales, y la memoria en los niños deficientes; Rodolfo Senet anunció una investigación sobre las condiciones psicológicas de la indisciplina escolar; Paul Valentin un interesante estudio sobre el feminismo ante la psicología positiva.

Motivó una discusión especial un trabajo del doctor P. Consiglo, sobre la psicología de los vagabundos en Rusia, estudiada á través de las novelas de Máximo Gorki. Aprovechó la ocasión Enrique Ferri para pronunciar un brillante discurso contra la autocracia, enviando un saludo á Gorki y sus compañeros, presos en esos momen-

tos por su amor á las libertades populares. El delegado argentino refirió detenidamente los estudios hechos en su país sobre el «atorrantismo», encarado por Francisco Veyga en su fase clínica y por Emilio Zucarini en su fase sociológica.



Es digno de mención especial un trabajo del profesor Niceforo sobre «las clases pobres». El estudio de éstas se ha limitado, hasta hace poco, á investigaciones de economía social ó de estadística; el autor propone ensanchar ese campo aprovechando los conocimientos de la antropometría, la psicología y la higiene. Antaño los economistas y sociólogos estudiaban á las clases pobres desde el bufete y frente al silencio tranquilo de las bibliotecas: después los agitadores líricos han declamado en su oratoria torrencial la infelicidad y la injusticia que gravita sobre los pobres; hoy la ciencia puede aplicarles el método de observación y experimental. Además de estudiar el pauperismo abstractamente, haciendo como Proudhon la «filosofía de la miseria», conviene estudiar al pobre de carne y huesos, haciendo su estudio natural, como la zoología estudia al cisne, la botánica á la caña de azúcar y la mineralogía á la piedra pómez.

Repítese lo ocurrido en criminología. Los metafísicos y los juristas clásicos limitábanse á estudiar el delito como entidad jurídica; el delincuente no se estudiaba, era un maniquí inanimado é incoloro, sin personalidad propia, una categoría metafísica sobre la cual se prendía con alfileres un artículo del código penal. Los criminologistas científicos comprendieron que ese maniquí, ese

fantoche, era, por el contrario, un factor primordial en la determinación del delito; entonces se estudiaron los caracteres físicos y psicológicos de los delincuentes, al mismo tiempo que las condiciones del medio social donde ellos delinquen. Niceforo, por un camino paralelo, estudia al hombre pobre como exponente concreto de la miseria; el examen económico y moral del pauperismo se completa así con su estudio humano, es decir, con el estudio natural del pobre. Los resultados de esta «antropología de las clases pobres» son, por cierto, muy interesantes.

El examen de los caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos, minuciosamente realizado, demuestra la inferioridad física é intelectual de los hombres pertenecientes á las clases sociales inferiores.

El estudio de sus caracteres etnográficos comprende el examen de su estado de civilización, creencias, costumbres, usos, prejuicios, artes y creencias religiosas. Resulta, que el grado de civilización de las clases pobres, étnicamente considerado, equivale al de los pueblos primitivos y salvajes. En ellas encuentra Niceforo las primitivas formas violentas de la criminalidad, el animismo, el culto de los fantasmas, el demonismo, la creencia en daños y posesiones diabólicas, la personificación y adoración de objetos y fenómenos naturales (astros, meteoros, árboles, fuego, agua, piedras: politeísmo é idolatría), las ofrendas propiciatorias, los banquetes sagrados, la adivinación por los animales, los agüeros, los maleficios, las brujerías, etc. Las manifestaciones estéticas de las clases pobres recuerdan los sentimientos similares de los primitivos, los salvajes y los niños. La literatura de las masas populares

(cuentos, tradiciones, refranes, rapsodias, crónicas y *argot)*, su gusto por el folletinesco novelón de aventuras á fuertes tintas, así como todo el arte manifestado en sus danzas, canciones, tatuajes grafitos, ornamentos personales, iconografía, etc., forman la última parte de estas investigaciones y confirman la misma conclusión: las clases pobres constituyen una verdadera raza atrasada dentro del medio social en que viven.

Las causas de este hecho han sido estudiadas en el ambiente social y en las condiciones de vida de los pobres; alimentos, nutrición, fatiga, alojamiento, talleres, instrucción, etc. Se deduce que la inferioridad de los pobres es el resultado del medio económico en que viven, antes que el índice de una inferioridad orgánica original.

Niceforo, al dilucidar científicamente una de las faces del pauperismo, concurre á plantear importantes problemas sociológicos. Sus estudios enuncian un hecho á todas luces evidente: la inferioridad biológica é intelectual de las clases pobres. Este es un hecho y no una opinión; los hechos se consignan, sólo se discuten las opiniones. Además encontramos que la causa de esta inferioridad reside principalmente en las condiciones propias de su ambiente económico.

Si las columnas de un diario fuesen cátedra de sociología, he aquí algunas inducciones que podrían someterse al criterio de los lectores: 1.º La modificación previa del medio económico es indispensable para corregir ó atenuar la inferioridad física, intelectual y moral de las clases pobres. 2.º Su actual inferioridad les impide propender al propio elevamiento; sólo pueden elegir entre los buenos y los malos pastores, sin alusión al precioso drama de Octavio Mirbeau. Luego se-

ría falsa aquella sonada frase de Marx: la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos (adviértase que Marx no era pobre ni trabajador, en el sentido biológicosocial de esos términos). 3.º La modificación de las condiciones económicas, indispensable para el mejoramiento de las clases pobres, sólo puede ser la obra de hombres pertenecientes á la clase considerada superior, desde el punto de vista físico é intelectual.

La conclusión política de las tres premisas podría ser un socialismo aristocrático, donde los hombres física é intelectualmente superiores propendiesen á mejorar las condiciones de vida de los pobres, de la raza inferior. Señalamos el problema, sin abordarlo. En ese terreno podrían conciliarse el cristianismo materialista de Marx y el darwinismo inflexible de Nietzsche, el socialismo que aspira á mejorar la situación de los pobres y el aristocratismo biológico que persigue la selección de las razas y de los individuos superiores.

El problema nunca ha sido planteado en esta forma. Sería divertida una discusión entre individualistas de Stirner ó Nietzsche, y comunistas de Cristo ó Marx.

---

# Psicología introspectiva y psicología experimental

Todos tenemos pasiones; son las notas agudas en la armonía de la vida humana. Buenas ó perversas, tenues ó intensas, obstinadas ó fugaces, pero las tenemos. La mayoría de los hombres las llevan á cuestas sin tener cuenta cabal de su naturaleza; con igual inconsciencia lleva el tigre las manchas sobre su piel y el pavo real sobre el abanico de su cola. Son contados los hombres que acostumbran mirarse por dentro; pocos los que llegan á hacerlo fríamente, como un anatomista desmenuza el cadáver de un anónimo.

¿Para qué? se preguntarán los más. El ingeniero mecánico viaja con igual comodidad y tan velozmente como el acompasado señor feudal, aunque el primero conozca los complicados rodajes de la locomotora y el segundo sólo sepa el precio de la alfalfa y de los cueros. También la vida humana es un viaje, uno de los caminos recorridos por la materia á través de la forma orgánica; no está probado que viajen más ni mejor los conocedores de su mecanismo.

Esa objeción pone en tela de juicio la utilidad del saber para la felicidad individual, asunto digno de Goethe y de Renán. En nuestro caso parti-

cular es verosímil que el examen de las propias pasiones constituye su freno más eficaz. La pasión es vendaval que abomba las velas, arquea los mástiles, vuelca al buque entero ó lo estrella contra las peñas de una costa ignota; la inteligencia razonadora es el timón que permite aprovechar del buen y del mal viento sin comprometer los destinos de la embarcación. Otelo no mataría á Desdémona si se detuviera á estudiar la influencia del atavismo, de la educación ó del orgullo sobre sus propios celos: Dante habría roto, avergonzado, muchos cantos de su *Comedia*, al saber que la ambición y el despecho eran el resorte humano que hacía estallar su genio en versos divinos; Ravachol no iría á la guillotina cantando un himno anarquista si pudiera mirar en su propio cerebro como en el agua de una fuente y comprender las causas patológicas de sus pasiones antisociales; Luis de Baviera no podría escuchar las supremas sinfonías wagnerianas si escudriñara los procesos fisiológicos que sirven de engranaje á la obsesión musical; Isolda ó Francesca no llegarían hasta el amor adúltero si antes pretendieran saber todas las causas de su pasión por Tristán ó por Paolo Malatesta.

Ese es el hecho seguro. Pero el problema es otro. ¿Las pasiones son benéficas ó nocivas? ¿Intensifican la vida ó la agotan rápidamente? ¿Conviene conocer el mecanismo de las pasiones á fin de contenerlas ó inhibirlas? Son tres preguntas que harían feliz á un filósofo desocupado. La curiosidad científica, que es la forma superior del *dilettantismo*, se advocaría el derecho de explorar las pasiones humanas, aun cuando el saber no implicara ventajas para la vida—asunto que siempre estará por resolver, no obstante los debates

interminables de los filósofos, ó en virtud de ellos.

El profesor Ribot envió á la segunda sección del congreso de psicología una memoria sobre los caracteres específicos de la pasión. Considera que en los tratados contemporáneos de psicología suele descuidarse ó faltar el estudio de las pasiones; su trabajo se propone reaccionar contra esa omisión, demostrando que las pasiones son formas especiales de la vida afectiva y tienen caracteres propios fácilmente determinables.

Para hacer clara y comprensible la cuestión, conviene distinguir tres formas principales de los fenómenos en el dominio de los sentimientos.

Los estados afectivos, propiamente dichos, expresan los apetitos, deseos y tendencias, siendo inherentes á la organización misma del hombre. Constituyen lo trivial de nuestra vida ordinaria; ocupan transitoriamente la conciencia, con intensidad escasa ó mediana. Las emociones son estados bruscos, roturas violentas, pero fugaces, del equilibrio sentimental (miedo, ira, etc.) Son reacciones pertenecientes á mecanismos innatos, son la obra de nuestra constitución fisiológica. Las pasiones tienen su fuente natural en los estados afectivos; no son puramente emotivas ó fisiológicas, sino humanas. Solamente existen en el hombre capaz de reflexión; los animales, los niños, los primitivos, tienen explosiones ó impulsos, pero no pasiones.

Ribot les atribuye tres caracteres propios. El primero es la existencia de una «idea fija» ó predominante, que sería su núcleo, su centro: las ideas fijas sólo se transforman en pasiones porque involucran sentimientos y tendencias á la acción.

El segundo carácter es la «intensidad». Es evidente en las pasiones dinámicas (el amor, el juego, etc.), donde el deseo se manifiesta incesantemente bajo la forma de acción y no se agota con el ejercicio. En las pasiones estáticas (odio, avaricia, ambición calculadora, etc.), la intensidad existe en estado de tensión, como un ascua violenta bajo la ceniza, y á menudo como fuerza inhibidora de las reacciones naturales.

La «duración» es el tercero de los caracteres que les atribuye Ribot. Las pasiones, aun las más cortas, duran muchísimo más que las emociones puras y simples. La pasión se opone á la emoción como lo crónico se opone á lo agudo.

En suma, las ideas de Ribot consolidan la diferencia ya señalada por Kant. Este comparaba la emoción con un torrente que desborda, rompiendo sus diques, y á la pasión con un río que cava su propio lecho cada vez más profundamente. Ribot considera necesario ocupar esa posición abandonada, pero con los métodos y los recursos de la psicología moderna, especialmente los de la patología. Sin embargo, insiste en el rechazo de la tesis de Kant, que consideraba á todas las pasiones como enfermedades.

En este punto, la opinión de Ribot es muy discutible; sería derechamente falsa si reemplazáramos la palabra enfermedad por la palabra anormalidad ó desequilibrio. Si se admite que el primer carácter de la pasión es la existencia de una idea fija, no puede afirmarse que ella es un estado normal; la idea fija es una condición patológica de la actividad mental, una enfermedad de la inteligencia que perturba todo el raciocinio mediante un mecanismo ya estudiado bajo el nombre de «lógica mórbida».

Aparte de esta divergencia técnica, cabe reconocer que Ribot ha promovido una discusión de hechos y no de palabras. Es tan erróneo confundir la emoción con la pasión, en el orden de los sentimientos, como confundir la percepción con la imagen ó la imagen con el concepto, en el orden de la inteligencia.

* * *

Nos incumbe recordar que entre muchos trabajos incomprensiblemente extracientíficos se leyeron algunos de importancia verdadera. El abogado Alejandro Levi disertó sobre la importancia de las investigaciones psicológicas para la filosofía del derecho; A. Groppali envió un trabajo acerca del proceso de formación y evolución de la conciencia jurídica; Antonio Renda estudió la hereditariedad como método para la investigación psicológica; Francesco del Greco dió lectura á una sesuda memoria sobre la psicología del carácter y las contribuciones que á ella aporta la psiquiatría; Paolo Orano estudió el fenómeno de la timidez y sus consecuencias intelectuales; H. Beaunis comunicó sus observaciones sobre las formas crepusculares del pensamiento; Henri Pieron dió á conocer un interesante estudio sobre cien noches de sueños; Juan Papini analizó la influencia de la voluntad sobre el conocimiento; el profesor argentino Horacio G. Piñero comunicó el estado de la enseñanza de la psicología en la República Argentina.

En esta misma sección del congreso, destinada á la psicología introspectiva, se consumaron numerosas producciones de especulación metafísica, amén de otras puramente literarias; en todas

partes zumban enjambres de aficionados que siguen comprendiendo la filosofía á la manera antigua, ó sea como arte de hablar y escribir agradablemente sobre las cuestiones que se ignoran mejor. Fué la piedra del escándalo: un océano de discusiones nebulosas acerca de palabras antes que de hechos, sin claridad ni precisión, contrastando con el espíritu objetivo y el método científico predominante en las otras secciones del congreso. El distinguido sociólogo Pablo Orano, publicó un artículo en un diario político de Roma pidiendo se suprimiera esta sección en los congresos venideros. La medida, excesiva al parecer, resultó más que justificada cuarenta y ocho horas después.

A poco de terminar las sesiones, aparecieron sombras de borrasca en el horizonte; se produjo una impetuosa polémica en los diarios, promovida por los filósofos introspectivos contra los psicólogos experimentales. Fué un desborde repentino de pasiones, rencores personales, odios políticos, envidias científicas; la insurrección de lo trivial contra lo culto, el sacudimiento de la bestia que conspira dentro del hombre. En semejante río revuelto, el lodo salpicó por igual sobre todos los nombres respetables en la ciencia y la filosofía italianas.



Estos torbellinos psicológicos no se comprenden hasta el momento de presenciarlos. Los demás hombres tienen una idea especial del hombre de ciencia, hasta atribuirle un físico y un carácter determinado; es el «señor Teufelsdrock» que pinta Carlyle en su *Sartor Resartus*, es el viejo filósofo

cuyas huellas sigue *El Discípulo* de Paul Bourget, es el *Silvestre Bonnard* de Anatole France. Podría reconstruirse el tipo sintético del sabio en pocos rasgos: hombre viejo ó entrecano, gasta lentes de fuertes vidrios, usa barba larga y alguna porción de melena, viste levita ó saco semisucio, sombrero de copa ó chambergo, botines deslustrados ó rotos. Moralmente, se le supone incapaz de reir, solemne, paciente, cerrado para el amor y para la ira, sin aficiones artísticas ni gustos literarios.

Ese juicio es erróneo, las más de las veces. El ejemplo eficaz de esa erroneidad lo daba en el congreso el sabio Vaschide, del laboratorio de psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios. Es un joven de treinta y dos años, elegante, perfumado, físicamente bello, sin bigote ni barba; para complemento de su originalidad, ha nacido en Rumania. Cuando no estudia es la encarnación del *esprit* francés. Aunque ya casado, gustábale agradar á las congresistas: habría sido el tormento de muchos maridos si el congreso hubiese durado un mes. Es wagnerista eximio y ejecuta con talento á Beethoven y Grieg; cultiva á Moliére, gusta de Albert Samain y no desdeña á Anatole France. En el museo del Vaticano estuvimos una hora en el Belvedere viendo las cuatro maravillas: Laoconte, Apolo, Perseo y Antinoo. Frente á las cascadas de Tívoli nos extasiamos una tarde entera, sentados sobre una piedra antigua, sin decir una palabra, oyendo el murmullo de las cascadas y el canto de los pájaros; al regresar no sentimos el menor deseo de comentar la infinita poesía de esa naturaleza, como temiendo que la ineficacia de las palabras pudiera perturbar el sereno recuerdo de sus encantos.

Este sabio ocupa una posición científica bri-

llante y cuenta en su haber cuatro libros más que discretos; está en la plena fecundidad y posee un extraordinario poder de expansión individual. Sin embargo, en este congreso no intervino en cuestión alguna y leyó un trabajo perfectamente inadvertido.

Existen otros tipos de sabios; aunque parezca inverosímil, los hay tontos, ridículos, maridos celosos, padres absurdos, amigos desleales, mercaderes en su profesión, clericales, anarquistas, patriotas, envidiosos, muchísimos envidiosos, casi todos envidiosos.

La posesión de cualidades poco vulgares no los exime de tener los defectos comunes á todo el vulgo. Léase este fragmento de literatura científica, lleno de exquisita cortesía, aplicado por el ilustre profesor Patrizi al célebre profesor Fano:

«Con un lenguaje más abierto y viril del que usted se industria en usar, le diré que semejante agravio sólo habría podido esperarlo de un calumniador profesional ó de un hombre orgánicamente vil.» «Basta, basta, eximio calumniador.» «Su artículo es el clamoroso reventar de una hueca vejiga de vanidad»; «su agresión es la obra de un timidísimo y mendaz acusador... pues esperó que me fuese de Roma para no poder contestarle con la rapidez y eficacia que correspondía á su provocación.» «Á pesar de esto modero mi reacción...» (!) y «no concluiré con un ¡hasta la vista! pues sus piernas deben permanecer bien plantadas para sostén de las letras nacionales, de las ciencias, de la filosofía, de la fisiología y para mayor gloria de la especie humana.»

Inútil decir que después de semejante batahola los sabios no se batieron. Ni lo intentaron, sin recurrir siquiera al socorrido reglamento del par-

tido socialista (que lo prohibe cuando sus miembros temen batirse) ó á la prohibición de la Iglesia invocada por los católicos.

¡Esto pueden el cielo luminoso y la excitante primavera de la Italia! Dos sabios de verdad, excelentísimos padres de familia en invierno y en días nublados, se empenachan como cualquier nativo de Gascuña ó de Andalucía, convirtiendo en plaza de toros el laboratorio experimental. ¿Por qué? ¿Por el prejuicio de honor, por el amor de una mujer hermosa, por la sensualidad del dinero, por la sugestión del patriotismo, por la vanidad de lucirse?»

Por mucho menos. Discutían sobre la originalidad y la eficacia de un interesante aparatito, que es de temer no modifique los destinos de la humanidad.

Dos jóvenes cercopitecos y el profesor Ezio Sciamanna, tan velludos los unos como calvo el otro, fueron la nota más interesante de la primera sección del Congreso, destinada á la psicología experimental en sus relaciones con la anatomía y la fisiología.

Sciamanna es un vejete simpático y tranquilo; todas las líneas de su fisonomía parecen denunciar la inteligencia y la bondad. Tiene prendas morales muy estimables; sólo podríamos atribuirle un defecto; la modestia, defecto que es en un hombre de valer y equitativa virtud en los inútiles. Los años gravitan sobre su espalda y la encorvan apaciblemente; pero su espíritu no envejece, su amabilidad exquisita no se nubla, ni tiene la inaguantable solemnidad que suele traicionar á los simuladores del saber y del talento. Es profesor eximio y maestro bondadoso; ello vale tanto como los volúmenes científicos que no ha escrito. Scia-

manna supo acertar con un tema de índole general y de interés científico permanente: relaciones entre la corteza del cerebro y las funciones psíquicas (1).

Cuando Flechsig designó ciertas zonas del cerebro como centros de ideación, planteóse nuevamente este problema: ¿Las aptitudes intelectuales son la función de todo el cerebro ó solamente de algunas regiones determinadas? Los fisiólogos y los clínicos han vuelto á discutir el antiguo concepto que ubicaba en los lóbulos frontales anteriores el sitio propio de la inteligencia.

Es fuerza mencionar someramente una premisa técnica del asunto. Sciamanna cree que las zonas asociativas de Flechsig no pueden considerarse como verdaderos centros de la ideación destinados á las actividades superiores, es decir, como últimas estaciones donde llegan y se registran las impresiones que los agentes externos determinan en los centros de proyección, mediante los sentidos. Las considera como puntos destinados á desviar y difundir las corrientes intracerebrales que nacen de la actividad de un centro sensorial; de esa manera la excitación centrípeta de un centro de proyección estimula simultáneamente muchos centros lejanos, sensitivos y motores, determinando la reviviscencia de las imágenes anteriormente por los agentes externos.

El lóbulo frontal, en sus relaciones con la inteligencia, no puede tener mayor importancia que las otras regiones del cerebro llamadas zonas asociativas, más cercanas de los centros de proyec-

(1) El profesor Ezio Sciamanna falleció repentinamente en Roma, el 19 de Mayo, pocos días después de terminado el Congreso.

ción correspondientes á los sentidos especiales. Sobre ese punto las enseñanzas de la clínica no han sido tan fecundas; esto aumenta el valor de los datos experimentales.

El profesor Leonardo Bianchi realizó en 1894 importantes experimentos sobre monos, admitiendo francamente la participación de los lóbulos frontales en los más elevados procesos de la inteligencia. Algunos años después, continuando sus estudios, el actual ministro de instrucción pública creyó poder afirmar que los lóbulos frontales servían para la fusión consciente de las dos actividades superiores del espíritu, los sentimientos y la inteligencia. Por tanto, eran los órganos directores de la conducta y presidían á todas las formas inteligentes de la actividad individual.

Los experimentos de Sciamanna en la universidad de Roma no confirman los resultados que obtuvo Bianchi en la de Nápoles. El profesor romano presentó al congreso dos monos privados quirúrgicamente de sus lóbulos frontales anteriores. No ha podido observar ninguna variación en sus funciones intelectuales, su conducta es la consuetudinaria, sus manifestaciones instintivas son las mismas y las aptitudes adquiridas mediante la educación se conservan como antes de ser operados. En suma, después de habérseles extraído una gran parte de los lóbulos frontales, los monos presentados al congreso no ofrecen ningún cambio en su personalidad. Ante el resultado de esos experimentos, Sciamanna cree poder afirmar que el lóbulo frontal anterior no puede considerarse como el sitio especial ó exclusivo de las funciones intelectuales propiamente dichas.

Esta conclusión, esperada por los entendidos en fisiología cerebral, tiene importancia por los

hechos experimentales en que se funda. La nueva psicología, fundada sobre seguras bases biológicas, considera la inteligencia como la forma evolucionada y compleja de funciones elementales que son propias de la materia viva: la sensibilidad y el movimiento; afirma, además, que todo el organismo concurre á constituir las funciones psicológicas, la personalidad humana, especializándola en los centros nerviosos por un simple fenómeno de división del trabajo.

En definitiva, por ahora sólo puede afirmarse que el coujunto de funciones llamado inteligencia resulta del trabajo armónico y regular de todo el cerebro; las perturbaciones debidas á lesiones parciales deben atribuirse á la rotura de esa armonía y no á que determinadas zonas del encéfalo tengan el patrimonio exclusivo de la inteligencia.

* * *

Aunque no tiene el mismo interés general que el de Sciamanna, merecen recordarse los interesantes trabajo de Paul Sollier sobre la nutrición general y el trabajo psíquico; G. Nurigazzini, influencia del lóbulo frontal sobre el cerebelo y viceversa; Charles S. Myers, el sentido del ritmo en los puntos primitivos de la fisiología del cerebelo. Bonnier, plan general de psicología animal; Henri Pieron, estudios psicológicos de una especie de mirmicida; G. Robinowicht, experiencias sobre el sueño eléctrico.

Toda labor interesante; magna como exponente de los nuevos rumbos y métodos; pequeñísima si la comparamos con los innumerables interrogantes que nos plantean los problemas del espíritu humano.

# El limbo de lo sobrenatural

Enrique Morselli es una de las personalidades más conspicuas de la psiquiatría moderna. Alienista ilustradísimo, crítico penetrante, filósofo completo, escritor galano. El sabio está doblado por un artista. Sus obras más fundamentales, la *Antropología* y la *Semeiología de las enfermedades mentales* serán pronto libros clásicos. Hay en ellos erudición vastísima, claridad perfecta de estilo, disciplina ejemplar en el análisis, criterios sintéticos irreprochables. Ha sabido hacer de la psiquiatría lo que Lombroso no pudo hacer de la antropología criminal. Tiene, como Sergi, un riguroso espíritu de sistema. Cualquier alienista moderno puede llamarle maestro, sin reticencias. El físico lo ayuda; es buen mozo, no obstante haber doblado ha tiempo los cincuenta años. Sus colegas envidiosos contaron á los congresistas extranjeros que se tiñe el pelo y el bigote; es un pequeño desquite que se toman contra su mucho talento, pero es menester agregar que está muy bien teñido, si es verdad el chisme. Conversa muy bien y habla en público, desplegando una persuasiva elocuencia de hombre superior, de maestro que sabe mucho y dice muy bien su saber: parece nacido para la cátedra y merecería un puesto en la más eminente academia.

Presidió los trabajos de la primera sección,

destinada á la psicología patológica, alternándose con tres franceses ilustres. Janet, Sollier y Dumas. Se leyeron allí muchos trabajos interesantes, demasiado técnicos para ser referidos á los lectores de *La Nación;* mencionaremos los títulos de algunos, para dar una impresión del conjunto y orientar á algún aficionado á este género de estudios. Sante de Sanctis estudió algunos tipos de mentalidad inferior; Gilbert Ballet se ocupó de lo psicoterapia y los límites de su acción; N. Vaschipe dilucidó el desdoblamiento de la conciencia en los neurópatas; Luis Gualino refirió sus observaciones sobre la psicología comparada de los idiotas; C. Calucci expuso la importancia de la psicología en la obra de los reformatorios; Augusto Lemaitre descubrió los trastornos de la mentalidad en un niño de quince años; Giulio Ferrero disertó sobre el desarrollo de la inteligencia en un caso de privación simultánea de la vista y del oído; A. di Luzemberger analizó la interpretación psicológica de la histeria y otras neurosis funcionales; Henri Pieron se ocupó de la anestesia histérica á la fatiga; Georges Dumas dió á conocer la patología de la sonrisa; José Ingegnieros refirió sus investigaciones sobre los trastornos del lenguaje musical en los histéricos; Paul Valentín analizó las causas morales de la neurastenia sexual; S. E. Henschen trató de la sordera verbal pura.

El primer día, con motivo de una comunicación del doctor Del Torto, se inició una interesante escaramuza acerca de los mediums, el medianismo y los fenómenos que suelen designarse con el nombre de espiritismo científico, desacertadamente.

Este es uno de los campos frecuentados por

los semicultos en psicología, como los semicultos en medicina caen en la homeopatía ó el electromagnetismo, y los semicultos en sociología merodean por las inmediaciones de la revolución social. Son cerebros incompletos que se indigestan rumiando su entrevero de conocimientos y preocupaciones, de hechos y prejuicios, de ciencia y metafísica. Son casos de fanatismo complicado con un saber exiguo y unilateral, mil veces más funesto para su cultura que la ignorancia completa. Saber mal y á medias es peor que no saber.

El doctor Del Torto, por ejemplo, ha «inventado» una explicación de los fenómenos de transmisión mental, que los italianos y alemanes llaman de transferencia psíquica, y los franceses é ingleses califican de sugestión mental. Del Torto pretende que los centros nerviosos de cada hombre representan un imán y se encuentran rodeados de una atmósfera ó campo vital. Un hombre puede influir sobre el campo vital de otro, como un imán sobre el campo magnético de otro. Bajo esa influencia, los elementos de ambos sujetos se orientan en un mismo sentido y esta coincidencia es la vía del transporte psíquico.

Diez años de asiduo ejercicio bibliográfico no nos permiten explicar mejor esa teoría, que, á su vez, no explica ninguno de los fenómenos que el autor desea explicar. Se funda en premisas imaginarias é indemostrables, de las cuales deduce conclusiones completamente ajenas á los conocimientos científicos actuales.

Un apasionado espiritista, Enrique Carreras, (algo debía tener de español, siquiera el apellido); conocido por su intimidad con los espíritus más populares en los trípodes saltarines de Roma y de Turín, cogió la ocasión al vuelo y repitió el

consabido discurso acerca de las fotografías espiríticas de Crookes, las fantasías de Flammarión, los experimentos de Rochas, los estudios de la Sociedad Londinense de investigaciones psíquicas, la mesurada simpatía de Richet y las impremeditadas declaraciones de Lombroso. Habló con calor, como persona que al fin se libra de un gran peso ó desahoga un deseo reprimido por muchos años.

Intervinieron Morselli, Sollier, el delegado argentino y otros profesores, aportando al debate las nociones que puede prestarle la psicopatología del sistema nervioso; excluyeron por igual la invención magnética de Del Torto y la fe espiritista de Carreras. La discusión tornóse interesante; se prescindió del trabajo inicial del debate y se trataron cuestiones harto obscuras para iluminarlas definitivamente en una charla de congreso.

Nadie niega la existencia de fenómenos anormales (algunos los llaman extranormales) en los sujetos llamados mediums; esos fenómenos suelen producirse gracias á la presencia del medium y de los experimentadores. Las personas que tienen conocimientos especiales sobre la fisiología y la psicología del sistema nervioso, saben que los mediums suelen ser sujetos histéricos ó simples sugestionados; los conocimientos clínicos y experimentales sobre la materia permiten explicar perfectamente la mayor parte de esos fenómenos, su casi totalidad. Quedan algunos hechos no explicados todavía; para su interpretación bastaría admitir que en el organismo humano existen modos de sensibilidad y de fuerza mal conocidos aún, pero cuya existencia comienza á demostrarse.

Los que no saben psicología, ni fisiología del

sistema nervioso, ni patología cerebral, los que no han pisado una clínica ni un laboratorio, se limitan á atribuir esos fenómenos á los espíritus de los muertos. Esta no es una explicación científica, ni siquiera extracientífica; es una creencia. El espiritista atribuye á los espíritus los movimientos del trípode y las comunicaciones que cree recibir de ultratumba, con perfecta buena fe; así también el primitivo atribuye el rayo á la ira de los dioses y los fuegos fatuos á paseos de los muertos para distraerse del tedio sepulcral asustando á los pacíficos vecinos de las necrópolis. Representa, pues, una etapa primitiva de la interpretación de los fenómenos naturales; se encuentra en el mismo caso que las otras formas del animismo en psicología, de la metafísica en filosofía, del catastrofismo en sociología. Allan Kardec, Hegel y Bakounine, son tres manifestaciones diferentes de una misma etapa del saber humano.

Estos fenómenos anormales, por su mismo carácter extraordinario, se prestan singularmente á la exageración pleonástica y al arreglo novelesco. Cada libro contiene un décimo de hechos observados personalmente y nueve décimos de referencias ajenas, casi siempre de tercera ó quinta mano, cuando no de vigésima. Ocurre lo mismo con los relatos personales; además del espíritu de proselitismo interviene en estas exageraciones la vanidad personal, pues el relato de cosas interesantes proyecta interés sobre el protagonista.

La parte novelesca es enorme en los relatos de los escritores más serios. Podemos dar fe de una chanza jugada al ingenuo Flammarión. Un joven profesor argentino, cuyo nombre no será difícil adivinar, puso á prueba la inocencia del

astrónomo enviándole dos relatos realmente extraordinarios de apariciones de difuntos á distancia, pocos momentos después de la muerte. Tan bonitos eran los casos—pues la fantasía suele superar á la realidad en materias como ésta—que el empedernido espiritista los intercaló en su libro *Lo desconocido y los problemas psíquicos*, ensalada de otras historias semejantes, que circula como bíblico evangelio entre los espiritistas subalternos. Libros como ese, por mitad trágicos y por mitad tartarinescos, son el corrosivo de la ingenua imaginación popular; demasiado popular para que tengan relación alguna con la ciencia.

En Buenos Aires nunca pudimos ver ningún fenómeno digno de atención, no obstante haber solicitado ese favor de varios círculos espiritistas de una rama teosófica; siempre se chocaba con la falta de buenos mediums. En Roma buscamos la manera y la ocasión de conocer á Eusapia Palladino, la célebre medium que han estudiado tantos psicólogos y mentalistas contemporáneos. Partía ella de Roma el mismo día en que llegamos, después de haber pasado una temporada en la casa del príncipe Ruspoli, distinguido caballero que suele sesionar con ella por curiosidad ó entretenimiento. Un colega muy ilustrado y en extremo gentil, el doctor Festa, nos proporcionó una carta para su amiga Eusapia. La visitamos en Nápoles, pasando para Pompeya, y obtuvimos la promesa de que regresaría á Roma á fin de efectuar algunas sesiones experimentales. Desgraciadamente, no pudimos llevar á cabo nuestro buen deseo; pocos meses después estuvo en París, llamada por el Instituto Psicológico, misteriosamente oculta por sus experimentadores, á punto de negárse-

nos su presencia, no obstante llevar para ella una carta de orden íntimo y personal.

La medium napolitana manifiesta deseos de ir á Buenos Aires y ha iniciado algunos trámites con una de las diminutas ramas teosóficas bonaerenses. La proyectada jira no es fácil; dependerá, en última instancia, del interés que ponga en ello un erudito aficionado argentino, el mismo que sostuvo en *La Nación* una interesante polémica sobre ocultismo, con Rubén Darío, diez años atrás.



No podríamos terminar la crónica de Congreso, sin decir que Santer de Sanctis, su secretario general, fué un elemento primordial de su éxito. Es profesor en la Universidad de Roma, hombre joven, bien trajeado, alegre, decidor, activísimo, amén de otras buenas cualidades que no le impiden tener mucho talento y respetable erudición. Entre sus libros, algunos son de mérito, como *Los sueños* y *La mímica del pensamiento.* Asimila con facilidad, posee buen sentido crítico y sabe generalizar con discreción; agreguemos que su estilo es interesante y está dicho que es un excelente escritor científico.

Estás rápidas impresiones sobre el ambiente, los hombres y las teorías, permiten comprender en sus líneas generales la obra y las tendencias del quinto congreso internacional de psicología, celebrado en Roma.

El profesor Sergi sintetizó el juicio general en los términos siguientes. Muchos creen—dijo—que un congreso científico debe resolver definitivamente todos los problemas que preocupan á la

humanidad; cuando no ven este resultado, deducen conclusiones muy escépticas sobre la utilidad de los congresos. Esta falsa espera, tanto mayor cuanto más arduos son los problemas tratados, como son el alma humana y su mecanismo funcional, expone á sufrir desilusiones también mayores.

Esta vez, sin embargo, el congreso puede afrontar serenamente el juicio más severo. Dos tendencias y dos métodos viven en permanente conflicto dentro de las ciencias psicológicas; puede afirmarse, como un éxito de mucho valor, la entonación impresa por una de ellas á todo el trabajo del congreso, la tendencia nueva, estrictamente científica. No la que observa empíricamente los fenómenos del alma, sino la que trata de investigarlos científica y metódicamente, hasta recurrir á instrumentos de precisión cuando ellos son necesarios para disminuir los errores que pudieran atribuirse á deficiencias ó ilusiones de nuestros sentidos.

Ese camino, además de señalar rumbos nuevos á la psicología y á la fisiología, abre horizontes sobre todos los estudios que interesan á la inteligencia humana, permite aplicaciones á las ciencias, á las letras y á las artes, é influye de esa manera sobre la orientación de la cultura moderna.

---

## III

# EN EL ARTE Y EN LA VIDA

# Los amantes sublimes

Verona podría ser la Meca del amor inverosímil. Del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, que se proyecta en el tiempo como una sombra en la pradera: más grande cuanto más lejana. Toda colina parece allí un Himeto. El Adigio corre sereno; el agro de Verona semeja, junto á él, una helénica landa lamida por el Iliso ó el Cefiso. El murmullo del río suena á melopea; en el traspié que da sobre cada breña, despierta una leve murmuración amorosa, voces de jóvenes traídas desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos en el misterio de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad presentimos un alma y un paisaje propicios á nuestros recuerdos; el alma de una virtud ó de un vicio, de un amor ó de un odio, aleteando en el marco obligado de cierto panorama convencional. Al acercarnos á Verona cremos divisar una serie de mansiones medioevales, en cada una el balcón de hierro laboriosamente batido, en cada hierro una maceta con lánguidos jazmines y pendiente la fina escala de seda, y en cada escala un Romeo pálido de emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el

amante, una Julieta ideal. No concebimos otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio: diríase una joven nostálgica sobre una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así; como las niñas aristocráticas que al caer en mala fortuna, conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el manuscrito precioso de una novela trunca; es el refugio de princesas destronadas que aún sonríen á sus admiradores fieles. Pero, ante todo, y sobre todo, Verona es un estuche venusino; el estuche único de dos corazones únicos: los corazones de Romeo y de Julieta.

La ciudad luce otras reminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande y fué podestá Martín Escaligero. Es más célebre uno de sus descendientes, Bartolomé, bastándole para ello haber acogido á Dante, proscrito de Florencia. Y Dante vive todavía en el mármol, en la «Plaza de los Señores»; al irse el día, se levanta como una gran sombra pensativa, vagando en el crepúsculo, y parece que mil ideas están revoloteando sobre su frente como una guirnalda de aguiluchos sin nidos. Además de Cátulo, Vitrubio y Plinio el Joven, conocieron allí la línea, la luz y el color sus hijos ilustres Víctor Pisano y Pablo Veronese.

El viajero se arrodilla ante el mármol de Dante y pasa; los otros no incomodan su recuerdo. La historia de la ciudad es la historia de sus amantes; en toda alma despiertan ó resucitan, allí, romanticismos dormidos pero inmortales.

Existieron las familias hostiles, Capuletos y Montequios; Dante nos lo repite en su «Purgatorio». Es verosímil que sus hijos se amaran. La

novela del conde Luis de Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección, y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Gerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dió sangre y alma italiana á tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable; otro inglés, Arturo Brooke, gastó el tema en una obra mediocre. En Francia, después de Boisteau, ha inspirado varios cuentos y novelas, hasta la reciente de Clemente Rojas y las dos mil páginas montepinescas de Cardoze. En Alemania escribió Veisse una tragedia. En España son conocidos un drama de Lope de Vega y una tragedia de Rojas. Pero es en Italia donde la leyenda veronesa ha inspirado una literatura más vasta; las tragedias de Scévola, Leoni, Salli, Consenza, Ventignano; varios poemas, entre los cuales merece leerse el de Teresa Albarelli; un libro crítico de Julio Leati; un interesante capítulo de Chiarini, en sus profundos estudios shakespearianos. Es cuanto pudimos averiguar en las bibliotecas de Verona, de Roma y de París.

En las bibliotecas musicales de Milán y de la Opera de París, encontramos once dramas líricos sobre esta amorosa desventura; los firman, por orden cronológico, Benda, Schwanberg, Rumling, Dalairac, Steibelt, Zingarelli, Guglielmi, Vaccai, Bellini, Marchetti y Gounod. Solamente la ópera de este último sobrevivió á su autor; á poco que agucemos la memoria, nos arrullarán sus ofrendas líricas esparcidas sobre el poema.

El viajero que llega á Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza artística, busca la casa y la tumba de Julieta.

*
* *

En un callejón parece que aún podrían querellarse los valientes de ambas progenies; al anochecer diríase que vagan rondas de enmascarados y que Tybalt va á clavar su acero, otra vez, en el pecho de Mercutio; allí se derruye el antiguo convento de franciscanos, en el «Vicolo San Francesco al Corso». Hay una capilla lamentable; luego cierta habitación que es indigna parodia de una cripta y allí un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba de Julieta.

No falta el holocausto de tontería volcado allí por algunas románticas londinenses: coronas, tarjetas, versos. ¡Paciencia! A lo sumo deberían admitirse sobre el sarcófago guirnaldas de jazmines; como visitadoras, mujeres con caras tiernas del Beato Angélico y de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Ese sería el marco evocador, para honrar el poema con dulce melancolía, musicalmente. ¿Sacerdotisas para ese rito? Habría que recurrir á las tres Gracias—tres como un trébol de amorosa carne.—¿Aglaia? ¿Eufrosinia? ¿Talía? ¿Cuál de ellas negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en Vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos á resarcirnos de esa decepción en la «Vía Cappello», donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capuletos. El edificio, físicamente, no importa. La fantasía suple

las ausencias de la realidad. Bajo uno de esos balcones languideció de amor Romeo Montequio; de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pie ágil; allí mismo el plenilunio de una media noche estival envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila el primer beso de las bocas ardientes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa, una amable noticia la hermoseó: el consejo municipal de Verona acaba de comprarla por 14.000 francos, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. Esta compra, tan delicada y artística á la vez, lo honra mucho; por cierto, no acostumbran tales cosas las municipalidades modernas. Verdad es que Verona es ciudad italiana; en esta dulce península de Laura y de Beatriz aún no se ha apagado el culto del amor, del arte y de la belleza. El concejo municipal obró cuerdamente al no discutir la autenticidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como el Alighiero nos dice el amor de Paolo y de Francesca:

Amor, che al cor gentil ratto s'apprende...
Amor, che a nullo amato amar perdona...
Amor condusse noi ad una morte...

*
* *

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen á través del drama shakespeariano. Es

más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste á Lucinia Savorgnana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla á su manera y nosotros á la nuestra, aunque prefiriendo mantenernos fieles á la tradición inicial.

En tiempos de Bartolomé della Scala una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montequios y Capuletos. Dió Messer Antonio, de estos últimos, varias fiestas. Siguiendo á una hermosa que lo afligía con sus desdenes, concurrió á una de ellas un joven de los Montequios, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capuletos prendóse de su belleza y de su tristura, viéndolo apartado por las crueldades de una pasión incierta. Cuando cruzaron sus miradas, Julieta ya le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Julieta daba su otra mano al joven Marcuccio, que tenía las propias siempre heladas, en Julio como en Enero. Entonces Romeo oyó una dulce voz: ¡Bendita sea vuestra presencia, señor Romeo!

Y el joven, maravillado al oirla, replicó:—¿Por qué podríais bendecir mi llegada?

Y ella:—¡Sí! Bendita vuestra presencia á mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda, mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más:—¡Si con la mía caliento vuestra mano, con vuestros bellos ojos vos me quemáis el corazón!

Ella, con una sonrisa y temiendo llamar la atención por tan largo diálogo:—Romeo, os juro sobre mi fe que ningún rostro me parece aquí tan bello como el vuestro.

Y él, ya perdidamente conquistado:—No obstante ser quien soy, si no os disgusta, seré eternamente el fiel servidor de vuestra belleza.

Envidiable aventura; ya no ocurre á ningún Romeo contemporáneo.

Una vez más fueron las manos el indisoluble nudo amoroso. Siempre las manos. Así las transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí que buscan en la obscuridad, como dos mariposas ciegas; pulpos de voluptuosidad, las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la Montespán; las manos inciertas de madama Bovary hablan á la ilusión antes que el labio, antes que el corazón mismo; las ingenuas de mil Virginias y Lucrecias, las soñadoras de mil Ofelias y Julietas, todas encendidas de amor, por la fiebre de las manos. ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire á las manos incomparables de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D' Annunzio al resumir en las de su «Gioconda» toda la poesía de la belleza y del amor...



El odio tradicional de sus familias, como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los corazones. Mas Julieta, gustando pensar en la buena antes que en la mala aventura, supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz de ambas familias, ya en tregua.

Romeo pasaba innumerables noches al pie del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces en la calle misma. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó á sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando á Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

—¿Qué hacéis?

—Obedezco á mi amor.

—¿Y si os vieran? Corréis peligro.

—Sí, mi señora. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos morir en este sitio, junto á vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y á vos!

Un minuto despuès la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuamente en sus almas, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos: su amor sentía ese reflejo triste, la tristeza del obstáculo. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado sabe que la primera vez el amor tiembla tímidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—tiene sabor á miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania á Isolda y á Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna hablaron muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

*
* *

Llegó el invierno crudo, y Romeo intentó conmoverla con el espectáculo de su juventud, marchitada por noches y noches de intemperie. ¿Por qué no lo recibía en su alcoba? Al punto se indignó Julieta y amonestó la audacia; mas lo hizo adelantando las salvedades nupciales del caso, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, gran filósofo y experimentador de cosas naturales y mágicas. Fueron esposos en secreto y paladearon á hurtadillas las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio para enternecer al viejo Capuleto.

Alguien envidió su excesiva felicidad. De pronto, sin causa explícita, renacieron las querellas. Capuletos y Montequios se atacaron un día, en pleno Corso. Romeo no daba golpe, recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tebaldo, el más procaz, y de un solo golpe le dió muerte. La justicia lo desterró de Verona á perpetuidad. Antes de irse, gracias á fray Lorenzo, los amantes tuvieron en el monasterio su última entrevista, separándose de cuerpos, ya que de almas era imposible.

Julieta lloraba noche y día. No se equivoca el ingenuo cantar de los pastores galos:

> Plaisir d'amour ne dure qu' un moment.
> Chagrin d'amour dure toute la vie.

La madre no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena; un día dijo á Messer Antonio que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

—Convendría buscarle un marido. Pronto ten-

drá dieciocho años; después de esa edad las niñas pierden, más que ganan, en belleza.

El buen padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse, para ver á fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno y resolviendo el grave caso.

Después de mil vacilaciones, cariñosamente, le habló así:—No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de hacer lo que te propongo, yo te conduciré junto á Romeo, para siempre. Escucha. La tumba de los Capuletos está fuera de esta Iglesia, en nuestro cementerio. Te daré cierto polvo que produce un sueño de cuarenta y ocho horas; te creerán muerta; serás enterrada. Yo iré á buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré á Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó, y fray Lorenzo se encargó de comunicar el plan al amante proscrito.

Poco después, una noche, Julieta sorbió los polvos y se durmió con todas las apariencias de la muerte. Verona entera compartió la desolación de su familia y el sepelio fué solemne, fastuoso.

Un siervo fiel de los amantes, ignorando el secreto, voló á Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo, enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible, sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de cierto veneno infalible. Si lo tomaban, moriría á manos de la justicia; si llegaba á Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y moriría allí, junto á ella, inseparablemente. Dos no-

ches después de enterrada Julieta, llegó á Verona; fué hacia el monasterio y dió con la sepultura. Levantó la losa y entró. Á la luz de su linterna ciega vió á Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos y por su propia víctima. ¡Nunca sus ojos la vieron más bella!

—¡Ojos que fuisteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! ¡Seno delicioso, refugio único de mi adoración y mi ternura! ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré hablar y vivir sin vosotros!

Y entretanto esparcía sus besos en los ojos, en la boca, sobre todo el cuerpo divino de Julieta, con la garganta ahogada por los sollozos y las pupilas ciegas de lágrimas. Desolado, sorbió el contenido de la ampolla, y abrazando á Julieta contra su seno, esperó la muerte.

Cuando cesó la acción de los polvos, ella volvió en sí, encontrándose, espantada, entre dos brazos humanos. Una voz, llena de espanto á su vez, le dijo que era Romeo: la voz parecía salir de un sepulcro. Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de fray Lorenzo, y por eso estaba allí á su lado. Mientras ella le hablaba, él fué palideciendo y comenzó á morir, cadenciosamente, entre los brazos de su amada; la vida huía lentamente de su cuerpo como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó fray Lorenzo, ella le pidió que la dejase morir sobre Romeo y le guardase absoluto secreto.

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron á los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impre-

sionado, quíso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron á llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron efusivamente. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Incontrastablemente.



Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los sublimes amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta parece en las noches de luna un templo imaginario; y sale de sus ventanas un perfume hierático extraño, como si fieles esclavas de Bitinia ó de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos. ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del Consejo Municipal asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches parece que dos sombras se acribillan á besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad equivale, en el alma, á los defectos

físicos, á la cojera, al estrabismo; es una deficiencia del corazón, es la incapacidad de ideal, es todo lo inestético, la grosería, la sordidez. Cabe, empero, un distingo; no basta ser grosero para ser vulgar. Hay emperadores groseros que no son vulgares. Ciertos actos, con ser de una grosería absoluta, resultan épicos, poéticos, ideales. Cuando Cambrone, invitado por el enemigo á rendirse, responde su palabra memorable, se eleva á una altura homérica, su vulgaridad es sublime. Es la intención lo que ennoblece el acto, lo eleva, lo idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la resolución del consejo de Verona? Los «vulgares» son otros, son los miles de plebeyos que han criticado la adquisición, fundándose en que el dinero así empleado no reporta beneficios materiales. Ese criterio es de cartagineses, no de latinos; y Verona tiene «gentil sangre latina». Casi podría preferirse el criterio del sibarita que considera vulgar y despreciable en sí misma toda satisfacción material, sólo juzgando digno lo superfluo que la exorna, lo que sonríe al buen gusto, lo que trae un perfume de refinamiento. Aumentemos la parte de la inteligencia ó del corazón y amengüemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva puede soñar una mariposa. La vida puede ser intensa y conservarse digna; encresparse de pasión, tempestuosamente, sin que la ira enturbie las aguas cristalinas de la ola. La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la satisfacción material misma, sino en la intención chata que la acompa-

ña. Ser vulgar es encanallarse, diría Nietzsche. Es renunciar al respeto de sí mismo, es fundirse en el molde de la bajeza común, es «la degeneración del hombre en su semejante, en el común de los mortales, en el mediocre, en el animal de rebaño».

La historia de Julieta y Romeo es la negación de la vulgaridad. El amor vulgar es otro:

«Tant que cette eau coulera doucement,
l'eau du ruisseau qui borde la prairie,
je t'aimerai», me repetait Sylvie.
L'eau coule encore. Elle a changé pourtant!

Esa cuarteta resume el cruel breviario del amor contemporáneo, inconstante como la ola y como la nube, tal cual lo observamos por millares de casos en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, «fuerte como la muerte».

Sólo un ideal cualquiera nos libra de la vulgaridad, de esa hidra que ofende todo lo que alcanzan sus tentáculos. Ella hace del arte un oficio, de la virtud una empresa, de la ciencia un negocio, de la caridad una fiesta, del amor un sensualismo. Transforma el amor de la vida en pusilanimidad, la prudencia en cobardía, el respeto en servilismo. Lleva á la ostentación, á la avaricia, á la avidez, á la falsedad, á la simulación. Detrás del hombre asoma la bestia y estira su garra, la bestia salvaje que sólo siente el hambre de sus instintos y sólo aspira al hartazgo.

Emancipar al amor de la vulgaridad es, pues, una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades como Verona deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen á ella los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos

«amantes representativos»—con licencia de Emerson,—narrada por Da Porto, dramatizada por Shakespeare, musicalizada por Bellini y Gounod, sería más benéfica para la educación de las jóvenas, que las novelas de Safos y Afroditas devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios, propicios para que paseen sus ilusiones los enamorados, podrían colocarse estatuas que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres. ¡Hay tantas de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho, de jurisconsultos que enredaron mucho, de inútiles que estorbaron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar á los amantes que amaron mucho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar, enredar ó estorbar?

Ha poco tiempo, en el estudio del escultor Rodín, en Bellevue, hemos visto un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos pesados que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre sus labios, entre las dos caras juntas, tan juntas, que besa á un tiempo mismo los labios y la mano. Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da á la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir á la glacial solemnidad del mármol nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso...

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esta obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

---

# La temporada lírica de Mascagni

El amor de Roma, como el de todas las adorables casquivanas, tiene felices caprichos é injustos desgaires, crecientes y menguantes. Un día de sus favores vale un siglo de éxito en cualquiera otra de las cien ciudades italianas, como una caricia de Manón ó la Montespán no podría cambiarse por la vida entera de una modesta maritornes.

Mascagni y D'Annunzio han conquistado el cerebro y el corazón de esta metrópoli, antaño gema del orbe y hoy emporio subalterno. Una barbarie de quince siglos ha desmantelado la grandeza del asiento imperial de Augusto y de Trajano; Roma no pudo resurgir á la antigua supremacía en el breve paréntesis marcado por el Renacimiento. Ahora es de buen tono, y de perfecta romanidad, leer el exuberante estilista y escuchar al inspirado compositor. Ambos han vencido obstinadas resistencias antes de obtener su cariño y sus mimos; actualmente usufructúan el voluptuoso privilegio del aplauso público, junto con la loa incondicional de la crítica oficiosa.

***

La fisonomía de Mascagni es tan conocida como sus peripecias profesionales. No lo son menos las leyendas circulantes acerca de sus biza-

rras originalidades; representan el tributo que rinde la mediocridad al genio, ya sean simples invenciones de la ingenua fantasía popular, ya gotas de acíbar que en la copa del triunfo vierte la envidia. Mascagni ha tenido que desvirtuar con su obra las preocupaciones difundidas sordamente para difamarlo; son la mejor prueba de su valer. Vargas Vila definió la envidia como el culto de las almas viles á las almas grandes, y, también, como la adoración del mérito por el despecho, la forma bastarda de la admiración: envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Ahora, en Roma, causaría lástima quien repitiera en serio los chismes con que los necios han honrado al maestro liornés. Se le estima y respeta sin restricciones. El anuncio de una temporada lírica exclusivamente compuesta de obras suyas, ejecutadas bajo su dirección, constituyó un verdadero acontecimiento artístico y social.

Aumentaba el interés público el segundo estreno de «Amica», cuyo éxito ante la heteróclita sociedad que desfila por Montecarlo había entusiasmado á sus admiradores y exasperado á cuantos le envidian. En cambio, el maestro excluyó del cartel á «Cavallería Rusticana» é «Iris», juzgándolas demasiado conocidas para figurar en esta resurrección de «Amico Fritz», «Ratcliff» y Zanetto». ¿Y «Le Maschere»? Esas obras parecían aletargadas, las que no muertas; esperaban que el maestro, con afecto paternal, las sacara del olvido que gravitaba sobre ellas, pesado como una lápida que parecía definitiva, no obstante los amables epígrafes con que la crítica había honrado sus merecimientos.

A fines de Abril comenzó la temporada, que ayer terminó con la décima de «Amica»; los ho-

nores de la primera noche correspondieron á «Amico Fritz».

*
* *

El público estaba compacto en el teatro enorme; parecía un trigal incesantemente removido por tenue brisa. El deseo remueve así á las multitudes.

Cuando Mascagni apareció entre la orquesta, rumbo á su atril, la marea humana pareció henchirse de entusiasmo, desbordando en una ovación unánime. De pie, con gesto digno, sereno como una ola aun no encrespada por la tempestad, el maestro dió comienzo á su cometido. Viéndole dirigir por vez primera, Mascagni es el único intérprete de su drama musical; no puede mirarse cosa alguna fuera de él mismo. La acción escénica pasa inadvertida. El llena todo; su música y su persona parecen fundirse en una entidad única, como si los sonidos emanaran de su propio cuerpo. De pronto se agazapa como una pantera flexible, se arquea como si una endeble racha lo doblara á compás de un juego gracioso de la orquesta. Después se estira y se encoge; se expande y se concentra, vibra, trepida, se aplaca; diríase que es un aparato viviente destinado á medir la intensidad ó las inflexiones de la música. La mano izquierda flota siempre sobre el atril como una mariposa, cual si pulsara en el aire un invisible instrumento; ora sus dedos parecen recamar un finísimo encaje de notas, ora ordenar el desgranamiento de una cadencia ó el despliegue de una venusta sinfonía. Cada ritmo y cada tema encuentran en su organismo una vibración peculiar. Un sordo creería oir la orquesta con sólo mirar al que la dirige.

De pronto sus movimientos se amplifican y vigorizan, como si fuera menester un esfuerzo interior para arrancar á la orquesta la polifonía buscada. Su cabellera desgreñada ondula sin descanso, su persona entera parece levantarse de la tarima, la mímica asume aspectos dictatoriales, los brazos crujen hasta parecer descoyuntarse; entonces su figura se destaca dominadora, como la de un creador que pugnara con la materia misma que forma los instrumentos y arrancase de ella los elementos fonéticos primordiales para fundirlos en un himno á la gloria de Euterpe.

He ahí á Mascagni teniendo en su mano las riendas de una gran orquesta. Cuando termina un acto de música intensa, se le ve rendido, la tarea intelectual corre pareja, pues, con un fuerte desgaste físico; en este caso el trabajo cerebral y muscular está reforzado por la emoción propia de todo autor que se somete á un público, resultando aún más agotador.

Dirigiendo sus propias obras, Mascagni es magnífico. Combina la severa precisión técnica de Toscanini con la avasalladora pasionalidad de Mugnone; y, sobre todo, dirige la expresión de sus propios sentimientos estéticos, que nadie siente jamás como el autor mismo. Algunos critican lo excesivo de su gesto y la mímica interpretativa que fluye de toda su persona, acusándole de histrión y de *poseur*. Esos críticos juzgan en frío; no tienen la emotividad musical de Mascagni y no son autores de las obras que él dirige.



La producción total de Mascagni, juzgada objetivamente, no parece aún definitiva. Su tempo-

rada en el teatro Costanzi, con la exclusión de «Cavalleria», «Le Maschere» é «Iris», poco da que esperar sobre la perdurabilidad total de ninguna de las obras ejecutadas.

La ópera contemporánea tiene dos públicos y dos críticas. El público de poca ó mediana educación musical busca en ella una fuente de fáciles emociones que le den una sensación de belleza; es decir, exige que la música excite por medio del oído su sensibilidad general en sentido propicio para provocar una emoción de placer. El público muy educado, que conoce los secretos resortes de la técnica, no tiene emociones musicales simples y directas, sino á través de su inteligencia especializada, á través de su crítica estética. Para el primero basta hablar el lenguaje ingenuo del sentimiento; para llegar al sentimiento del segundo es necesario hablar un lenguaje perfeccionado que también satisfaga á la inteligencia. En otras palabras, el público no educado sólo es capaz de emociones intelectualizadas. Análoga diferencia existe entre la oratoria tribunicia y la oratoria académica frente á sus públicos respectivos.

La música del primer género suele triunfar el mismo día de su estreno ante la mayoría del público que ordinariamente llena un teatro. La música del segundo género sólo es apreciada por los educados y eruditos, que nunca son la mayoría de un público. Las melodías son tanto más agradables para la multitud cuanto mayor es su sencillez, viven aunque las menosprecien los críticos. Así vivirán Bellini y Donizetti, Rossini y Verdi, cuatro apellidos italianos. La música sinfónica es accesible á un público cada vez mayor, pero se mantiene forzosamente impopular, como ocurre

con la de Bach, Beethoven, Mozart y Wagner. El caso es análogo en literatura; la novela de Dumas tiene otros lectores que la de Flaubert, el drama de Sardou otros espectadores que el de Ibsen, los versos de Stecchetti otra clientela que los de Carducci. Sin embargo, ambos géneros pueden vivir, pues emocionan á públicos diferentes; en cambio, las obras de carácter intérlope no satisfacen á ninguno. Son demasiado buenas para el inculto é incompletas para el técnico.

Ante la sencillez de Verdi puede sonreir compasivamente un wagneriano; pero ese raudal melódico gustará siempre á los oyentes sencillos, pues sacude con eficacia el mecanismo sentimental que pone en juego sus emociones estéticas. En cambio, el verdiano entusiasta se espantará ante el sinfonismo de Wagner, cuya complejidad le resulta incomprensible, mientras el erudito, ya avezado, encuentra en ellos todos los elementos de goce intelectual que ya son indispensables para producirle emociones de belleza. Por las mismas razones, la educación literaria hace que parezca vulgar el estilo de Dumas, incongruente el convencionalismo efectista de Sardou y triviales los sonetos de Stecchetti, mientras que los espíritus no desbastados por la cultura declararán inaccesible el nobilísimo estilo de Flaubert, nebuloso el simbolismo de Ibsen é inarmónicas las odas magistrales de Carducci.

«Amico Fritz», «Rantzau» y aun el mismo «Ratcliff»—con tener, este último, tantos momentos soberbios—morirán, probablemente. Son difíciles para un público é insuficientes para el otro. Vivirá en cambio «Cavallería», obra admirable dentro de su género inferior, y acaso viva buena parte de «Iris», porque tiene páginas técnicas de

primer orden, frescura original en varios puntos y el justamente celebrado Himno al Sol, que es una de las mejores creaciones sinfónicas producidas por Mascagni. «Zanetto» morirá también, por lo menos como producción teatral. Es un acto que dura cincuenta minutos, ocupados por un solo dúo entre sus dos únicos personajes. Tiene, en general, una técnica sobresaliente, pero carece de vida para el teatro. La escena tiene sus exigencias; Mascagni no puede violarlas sin perjudicarse. Los más entusiastas wagnerianos reconocen que es excesivamente largo el célebre dúo de amor de «Tristán é Isolda», no obstante ser de una belleza musical pocas veces superada; sus cuarenta minutos bastan para fatigar la atención de los críticos y hacer incontenible el hastío de los indiferentes. Mascagni lo ha excedido infligiendo á su público diez minutos más, sin que el valor emocional de su «Zanetto» pueda compararse al del célebre dúo de la obra maestra wagneriana.



No son superfluas algunas impresiones personales sobre «Amica», cuyo estreno en Roma alcanzó un éxito muy discutido.

Un solo párrafo basta para recordar su argumento, ya notorio. Amica, sobrina de Camoine, se ha criado en casa de éste, junto con dos hermanos huérfanos, Jorge y Rinaldo. El primero es melancólico, amoroso, infeliz; el segundo es bello y vigoroso, habita en las altas montañas, «más cerca del cielo, más lejos de la tierra.» Amica ama en secreto á Rinaldo, que ha sido arrojado del hogar; el tío Camoine decide casarla con Jorge, y

ella confiesa entonces su verdadero amor. En vano Jorge le susurra palabras tiernas, en vano le amenaza Camoine. Rinaldo llega entonces, y le habla el único lenguaje que su pasión comprende; Amica huye con él, en medio de una tempestad. En el acto segundo Jorge alcanza á los fugitivos. Rinaldo reconoce en el rival á su hermano amadísimo; el amor, manchado por la sangre y el remordimiento, le repugna. Huye hacia la montaña y deja á Amica á merced de su hermano; ella lo sigue por los peñascos y entre matorrales, sobre cataratas y abismos, siempre más lejos, cada vez más alto, hasta la muerte: cae Amica entre la trágica corriente tumultuosa, mientras Jorge y Rinaldo se desesperan ante la desgracia común.

*
* *

Al levantarse el telón se oyó un silencio lleno de curiosidad ansiosa.

Entre el murmullo de la aurora se percibe en la campiña el tañer de lejanos cencerros; pasa la tropilla y al mismo tiempo llegan los sones de ingenuos instrumentos pastoriles. De esa agreste suavidad inicial, de esa frescura idílica, la música asciende lentamente hasta la plenitud de la tragedia. Una romanza de Jorge provoca los primeros aplausos. Un gracioso coro de pastores deleita amablemente al público y lo seduce con su gárrula melodía, que puede tararearse después de una sola audición; es de fácil técnica y de efecto inmediato, sobre todo el danzable final. Ovaciones al autor y primer bis. Un dúo entre Jorge y Amica, lleno de melancólica ternura, arranca más aplausos; Mascagni no concede el bis, pedido con insistencia. Otro hermoso dúo entre Amica y Ca-

moine hace recordar al de Alfio y Santuzza en «Cavallería», más por la vista que por el oído; muchos aplausos, y Amica tiene que repetir la frase final. Desde ese momento el éxito aumenta hasta el triunfo estrepitoso. Un dúo entre Rinaldo y Amica se despliega con heroica grandilocuencia, lleno de pasión sugerente; es un andante marcial apoyado sobre un acompañamiento *strappato*, de mucho efecto, aunque inspiradamente sencillo. El estro melódico fluye con fuerza; el ímpetu salvaje del alma apasionada, el grito de amor, la ansiedad del deseo, encuentran alta expresión en un lenguaje musical vivificado por la exuberancia de tonos violentos. Este dúo encrespa al público, que amenaza varias veces interrumpirlo con sus aplausos y sus bravos. Sobre el dúo se desarrolla la eficaz descripción orquestal de una tempestad, entre cuyo intermitente relampagueo fugan los amantes. Es una página de mérito indiscutido y de bastante originalidad, aunque no tan extraordinaria como parece creerlo el público entusiasmado; siendo incomparable con la ingenua de Verdi, en «Rigoletto», lo es también con la magnífica de Beethoven, en la «Sinfonía Pastoral».

Termina el acto con una ovación. Caballeros y damas, platea y palcos, todo el público de pie, aclama al maestro, que sale una, cinco, diez veces; la ovación aumenta. Mascagni está conmovido; en muchos años no ha tenido un éxito semejante. El público le obliga á volver á su puesto, bisándose el dúo entero y toda la tempestad entre nuevas expansiones de los concurrentes.

El segundo acto comenzó ante un público ya conquistado y terminó en un completo fracaso, no obstante las reticencias con que la prensa intentó amenguar el desastre y la reacción favorable que

fué acentuándose en las funciones sucesivas. Un intermedio sinfónico lo precede. Se desarrolla sobre dos temas; el primero sintetiza la acción desarrollada en el acto anterior y el segundo prepara el desarrollo final, desenvolviéndose ambos en formas originales y complejas, pero difíciles de percibir para oídos poco educados en la música sinfónica. Aunque largo, el intermedio es bueno; á cada instante se descubre la mano maestra que tejió el himno de «Iris», pues la técnica sinfónica es equivalente, aunque la inspiración melódica nos parece inferior. El público lo oyó con interés y lo habría aplaudido con entusiasmo; pero al terminar se levantó el telón y aparecieron magníficas decoraciones, semejando una cascada en el curso de un río alpestre. Esto distrajo la atención: el público, temiendo se creyera que aplaudía las decoraciones, se privó del placer de aplaudir el intermedio. Esta primera é inmerecida tibieza preparó las siguientes.

Amica, Jorge y Rinaldo llenan los treinta y cinco minutos de este acto, con largos monólogos musicales; son de buena factura y la orquesta trabaja muy bien, pero el público grueso no consigue apreciar la entonación bastante wagneriana de todo el acto, que es un incesante clamor de pasiones devastadoras. En el gran dúo final, entre Amica y Rinaldo, las frases de éste se diluyen suavemente en la poderosa expresividad sinfónica que domina. Cuando reaparece el tema de las frases grandilocuentes, tan aplaudido ya, el público se anima y aprueba: en seguida cae en completo silencio hasta el final. Una parte de los presentes aplaude, la mayoría se va, algunos sisean. Se llama á Mascagni una vez; se insiste por cortesía y sin obtener que salga por segunda.

Después del ruidoso triunfo del primer acto nadie habría osado pronosticar semejante fracaso.

*
* *

El público de un estreno, como forma de multitud heterogénea, tiene un juicio esencialmente falible; los hombres, al reunirse, adicionan sus sentimientos, pero restan sus inteligencias. Asociarse es disminuirse individualmente, aunque ello puede ser útil é indispensable para ciertas formas de acción colectiva y social. El juicio del público sobre «Amica» podemos interpretarlo así: triunfó el primer acto porque estaba al alcance de todos, el segundo fracasó debido á su propia superioridad melodramática y sinfónica.

Las originalidades técnicas de Mascagni son con frecuencia frívolas travesuras que dan la sensación de lo bonito, sin llegar á lo bello; son aceptables ó tolerables porque, en general, no consiguen afear el conjunto. En cambio, «duelen al oído», permítaseme la expresión, sus intencionadas roturas de las frases melódicas; si éstas aparecen espontáneamente, si fluyen del cerebro del artista como recurso propio para expresar las pasiones del drama, su interrupción violenta es antiartística. Rehuir la vulgaridad es encomiable, pero el oído tiene su lógica y no es posible violarla so pretexto de originalidad. Torturando el buen gusto se llega á transformar la emoción de placer en emoción dolorosa, la belleza en fealdad.

El coro del primer acto posee esa amable sencillez que complace el oído y arrulla el sentimiento; el dúo entre Rinaldo y Amica es de ingenua solemnidad, emociona al público lo mismo que

una marcha triunfal. Ambos números fueron los dos grandes factores del éxito y pronto disfrutarán la gloria barata del organillo callejero. Al día siguiente del estreno, Mascagni ha debido sentir más amargura por esos aplausos fácilmente ganados que por la caída del acto segundo, cuyo fracaso podía prever un mediocre conocedor del gusto común, antítesis del buen gusto.

En el segundo acto se ennoblecen mucho la técnica sinfónica y el recitado musical. Puede objetarse que las figuras de los tres personajes podrían estar más claramente diseñadas, señalándose mejor el colorido de cada uno. Musicalmente las pasiones parecen algo confundidas, en el punto mismo en que cada una debía distinguirse de las demás. Wagner insiste en caracterizar de esa manera las pasiones fundamentales de sus personajes, acompañando su acción dramática con temas claros y obstinados.

Esa observación no impide reconocer que el acto fracasado pertenece á un género incontestablemente superior que el del acto triunfante. Si en vez de seguir una alta inspiración melódica hubiese diseminado al azar media docena de romanzas, minués y coros, cada uno de éstos le habría valido una ovación. No cabe engañarse á este respecto: esas son las condiciones del éxito de una ópera ante el público habitual de nuestros teatros. ¿Cómo acogería un acto compuesto por diez romanzas de Tosti, cantadas por artistas de primer orden y acompañadas por una de nuestras grandes orquestas? Alcanzaría, sin duda, un éxito delirante.

Mascagni ha renunciado á sus habituales transacciones con los gustos del público semiculto; su segundo acto busca la simultánea generación de

la música y de las palabras, de manera que el acento instrumental corresponda á los sentimientos expresados por los personajes. Su línea melódica se eleva progresivamente, sin brusquedades, y por ende sin que el grueso público advierta la creciente plenitud de la agitación sentimental, que llega hasta el paroxismo trágico. Esa homogeneidad de estilo y ese procedimiento concienzudo provocaron la perplejidad del público que, con las manos aún calientes del acto primero, acechaba alguna siciliana ó serenata que le permitiese desahogar sus entusiasmos.

Ya en «Ratcliff»—la ópera más poderosa y genial del maestro—surge esa tendencia hacia la íntima conexión del drama con la música, ahora bien definida en el segundo acto de «Amica»; tal vez señale el rumbo definitivo de su obra futura.

En ese terreno será cada vez más difícil que una buena obra obtenga éxito ruidoso al estrenarse. El público ignorante, pródigo de palmadas y de entusiasmos, no comprende ni resiste las complicaciones de una música demasiado superior á su educación musical. El público severo y difícil, el educado, además de ser una escasa minoría, difícilmente otorga sanciones definitivas en un estreno, pues el juicio es tanto más difícil cuanto mejor es la obra. Téngase en cuenta, por otra parte, que Wagner, con su monstruosa genialidad, ha excedido todos los límites é imposibilitado el parangón con sus sucesores; es difícil que su caso se repita en la evolución de la estética musical. Su reforma, antes que la obra de un genio, es el supremo florecimiento del genio de toda una estirpe, es el compendio eficaz de las aspiraciones que animaron á una legión de sinfonistas

y de poetas, que corren de Bach á Beethoven y de Wieland á Goethe.

Ahora el dilema es terrible para los operistas. Hacer música inferior para triunfar en los estrenos, ó hacerla superior para ir al fracaso inmediato, salvo los juicios de la minoría y de la posteridad. Ambos actos de «Amica», con sus estilos netamente heterogéneos, atestiguan esta verdad.

Mascagni podría hacer en una semana una ópera deliciosamente inferior, como «Cavallería», por ejemplo, y obtener otro éxito de ovaciones y de popularidad.

¿El deseo del éxito fácil y seguro no lo seducirá en mitad de su nuevo camino? ¿Resistirá á la tentación de triunfar retrocediendo?

---

# El arte moderno en Venecia

---

## I.—La ciudad

«Nuestra señora de los mares muertos» es su bautismo en Arte; confesemos, también, que es una gran señora muerta.

Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, incurables «rastas», melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo; atribuyen el aburrimiento á su propia falta de sentimentalismo. ¿Quién no desea pasar por sentimental? Otros, para que no se les juzgue necios ó tontos, repiten que en Venecia todo es maravilla.

Así falsean el sentido de la discreta relatividad y contribuyen á perpetuar una peocupación convencional.

Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio, fecunda en desagrados. La belleza de algunas partes no salva la fealdad de las restantes.

Bajamos de la estación, caída ya la noche, y entramos á la góndola. ¡La góndola! ¿Y qué? Na-

poleón, al destruir para siempre esta República, que duraba ya diez siglos, dió fuego inicuamente á su incomparable Bucentauro. La modesta góndola actual es una embarcación vulgar, desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa; son más hermosas las que pasean á tanto la hora en los lagos artificiales de las grandes metrópolis modernas. El gondolero no canta; los turistas embusteros debieran saber que ya no cantaban cuando los conoció Lord Byron: «En Venecia ya se apagaron los ecos del Tasso; el gondolero no canta más; rema silencioso». Es un hombre del pueblo, y como tal, pobremente entrazado; en nada recuerda á los legendarios venecianos de Enrique Dándolo y Marino Faliero.

Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga y de apatía, poco propicio á los romanticismos melancólicos. Pensamos en la «Alegría de Otoño», de Gabriel D'Annunzio, en las páginas deliciosas de Théophile Gauthier, en las deslumbradoras impresiones estéticas de John Ruskin, en las sensaciones de Gourdault y de Barrés, en los magníficos responsos de los románticos que fueron á Italia, peregrinos del ensueño, buscando emociones de Belleza: Byron, Shelley y Keats, Chateaubriand y madame de Staël, Musset y Jorge Sand. ¿Podrían haberse equivocado ó sugestionado todos ellos, ó nos pintaron la Venecia de su imaginación? ¿Nuestra señora de los mares muertos ha cambiado?

Sólo sabemos que casi todos ellos, en sus memorias y en su correspondencia particular, han referido muchas impresiones desagradables que no intercalaron en sus poemas y novelas; destinaban al público sus más alambicados fantaseos

sobre las cosas bellas. Pero, sea como fuere, el hecho real, objetivo, es que Venecia decepciona á muchos artistas que ahora la visitan, aunque los más no osan violar los cánones de la admiración obligatoria.

La estación ferroviaria surge en el extremo Oeste del Canal Grande ó Canalazzo, riacho de aguas muy sucias que cruza la ciudad en forma de S. Al poco rato, á fin de abreviar el camino del hotel, próximo á la plaza San Marcos, el gondolero penetró en un «río». El callejón olía fuerte y no á esencias de Houbigand. A poco andar, desde un quinto piso, una señora dió dos gritos de atención y volcó un recipiente; la obscuridad nocturna evitó ver el contenido. Denso debía ser, juzgándolo por el rumor de la caída; lo cierto es que los perfumes del «río» se complicaron desagradablemente.

Con un pequeño esfuerzo de memoria pudimos recordar á Musset, que antes de conocer á Venecia la había cantado en versos elogiosos y después escribió:

«...Venise ¡o perfide cité,
á qui le ciel donna la fatale beauté,
je respirai cet air dont l'âme est amollie
et dont ton souffle impur empestà l'Italie!»

Seguimos. Otro poco de Canal Grande y otro mucho de callejón. Llegamos al hotel. Las especies de mosquitos pululaban por centenares; ¡magnífico país para un coleccionador! El gondolero se apresuró á asegurarnos que jamás pican á sus conciudadanos; y este rasgo de mosquitesco patriotismo nos alarmó en demasía, pues indujimos que preferían chupar la sangre extranjera. Breve *toilette;* cena rápida. Poco después de

las 10 p. m., á cincuenta varas del hotel, llegamos á la plaza San Marcos: una perfecta maravilla. La recorrimos. No funcionaban teatros en Venecia. Volvimos á recorrer la plaza; y, de nuevo, hasta seis veces. ¿Dónde ir? Entre dos periodistas, tres pintores, un crítico y el médico que suscribe, sólo atinamos á recorrer el Canal Grande en vaporcito. Llegamos hasta el Ponte di Rialto.

Ese trayecto muestra palacios admirables, verdaderos modelos de estética arquitectural, son tan hermosos como los que figuran en las tarjetas postales, aunque menos bellos que algunos cuadros magníficos del Canaletto. Fué el mejor momento; dos docenas de palacios soberbios lucían sus mármoles sobre ambas orillas del Gran Canal, volcando por mil ventanas el oro de sus luces sobre el agua mansa. Pensamos en los castillos encantados y en los cuentos de hadas. ¿Viviría en Venecia lo más célebre en los libros infantiles, el hada Merliga, «que á los buenos premia y á los malos castiga»?

El siguiente amanecer nos sorprendió reunidos en la plaza de San Marcos. En esos momentos un «rasta» se hacía retratar dando de comer á los célebres pichones. En pocos minutos vimos las dos Procuratorías, vieja y nueva, la torre del reloj, la plazoleta y el interesante palacio ducal. Estuvimos una hora en la iglesia de San Marcos, una de las obras más encantadoras del arte bizantino. Salimos á la plaza y en un vaporcito repetimos el paseo por el Canalazzo. Serían las 10 a. m. cuando regresamos al punto de partida. ¿Qué hacer? Fuimos hasta el monumento de B. Colleoni, del cual dice la guía Baedeker: «Puede afirmarse, según Burkhart, que es el monumento ecuestre más grandioso del mundo. Ningún otro

reúne tal unidad de concepto, tanta individualidad y tanta amplitud en la ejecución. El siglo XV, esa gran época en que el «condottieri» es una de las figuras más características, no está representado en parte alguna de manera más imponente». Para llegar á él caminamos por callejuelas estrechas y sucias, como no se ven peores en los barrios viejos de Barcelona y de Génova, algunas con aguas estancadas, hartas de resaca y de basuras, pobladas por venecianos de carácter agresivo y desconfiado. No hemos visto mayor prevención y susceptibilidad en gente alguna de raza latina. Contiguas al monumento están las iglesias de los santos Juan y Pablo y de Santa María de los Milagros; la primera tiene buenas obras de arte. Regresamos por el arsenal y la Riva de los Esclavones, tibia y tranquila, que, en decir de D'Annunzio, «alguna vez, al alma de los poetas vagabundos, pudo parecer un mágico puente de oro prolongado sobre un mar de luz y de silencio hacia un infinito sueño de Belleza». Entramos á las 12 m. á la plaza, centro y conclusión de todo paseo.

Después de almorzar volvimos á la plaza y visitamos el palacio ducal. Otra vez el Canalazzo, y llegamos á la Academia de Bellas Artes, completando así la tarde. El museo es de primer orden: el arte excelso de la Venecia antigua hace perdonar el aburrimiento de la Venecia moderna. Las obras de los «quattrocentisti» de la escuela de Murano preludian á las magistrales composiciones de Bellini y de Carpaccio, de Giambellino y de Cima. Y allí mismo deslumbran al viajero la Asunción y la Presentación del Ticiano, para no enumerar las mejores obras del Giorgione, el Tintoretto, el Veronese, el Canaletto, Messina, Man-

tegna, Moroni, los Bonifacios, y cien más. Volvimos por el canal á la plaza. Cenamos. Atravesamos la plaza hasta el canal, regresando pocos momentos después. Allí vimos pasearse á los venecianos y á las venecianas; éstas ya no son, por cierto, las clásicas bellezas que narran las crónicas y muestran los pintores: en cambio, todavía hablan su dialecto deliciosamente. Nos dimos cita para las 7 a. m. en la plaza. Entramos otra vez á la iglesia para admirar la tempestad policroma de los mosaicos. De allí fuimos al canal, y regresamos á las 8 a. m. Recorrimos á pie un laberinto de callejones, yendo por la «Mercería» hasta el puente de Rialto; de paso tropezamos con varias iglesias de menor cuantía. En el puente subimos á una góndola, para volver á la plaza. Tres horas en todo. Después de almorzar, atravesando heroicamente un dédalo de mugre, llegamos á contemplar las pinturas de la iglesia de los Frari, del museo Cívico y de la escuela San Roque; esta última llena de cuadros del Tintoretto.

De allí, por el inevitable Canal, fuimos á cenar á Lido, una playa de baños que parece enorgullecer á los venecianos, aunque no supera é la Playa Ramirez de cualquier Montevideo; huelga decir que no es comparable á las de Ostende y de Biarritz. El suave Musset sólo pudo decir de ella:

«A Venise, á l'affreux Lido,
Où vient sur l'herbe d'un tombeau
Mourir la pâle Adriatique...

Tiene, sin embargo, su página de hermosos recuerdos. Partió desde allí lord Byron, cuando venció la famosa carrera á nado hasta Santa Chiara, que admiró á los propios venecianos; se cuenta que permaneció en el agua de cuatro á cinco ho-

ras, mientras sólo había empleado poco más de una para atravesar el Helesponto.

El tercer día poco hay que hacer en Venecia, salvo ocupaciones especiales en el comercio ó el deseo de profundizar el estudio de sus museos de pintura. Fuimos, por la mañana, á ver los manicomios de San Sérvolo, que ya conocíamos por un bello capítulo de Gauthier. Son de lo más atrasado que puede imaginarse en materia de asistencia de alienados. El doctor Audenimo, jefe de clínica de Lombroso, nos contó pocos días después, en Turín, que hasta hace un año se encadenaba allí á los locos furiosos y se les sometía á torturas con instrumentos inquisitoriales; el hospicio estaba administrado por religiosos, y fué menester levantar un sumario que reformó en parte ese orden de cosas. ¡Un siglo después de Pinel! De allí fuimos á Burano, fuera de Venecia, á pasar la tarde con el pintor argentino Quirós; los buranenses le llaman «il bel pittore», y se cuenta que las muchachas se disputan el honor de ser sus modelos, gratuítamente.

Ya en Venecia poco había que ver. A menos de ir á la plaza de San Marcos y atravesar el canal Grande por milésima vez.

Esa es la verdad honestamente dicha, aunque ella duela á los venecianos y á los jóvenes poetas que no han visto la ciudad que sueñan. El Bucentauro no existe; el dux no va como otrora, á arrojar su anillo nupcial al fondo de las aguas para desposar simbólicamente el Adriático. Los románticos, á pesar de su entusiasmo, nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia, en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca.

Tiene su plaza única, su canal feérico, sus ga-

lerías de pintura y otras contadas maravillas; todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó á Goethe y á Stendhal, á Taine y á Nietzsche; los que llegan á Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade á los neurasténicos y á las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo; pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa, con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

El viajero sano se encanta al primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

## II.—Los pintores italianos

O se queda, si le instan á ello los carteles chillones de la exposición internacional de pintura moderna.

Predomina, como es lógico, la pintura italiana, que ya no es italiana: la moda y el afán del éxito matan el estilo propio de una escuela, ese estilo que nace del temperamento de los pueblos y de la influencia del medio físico. Sería ingenuo hacer paralelos entre la pintura clásica y la contemporánea; á épocas distintas no pueden corresponder emociones estéticas semejantes. Desconsuela,

sin embargo, comparar cualquier museo de Florencia, de Roma ó de Venecia con esta exposición de arte moderno. ¿La pintura languidece porque el momento histórico actual no le es propicio? ¿El desenvolvimiento del industrialismo capitalista no se concilia con un intenso florecimiento de este nobilísimo arte? Son temas para críticos profesionales y nos guardaremos de usurpar sus prerrogativas. El hecho real, objetivo, es éste; la pintura que vemos en la exposición de Venecia atraviesa por un período semejante al que suele llamarse «decadentismo» en literatura.

Nuestra opinión, perfectamente profana en estos entreveros de la línea, de la luz y del color, sólo podría valer si fuera exacto que ciertas cuestiones de actualidad se juzgan mejor desde afuera balconeándolas. Los impresionistas, divisionistas, «puntinistas» y otros istas que inundan los salones italianos de la exposición, corresponden á los diabólicos, parnasianos y modernistas en literatura. Pueden ser talentosos, y muchos lo son de verdad, pese á las exageraciones de nuestro colega Max Nordau, pero hay en su obra un artificioso convencionalismo, demasiado á la moda para ser duradero y fijar rumbos definitivos á la pintura ó á las letras. Si bien es verdad que rompen con los viejos convencionalismos, no lo es menos que se limitan á erigir convencionalismos nuevos; aunque lo hagan en nombre de la libertad y del individualismo artístico. Ilusiones puramente verbales.

La impresión predominante al ver las secciones italianas de este concurso de arte, puede restringirse á dos términos: superficialidad y falta de sinceridad. Algunos pintan «así» para llamar la atención; otros para seguir las huellas del éxito,

marcadas por la moda. Para nuestro criterio profano los pintores peninsulares del último cuarto de siglo fueron muy sinceros; Segantini y Michetti, Signorini, Dalbono, Cárcano, interpretaban la fisonomía de sus ambientes respectivos, con su luz, su color, sus características regionales y hasta con el alma nativa de sus terruños. En sus cuadros se reflejaba la vida pintoresca de su ambiente y la psicología espontánea de sus poblaciones. En cambio, en la mayoría de los actuales expositores se percibe un amaneramiento en la técnica y una disciplina común en la interpretación del paisaje; falta en sus cuadros la ingenuidad sincera que es el mérito más relevante del alma artística. Durante la época neoclásica y la romántica estas faltas habrían podido pasar inadvertidas, pues la inventiva y la composición bastaban para llenar un cuadro; desde que se concedía libre campo al trabajo imaginativo, la sinceridad pasaba á ocupar un puesto secundario. Pero en nuestros días, después de un largo y honorable paréntesis de realismo, de verismo, resulta muy chocante esta ausencia de sinceridad.

Cabe una defensa: «vemos de otra manera, y nuestra sinceridad consiste en pintar como vemos.» Esta explicación sería aceptable si la diera uno ó diez pintores, considerados individualmente. Así como no hay dos hombres con fisonomía igual, no los hay con olfato, con gusto ó con vista igual. Todos vemos diferente, y esta desigualdad subjetiva es indiscutible. Pero el argumento falla si se observa que se pretende generalizarlo y formar escuela; podemos aceptar la sinceridad de un impresionista, pero no la de los pintores que siguen el impresionismo como escuela. Hoy, en general, el sér humano ve como hace cincuenta

años. Las condiciones físicas de la materia que determinan las sensaciones de la línea, luz, color, relieve, perspectiva, no han cambiado; el mecanismo fisiológico del ojo humano sigue siendo el mismo, tanto en sus medios refringentes como en la retina. En suma, objetivamente, no es admisible que la generalidad de los pintores «vea de otra manera».

Creemos que ven lo mismo, pero interpretan de otra manera. Y en esa interpretación está la falta de sinceridad ó la falta de personalidad, trátese de imitadores ó de sugestionados. Esas son, en efecto, las dos categorías de hombres que forman una capilla ó una escuela en torno de todo innovador de talento. Los imitadores siguen á sabiendas la ruta que el talento marca en el gusto del público; los sugestionados creen que esa es de verdad su propia ruta. Unos y otros, poco á poco, encuentran razones técnicas que justifican la nueva manera; es fácil, por otra parte, pues siempre hay algún poco de razón en cualquier cartilla doctrinaria. Y así como el embustero acaba por creer en sus propios embustes, los imitadores acaban por creer sincero su amaneramiento. Y, á la postre, todos tienen sinceridad á través de su autosugestión.

El mal es mayor en aquellos países donde las modas llegan tarde. En Italia retoñan rabiosamente estas maneras de la pintura, cuya irrupción en las salas del Piamonte, Lombardía y el Lacio es demasiado significativa. Hay divisionistas por docenas. Parten de una serie de premisas teóricas acerca de la física de los colores; buscan una resultante de color con sólo pintar sus elementos componentes. Sus cuadros producen una sensación de pirotecnia. Pretenden, como los im-

presionistas, tener el privilegio de la luz abundante; con frecuencia lo consiguen. Algunos tienen talento, sin disputa: ¿tendrían menos si no fuesen «istas» de cualquier clase? Sea como fuere, es indudable que estas corrientes artísticas heterodoxas contribuyen con eficacia al perfeccionamiento del arte, pues sugieren problemas y estimulan actividades. Alguna fruta sabrosa suele madurar entre su matorral de frondas estériles.

Sería injusto englobar á todos los pintores italianos en esta impresión predominante. Recordamos una «Plaza», de Innocenti, y un «Tíber», de Carlandi, muy sentidos. Los pasteles de Gasciaro gritan su color turbulento en las salas del mediodía. Pratella, un napolitano, exhibe una marina en día de niebla; sugiere toda la melancolía de la hora y una insondable profundidad de atmósfera. De Caroni vimos un bello paisaje en la sala lombarda. «Armonías del crepúsculo», título recomendable para un libro de versos. Cerca de allí está otro muy notable, el «Nido solitario», de Longoni. En la sala de Venecia distínguense Luigi Selvatico, Ciardi, Bezzi, Zanetti-Zilla, Fragiacomo; en todos ellos predomina la tendencia á pintar paisajes lunares ó crepusculares. ¿Nadie pinta el día, en Venecia? Es un convencionalismo pintarla de noche ó entre dos luces; ocurre pensar que de esa manera es más fácil obtener efectos llamativos. Cuando pintan el día es un día gris, triste, inexplicable para quien ha visto el cielo clarísimo que sirve de cúpula á la plaza de San Marcos y las refracciones del Adriático, castigado por un sol de estío. ¿Cómo consiguen traer á Venecia ese día obscuro que nos acongoja en Holanda ó en Londres? Un pintor de Padua, Laurenti, consigue hacer mirar doce boce-

tos llenos de gracia elegante y de perfume juvenil. Hay magníficos retratos de Boldini y de Selvatico; son muy buenos los de Ghiglia, Grosso, Gola, Bompard, Gioia, Gelli y otros.

Nuestros apuntes al margen del catálogo terminan aquí. Nos falta mencionar á Plinio Nomellini, cuyos cuadros interesan mucho á los críticos, especialmente el «Ditirambo», la «Orda» y la «Emigración de hombres». Hemos escuchado esta sentencia de Ugo Ojetti: Nomellini consigue, mejor que cualquier otro de la exposición, el equilibrio entre la fantasía decorativa, la observación de la realidad y la poesía.

Así será.

## III.—Las salas extranjeras

Las salas extranjeras producen mediocre impresión. Si se exceptúan la sección española, la francesa y los cuadros de Shannon y Zorn, yanqui y sueco respectivamente, el conjunto es pobre. Los comités nacionales se han preocupado más de ornamentar sus salas que de seleccionar los cuadros. La sueca es una primicia decorativa, dentro de una sencillez exquisita; es sencilla también, y de excelente gusto, la sala inglesa. En cambio, la húngara y la francesa, con su pretensión de tener estilo, imponen un marco uniforme á la innúmera variedad de géneros y de maneras propias de los expositores. Es una desventaja; los cortinados, las alfombras, los vidriales, los frisos, los muebles, las porcelanas, llaman la atención

del público mucho más que los cuadros y las estatuas.

España puede consolarse de la pérdida de otras glorias, pensando que sus pintores siguen brillando en todas partes; la herencia de Velázquez y del Greco, de Goya y de Ribera, se conserva abundante y prestigiosa. La vigorosa pincelada de Zuloaga, casi brusca por momentos, parece colocar trozos de color sobre la tela, con tonos bien definidos, obscuridades violentas, gestos firmes, personajes que son la fuerza misma, torsos como encinas, manos como zarpas. Su «Guardián de toros», sin ser lo mejor que de él conocemos, es un exponente exacto de su manera de ser, de su personalidad artística.

Las mujeres de Anglada interesan más, mucho más. Son tipos intensos, casi dramáticos; sacerdotisas del mal, caras de suburra ajadas por la noche insomne, embebidas de vicio y de alcohol hasta los tuétanos. En esta predilección por la carne marchita se percibe una sinceridad pronunciada; Anglada ve y siente esas mujeres, sinceramente. Poe no vió de otro modo sus torturas macabras, ni Baudelaire sus fantasías siniestras. A pesar de los peligros de su género, Anglada no resulta sombrío, violento, trágico, ni siquiera incómodo al buen gusto. Conoce efectos de luz, equilibrios de color, matices hábiles, más valiosos que la precisión de la línea neta y la brutalidad de los contrastes bruscos. El mal sólo está en el alma invisible de las mujeres que pinta.

Antonio de la Gándara expone un retrato de Jean Lorrain, que es un documento de interpretación psicológica. Una «Esclava» de Bilbao y un «Jardín» de Rusiñol, son mirados con atención. De Sorolla encontramos el conocido cuadro «Co-

siendo las velas»; no representa dignamente al ilustre artista, ni como dibujo, ni como color, ni como vida. Allí mismo se pavonea el consabido «En la antesala del ministro», de Jiménez.

En la sala francesa hay poco nuevo, pero están representadas las más conspicuas firmas contemporáneas. Los más son cuadros conocidos: los de Besnard, Cottet, Carolus Duran, Monet, Raffaelli. Hay buenos trabajos de la vanguardia impresionista, representada por Renoir, Monet, Sisley, Pissarro; los hay de sus más afortunados imitadores; Raffaelli y Martín, y de algunos independientes: Guerin, Valloton, Vuillard. La crítica ha sancionado ya como óptimos los «Pescadores huyendo bajo el huracán», de Cottet; el «Retrato de Blanche», de Lucien Simón; un «Arco iris», de Menard; el «Espejo de Venecia», de Blanche.

Las demás salas llaman poco la atención. Hay un precioso «Retrato de Phil May», de Shannon; Anders Zorn tiene admiradores á granel y lleva público á la sala sueca. Larrson muestra amables y risueñas acuarelas. ¿Qué más?

La República Argentina está representada por dos jóvenes expositores. Pío Collivadino, cuyo nombre comienza á ser más conocido en Roma que en Buenos Aires, tiene allí una «Sera sul bastione», llena de exquisita melancolía, de ternura serena, apacible en su atmósfera de tiniebla delicadísima. Nadie creería que pueda caber tanta alma en Collivadino al ver su cara de cervecero flamenco, siempre alegre, rechoncha, roja, como un queso de Holanda un tanto desteñido. El otro expositor argentino es un joven, novicio aún, Cesáreo B. de Quirós; puede estar orgulloso, pues el jurado de admisión aceptó su cuadro por unanimidad. Sus «Pescadores», llenos de luz y excesi-

vos de color, denuncian más talento que experiencia. Lo esencial es eso, tener talento; la experiencia vendrá con los años y el trabajo.

## IV.—La escultura de Bistolfi

Antes de ir á Venecia, en Roma, uno de los redactores de la *Nuova Antología,* Giovanni Cena, nos habló con meditado entusiasmo de la obra escultórica de Leonardo Bistolfi; sólo conocíamos su monumento funerario de Crovetto, enviado en 1903 á Montevideo, amén de fotografías de sus demás trabajos. Pocos días después leímos en la importante revista romana un interesante artículo de Cena, estudiando la obra del escultor: el comité de la exposición le había destinado una sala especial.

En presencia de su obra no sentimos amenguarse la impresión que traíamos. Hay en toda ella una atmósfera de poesía verdadera y de sano simbolismo. En su mayor parte son monumentos funerarios, llenos de pensamiento, de unción dolorosa, de una tranquilidad casi mística. La «Esfinge» es una obra maestra; en ella, como observa Cena, el escultor ha alcanzado de golpe la cumbre de la expresión artística: la armonía casi geométrica del conjunto, la concurrencia y complementariedad de los detalles, la idea, el estilo. Es una simple mujer sentada sobre una tumba; pero la figura no se concibe aislada. El suelo, los bloques de granito, la figura, el cielo mismo sobre cuyo fondo se destaca la cabeza, forman un conjunto armónico. El tema de la cruz, la base, la esfinge,

las flores, todo concurre á establecer la unidad arquitectónica definida y simple. Para romper la rigidez del tema, están los lirios densos y carnosos que la tierra empuja hacia aquella cara de éxtasis, y está el manto que desciende recto, «rodinianamente»; parece pensativo también él. La figura nos llena de respeto, nos impone su tristeza severa y grandiosa; por entre el marco de sus crenchas mustias asoma el óvalo de su cara, como una interrogación frente á lo desconocido; esa cara, que antes acogió toda la tristeza de la vida, ahora parece absorta en una contemplación ultrahumana. No es la obra del simple escultor; es del artista completo, del creador de formas intelectuales sobrepuestas á las formas físicas. Bistolfi es un poeta del mármol.

Su «Cristo» es elocuente, original. Original, sobre todo, en su extraordinaria expresión, pues, según afirma el mismo Bistolfi: «cada uno tiene su Cristo». Ese es el suyo.

En «Resurrección», tres ángeles genuflexos sostienen á un joven muerto. El ángel del medio besa al cadáver en la frente, como si sus labios pudiesen devolverle la juventud perdida; los ángeles laterales juntan sus manos delante de él, formando un arco protector con sus brazos exiguos, como para defenderlo; diríase que están protegiéndole contra el olvido. El bloque de mármol que sirve de base á este grupo, tiene la forma de una gran cruz griega.

El monumento al senador Orsini, jurisconsulto, es un himno, un poema. En «La Cruz» se resume la vida. La Justicia protege á todas las figuras de la Humanidad. A derecha é izquierda hay dos estatuas de hombres. El Trabajo, desnudo y musculoso; el Pensamiento, meditabundo y so-

lemne en los pliegues de su toga. Al frente está el Amor, simbolizado en dos jóvenes unidos sin abrazarse, pero en conjunción completa y definitiva; la Maternidad, una mujer toda hecha ternura, sosteniendo un niño entre sus brazos afectuosos, y protegiéndolo con un pico del manto que cae de su cabeza, amorosamente reclinada; la Prole, simbolizada por dos niños de pie, ajenos al dolor que los rodea, sosteniendo una florida guirnalda. En el primer plano un joven llora, de hinojos, abismada la cara entre las manos; en el fondo se destacan dos figuras en alto relieve, orando con caluroso fervor, que asoma en cada línea de sus caras. Estas once figuras (las del centro en alto relieve aumentado en cada una hasta la plena estatua de los hombres viriles: el Pensamiento y el Trabajo), armonizan su movimiento en un juego de clarobscuros magistrales.

En su bajo relieve, «Sobre la urna de un joven poeta», un grupo de mujeres, musas acaso, llenas de congoja, desoladas, esparcen un hálito de tristeza más tierno que la ofrenda de flores pendiente de sus manos. Sobre el «Pedestal del monumento á L. Rey», un grupo de niños pasea su inocencia ingenua, bajo las ramas de los árboles afligidos. «Las esposas de la muerte», bajo relieve en bronce, suben á recibir su beso impalpable y pasan suaves como un soplo de favonio entre pétalos de rosas té. «El dolor consolado por las memorias», inspiraría un canto á Albert Samain y un libro á Maeterlink. En el «Funeral de la virgen», una teoría de Ofelias y Julietas desfila diagonalmente hacia el fondo lejano, mostrando el dolor en la oblicuidad de sus espaldas y penetrando en el Carrara frío, como para enterrar en él su congoja, íntimamente. Después los altos relieves: «El sue-

ño», «La llama», «La resurrección», «El holocausto», «La belleza de la muerte». Cada bloque es una estrofa genial.

Cuando la obra de un artista sugiere tan hondas emociones de belleza, cuando nos admira y enternece, nos hace pensar y sobrecoger, ante la vida, ante la muerte, sentimos la necesidad de buscar en el árbol genealógico del arte, el lazo de parentesco que lo incorpora á la familia de los más grandes escultores contemporáneos, á la familia de los Meunier y los Rodín.

---

# La teatralidad judicial en Italia

—¿Vienes á lo de Tulio?—dijo de pronto Enrique Ferri.—Y como esbozáramos una mueca interrogativa se apresuró á aclarar la invitación, añadiendo:—á la audiencia del proceso...

«Tulio» y «el proceso», temas familiares en toda la península, son el asunto único de Turín.

Moderna y limpia, con calles perpendiculares y manzanas cuadradas, Turín evoca el recuerdo de las nuevas ciudades americanas. Tiene con La Plata otro parecido: la quietud perfecta de sus calles. El comercio y la industria son escasos; abundan, en cambio, los hombres de estudio, entre los cuales pudimos apreciar á Mosso, Foá, Lombroso, Carrara, Ferrero, Negro, Mariani, Audenino, Marro y otros. Hay también numerosos militares. En conjunto, es una ciudad culta y de buen tono. Antes fué ciudadela monárquica; ahora la han conquistado los socialistas, quienes acaban de obtener un ruidoso triunfo en las elecciones municipales.

Turín, bonita y serena, es la antítesis de Nápoles, hormiguero humano que monopoliza el pintoresco encanto de la mugre y del escándalo. En muchos escaparates de librería hemos visto libros titulados: *Las dos Italias*, *Italia bárbara y contemporánea*, *Norte y Sur*, etc., queriendo significar que en esta Italia, políticamente unificada,

existen dos civilizaciones distintas. Turín y Nápoles podrían ser los exponentes de ambas. Un napolitano es, en Turín, tan extranjero como un paraguayo é infinitamente más extranjero que un francés.

El cielo de Turín esparce en todas las cosas incesantes caricias de azul. Los hombres son amables, las mujeres elegantes, los niños limpios, las casas modernas, las avenidas perfumadas; doquiera se percibe una constante inundación de sol y de oxígeno alpestre. Todos los días parecen feriados. El extranjero pierde en seguida la noción del calendario; cada mañana, al salir á la calle, se pregunta invariablemente si ese día es domingo. Los turineses parecen llevar en su fisonomía una expresión de hombres sin prisa; diríase que el descanso dominical sonríe perennemente en la comisura de sus labios.

* * *

El proceso Murri consigue interesar á esta población. Se habla de Tulio como de una persona inconfundible, única, tal como entre los políticos criollos se dice don Bartolo, el General, el Gringo, Marcelino y Benito, sin más explicaciones.

Tulio es ya un personaje, en Italia y en el extranjero. El delito de Bolonia le ha conferido en poco tiempo la fama que un sabio ó un escritor sólo conquistan en largos años de trabajo intenso y de lucha pertinaz. Si la conquistan.

En Italia todo parece organizado para halagar y satisfacer la vanidad criminal, para convertir en hombre ilustre al delincuente: la teatralidad del medio, el debate oral, la manía charlatanesca de

los abogados, la propaganda periodística, la curiosidad enfermiza del público, todo. Hombres y mujeres se atropellan en la barra de una sala de audiencias, mucho más que en un teatro. Fuerza es confesar que de esa manera la justicia asume caracteres de espectáculo pura y simplemente teatral, indignamente teatral. Zacconi y Novelli atraen menos público que Tulio y Modugno, otro héroe judicial del día; calcúlese qué pasará cuando ocupa la jaula un Musolino cualquiera. Los diarios más importantes de Italia mantienen corresponsales extraordinarios dondequiera que se ventile «una bella causa», llegando á ocupar dos ó tres de sus cuatro páginas con debates judiciales. Nunca faltan un par de asuntos dignos de escándalo.

Fueron menester varios mariscaleos de Ferri para conseguir una entrada. Ordinariamente es necesario tramitarla con varios días de anticipación, como en los grandes estrenos líricos ó dramáticos. Por las dudas convino invocar también el nombre de Sighele, abogado de la parte acusadora, pues Ferri lo era de la defensa; de otra manera persistía el peligro de un desalojo. Se anunciaba para esa tarde un espectáculo salpimentado por copiosas especies: la arenga del abogado acusador Nasi, conocido por su causticidad violenta y su realismo despiadado. Digamos, desde luego, que desempeñó á las mil maravillas su papel, injuriando arremangadamente á los procesados, que lo oían sin poder protestar eficazmente, acoquinados tras los barrotes de hierro de su jaula.

Pero antes que de los actores, digamos la impresión del escenario.

*
* *

Un sujeto con traza de conserje y prosopopeya de canciller abre una puertecilla, y dirigiéndose al público declama automáticamente y con voz acatarrada:

—Señores: ¡la Corte!

Como á una voz de mando, todos los presentes se ponen de pie. Entran los magistrados y ocupan cinco sillones detrás de un largo mostrador, sobre una tarima, frente al gran salón cuadrado. Sus caras no se distinguen bien. Es día de lluvia copiosa; la luz escasea, sin que por ello se recurra á la artificial. Antes de empezar la audiencia el aire está viciado y se respira con dificultad; sin embargo, ese mismo aire será utilizado durante cuatro horas más por los estoicos pulmones de los concurrentes. El fiscal pone á cabalgar sobre su naríz—digna, por cierto, de los versos de Guadagnoli—el inevitable par de lentes dorados; cumplida esta formalidad, se atusa el bigote bicolor y se compone la voz. El presidente agita la campanilla; la sesión está abierta.

A la derecha de la corte, en dos filas, á lo largo de la pared, se sientan los miembros del jurado, sobre otra tarima y detrás de otro mostrador: es la justicia de Bertoldo. Uno de ellos, con cara de portero muy molestado por los vecinos durante la noche anterior, dormita durante la sesión entera. Entre los restantes se perfilan un par de almaceneros al menudeo; tres hombres flacos que merecen ejercer profesiones liberales, un sacristán de parroquia suburbana y un cambalachero de facciones sionistas. Los demás son perfectamente amorfos: son hombres que no existen. Sólo uno llama la atención entre todos: uno con cara terrorífica, que igual pudiera ser de inquisidor ó de jacobino. Preguntamos quién era; «es un usure-

ro», nos contestó un socialista amigo de Ferri; estuvimos á punto de creer que no exageraba, á pesar de su credo sectario, pues un católico pachorriento, que escuchó la pregunta, no resistió á la tentación de agregar en voz baja: «es un mercader de esclavas blancas.» Probablemente ambos exageraban, pues más tarde supimos que era un conservador anticlerical, «hermano terrible» de una logia masónica titulada «Caballeros del Infierno». Sentimos correr un escalofrío bajo nuestra piel, y una ola de sangre nos saltó á la cara: era el recue do vergonzante de algún artículo ó discurso publicado en defensa de la justicia democrática «ideal». ¡Ese montón de sujetos heteróclitos era el jurado «real», ese era el sueño de tantos ingenuos!...

*
* *

Frente á ellos, á la izquierda de la presidencia, está una jaula con gruesos barrotes de hierro, pequeña para sus siete huéspedes, pues el cubo sólo tiene dos metros por cada arista. En su interior yacen los procesados: el doctor en leyes Tulio Murri, la condesa Linda Bonmartini, el médico Pío Naldi, la joven Rosa Bonetti y el médico Secchi. Detrás de ellos, de pie, dos carabineros con el arma al brazo. Fuera de la jaula hay dos más, uno á cada lado. Los cuatro adoptan fisonomías solemnes y posiciones dramáticas; parecen otros tantos ministros de la guerra que concurren por vez primera á una interpelación parlamentaria. Aunque posesionados del papel de celebridades que les corresponde en este asunto, en que todo es célebre, su solemnidad apenas alcanza á ridiculez; mirándoles es fuerza recordar á los gordos

coristas milaneses que antaño cantaban *Fra Diavolo* en el teatro Goldoni ó en el Doria.

Cierran el cuadrado las tribunas, pública y privada, la una sobre la otra, frente á la presidencia. El abigarrado auditorio de estos debates merece tentar la pluma de algún cronista ameno. Tratándose del asesinato de un marido engañado por su esposa, no pueden faltar mujeres en la barra. Las hay jóvenes é interesantes; algunas parecen estar ya divorciadas, y casi todas dignas de estarlo. Cuando el fiscal, un abogado ó un testigo entra á relatar con minuciosa fruición los pormenores del amor clandestino, las intimidades de los adúlteros, las felonías de la suerte contra el marido, las distinguidas señoras de la barra tienden la oreja rosada hacia la palabra escandalosa, fruncen la frente, atisban la insinuación maligna ó pornográfica; parecen asistir á una lección. Ya son adúlteras en su mayor parte, ó, por lo menos, están en vísperas de serlo. Todas simpatizan con los procesados y detestan al marido muerto, al tirano de Linda. Lo odian porque era marido.

También asisten hombres. Muchos curiosos que no tienen donde pasar el día; varios sujetos de temperamento criminal, degenerados mentales, que admiran á Tulio y se creen socialistas; tres viejos libidinosos se regodean con el escándalo; algunos estudiantes de abogacía aprenden á confundir el procedimiento criminal con un espectáculo de circo; aves negras, naturalmente; y, por fin, cierta cantidad de vagabundos semicultos, condenados á infecunda bohemia por incapacidad de trabajar, que en todas las ciudades están disponibles para formar una multitud, en un meeting como en una audiencia, en un comité como en una barra.

En el centro de ese cuadrilátero formado por la corte, el jurado, la jaula y el público, toman asiento no menos de treinta abogados, todos con su toga puesta, alineados en cinco filas de bancos y dando frente á la presidencia. Algunos son de fama reconocida: Sighele, Ferri, Altobelli, Nasi, Palberti, Callegari, Vecchini, Tazzari, Gottardi, etcétera.

En suma, ningún espectáculo de teatro puede compararse á éste por la *mise en scène*. La entrada es gratuíta. Allí la justicia manipulea el presente y el porvenir de los procesados, entre los aplausos ó la censura de la barra y de los diarios.

*
* *

Simplifiquemos los términos de este complicado crimen.

Linda Murri, casada con el conde Bonmartini, era absolutamente infeliz con su marido, y tenía amores ilícitos con el doctor Secchi. Tulio, hermano de Linda, resolvió libertarla, matando á Bonmartini, con la complicidad más ó menos directa de Pío Naldi, Secchi, Linda y su propia amante Rosa Bonetti. La premeditación es evidente; consta que Tulio y Secchi hicieron experimentos de laboratorio para envenenar al conde, ensayando los efectos del curare sobre un cordero. Ese medio resultó impracticable.

Poco tiempo después se encontró el cadáver de Bonmartini cosido á puñaladas, en su propia casa. Según el fiscal, Tulio y Naldi acechaban su llegada y lo mataron. Según la propia declaración de Tulio, éste le dió muerte después de una riña y en legítima defensa. Entre esas dos versiones gira el debate, del cual habrían dependido la ab-

solución de Naldi y una sensible atenuación de la pena que corresponde á Tulio. La situación de los otros acusados es secundaria.

*
* *

Cada uno de los cinco socios de esta desgraciada novela sugiere impresiones diferentes. Llevan ya dos años de cárcel, veinticuatro meses que desmoronan al sér físico, tanto como al sér moral. Aquí, como en todas partes, el procedimiento es engorroso, los sumarios marchan á paso de hormiga; diríase que la justicia teme los apresuramientos, sin que por ello se advierta disminución en la estadística de sus errores.

Linda Murri suele sentarse en primer término, al frente de la jaula. Apoya una mano en los barrotes, más alta que su cabeza siempre agachada, ocultando así la cara con el brazo. El sombrero y el vestido, aunque modestos, denuncian la nostalgia de displicentes elegancias. Un tul obscuro, bastante compacto, la protege á medias contra la curiosidad malsana de las famosas mujeres que la escudriñan desde la barra, sin perder acaso la esperanza de ocupar algún día su puesto en la jaula y en los semanarios ilustrados. Es delgada y conserva rastros de interesante distinción: si no fué bella, en el sentido riguroso de la palabra, tuvo muchos atractivos de buen trato y de inteligencia. Está demacrada y siempre palidísima. No es más culpable que mil adúlteras consentidas ó toleradas por la sociedad; pero fué más imprudente, por intelectualismo. En la jaula parece una pantera domada. Dos años de exhibición oprobiosa le cuesta ya su loco afán de amar con el cerebro, de odiar con el cerebro, de vivir con el

cerebro. Porque esa es la clave de todo su infortunio: Linda Murri es una mujer intelectual.

Rosina Bonetti es una autómata al servicio de su amante. Es la perra fiel. Ama á Tulio y haría por él cosas inverosímiles. Por Tulio se vió complicada en el asesinato, por Tulio está en la jaula, por Tulio irá á la cárcel; sin embargo, su único afán ha sido salvar á Tulio, defendiéndolo con declaraciones falsas, amenguando su culpabilidad, facilitando su defensa. Concurre á las audiencias cubierta la cabeza con un manto negro; lo usa con donaire, como las mujeres chilenas. La cabecita resulta agradable y traviesa, no obstante los atroces sufrimientos físicos que han acibarado su permanencia en la prisión. Fué, sin duda, una chica interesante. Y aunque su defensor le asigna el papel de ingenua, más bien parece picaresca y sensual.

Pío Naldi es una víctima de su cara; hay hombres que no pueden prosperar por la falta de buen talante, así como otros prosperan sin tener más cualidades que su buena presencia. Naldi es feo, tuerto, flaco y asimétrico; un tipo físicamente degenerado. Es médico, pero su vida floreció entre tahures y truhanes. Más vivía en la casa de juego que en la propia; en las crónicas del tapete verde se refiere que era jugador deshonesto. Inspira más lástima que repulsión. Es un caído. Hay en su conducta páginas increíbles; cuenta él mismo que mientras estaba encerrado con Tulio, acechando á la víctima, robó á su propio cómplice.

Su posición es harto vidriosa. ¿Intervino en la ejecución material del asesinato? El lo niega, y Tulio también; las pruebas reales parecen deficientes, pero la convicción moral le es desfavorable. Cuando el abogado acusador tronaba contra

él, bordando un tejido de injurias é invectivas, Naldi tuvo dos ó tres sonrisas de superioridad irónica, á la vez despreciativas y burlescas. Parecía decirle: «me tratarías de otro modo si yo fuera el abogado y tú estuvieses en la jaula.» Los caídos tienen también su filosofía; y no siempre errónea.

El doctor Secchi es un hombre normal casi el hombre «como debe ser», con sus defectos é inclinaciones naturales. Era amante de Linda, mujer casada. ¿Es una culpa? Al más perfecto médico soltero le está consentida esa leve irregularidad. Tulio, su cuñado moral, le enredó en proyectos de asesinar á Bonmartini; es probable que Linda interviniese para complicarlo más. ¿Quién resiste á una instancia de la mujer amada, especialmente contra el marido? El amor impone estas solidaridades; no aceptarlas, en ciertos casos, puede significar cobardía. En rigor, Secchi no tuvo iniciativas en la empresa; accedió á los ensayos de envenenamiento y puso de relieve que ese medio no era practicable. Su complicidad moral es la única positiva; en todo momento fué solidario de un delito cuya gestación conocía y cuyas consecuencias le eran en extremo agradables.

Pasemos á Tulio, el protagonista.



Los especialistas lo llamarían degenerado superior ó delincuente intelectual, según los casos. Nadie se atrevería á afirmar que es un babieca ó un asesino de tres al cuarto.

La lógica de su delito sería perfecta si pudiera aceptarse su punto de vista. Tulio Murri quiere entrañablemente á su única hermana, Linda, y cree que su infelicidad crónica depende exclusi-

vamente del carácter irreductible de su marido. La solución más simple consiste en suprimir al verdugo. Después de mucho rumiar el proyecto, ornándolo con pintorescas ocurrencias científico-literarias, Tulio lleva á cabo el gran acto, el gesto libertador, movido por una generosa pasión altruísta, por el afecto fraternal. Esta sería su propia y verdadera exégesis psicológica, si Tulio no hubiese ya inventado siete mil embustes para escapar á las redes que le tendió la justicia de instrucción. Dentro de su moral moderna cabía la gran honestidad de confesar paladinamente, sin recurrir á las atenuantes de la lucha y la legítima defensa: un delito altruísta y pasional no lo habría deshonrado ante sí mismo.

Es un joven bien parecido, á pesar de los pésimos retratos reproducidos por las revistas ilustradas. Tenía á su frente el más risueño porvenir. Hijo del ilustre clínico de Bolonia, agregaba á sus atractivos personales todo el prestigio de su apellido; tenía una gran herencia en perspectiva, era afortunado en sus democráticos amores, se le conceptuaba inteligente é ilustrado. Era también mediocre poeta, orador aplaudido en los comités socialistas y candidato seguro á una diputación. Pero había una sombra en su alma, una sombra pavorosa: detestaba á Bonmartini. Su sangre hervía cada vez que le encontraba; las arterias le crujían en las sienes cuando veía á Linda afligida por las infelicidades del hogar. Y, naturalmente, pudo más el sentimiento que la razón.

Su temperamento fué un vehículo propicio á la idea delictuosa. Era un hombre anormal, instable, un degenerado en cuya alma rutilaban algunas espiras de romanticismo mezcladas con arabescos de vanidad; ya había retoñado en Tulio

un amoralismo subjetivo y extrasocial, que suele ser fermento y levadura para el delito cuando no es su simple justificación posterior.

Tulio, con esa alma *art nouveau*, necesitaba realizar cosas extraordinarias; ante la perspectiva audaz de un bello delito no podía permanecer indiferente. Delinquió en parte por vanidad personal, por deseo de notoriedad folletinesca, como casi todos los anarquistas regicidas. Cuando se sospechó de él, estaba libre y podía eludir la acción de la justicia; pero no resistió á la tentación de una celebridad ganada en pocas horas. Redactó un memorial y se entregó.

Ese memorial es un entero tratado de psicología, documento de vanidad y simulación para hermosear un crimen destinado á llenar el mundo con su nombre. Tulio quiere ser el héroe de un gran drama, el mártir que se inmola para libertar á una hermana infeliz, el brazo justiciero que deshace los entuertos de la moral burguesa, el generoso corazón que sirve los impulsos de nobilísimas pasiones. Tulio quiere ser un artista y actúa como sobre un escenario, calculando el efecto que cada palabra de su memorial debe producir sobre el público y sobre la prensa. Todo el infolio converge á demostrar que su asesinato es un bello gesto pasional; sólo le preocupa ser digno de sí mismo, digno del intelectual que cree ser. Por eso, después del crimen, concurre á una biblioteca pública y deja constancia de que se ha dedicado á traducir y comentar clásicos griegos...

Al principio no le amedrenta la perspectiva de la ergástula por toda una vida y se empeña en guardar las formas. Aun hoy, dos años después, se presenta en la jaula correctamente vestido y se cruza de brazos en actitud digna, aunque sin al-

tanería. Parece afirmar que acepta serenamente las responsabilidades filosóficas del caso.

Es verdad que al principio trató de ocultar el delito y despistar á la justicia con pequeños acomodos teatrales de la habitación donde aquél tuvo lugar; fueron ensayos de travesura y de audacia, para darse el gusto de burlar á la policía. Pero la vanidad pudo más; redactó en seguida el memorial, proclamándose autor de la obra. Ha habido, pues, un poco de *sport,* realizando un crimen interesante y engañando á la justicia. Como es inevitable en casos de esta índole, al final de cuentas se enredó en los detalles.

Su estrella ha palidecido; todas las vanidades palidecen ante el fracaso, inclusive la vanidad criminal. El Tulio que vemos hoy no es ya el de los primeros días. Una convergencia enorme de pruebas y de presunciones ha caído sobre él, como un alud. La ergástula entreabre sus puertas como un invernáculo permanente, lejos del sol, que haría florecer su vida, hasta ayer exuberante de éxitos y de esperanzas. Esta visión inflexible sombrea un poco su rostro juvenil y doblega su gesto. ¡Pobre desgraciado! ¡tan joven!

Ahora que está muerto Bonmartini, sería un buen diablo á pesar de sus desequilibrios, libre ya de su único odio, de su única pesadilla. Después de todo, un juez inteligente comprendería que hay en él estofa para un buen traductor de trabajos ministeriales ó un excelente bibliotecario de aldea, sin necesidad de enterrarlo vivo en nombre de la ley... Pero la legislación penal contemporánea es demasiado absurda todavía. Estamos lejos, muy lejos, de una inteligente individualización de la pena.

*
* *

Lo demás de este proceso—y de todos los semejantes—es teatral, impúdicamente teatral. Cada sujeto actúa teniendo en cuenta que cien diarios se ocuparán de sus actos y de sus palabras. Esto vale para todos: presidente, fiscal, abogados, delincuentes, carabineros, testigos, peritos y jurados. El fiscal se ensaña, á fin de resultar interesante. Los abogados, sobre todo los abogados son intolerables; convierten el proceso en un torneo de oratoria comercial, pues hablan en favor de quien les paga y ganan en proporción de lo que hablan. Los médicos peritos proceden análogamente; dicen que el perro está rabioso ó no lo está, según quien les paga los honorarios.

Esta comedia, disfrazada con el nombre de procedimiento judicial, tiene aspectos inicuos.

Enjaular á los procesados y obligarlos á escuchar durante años la diatriba de abogados que gozan en complacer al público ofreciéndole en pasto los detalles más íntimos del amor culpable, no es una práctica encomiable. Por muy infame que sea un procesado, parece innecesaria esta afrenta cotidiana, obstinada, por meses y meses, que al fin y al cabo resulta una terrible pena infamante no prevista ni consentida por ley alguna. Linda Murri ha pagado ya en esta moneda cruel de escarnio una docena de homicidios.

Todo hombre culto que vea funcionar un jurado, en casos difíciles como el presente, arriesga convertirse en acérrimo enemigo de esa justicia democrática. En teoría el sistema podrá parecer ideal; pero solamente sería practicable en un país donde cada hombre fuese un sabio y un santo. El buen sentido va reemplazando al sentido común; los «homes buenos» son personajes de leyenda. El jurado no puede recomendarse en materia pe-

nal. Si la criminología es una ciencia que estudia las causas sociales y biológicas del delito, lo razonable es que los jueces sean especialistas en esa ciencia, hombres aptos para ponderar la influencia de esos factores en cada caso y para graduar la defensa social contra cada delincuente. Si algunos jueces actuales son malos ó incompetentes—nadie llevará su ingenuidad hasta creer que todos son perfectos,—el jurado es peor, pues reemplaza á mediocres especialistas con hombres absoluta y fundamentalmente incompetentes. Además los jurados son casi irresponsables, en razón misma de su número. Huelga hacer doctrina. Es necesario ver á esas recuas de pelafustanes asumiendo posturas de hombres importantes. ¿Os imagináis á Bertoldo y á Cándido escuchando y juzgando el valor técnico de informes psiquiátricos redactados por Enrique Morselli y Lorenzo Borri?

El debate oral tiene un inconveniente grave. Fomenta la oratoria al por mayor, convirtiendo al tribunal en ateneo de juegos florales. La oratoria por la oratoria es uno de los venenos más funestos de las democracias modernas; es la apoteosis de las palabras y el destierro de las ideas. Los discursos se oyen, no se comprenden; van dirigidos al oído antes que al cerebro. Es necesario ver á los simples ciudadanos del jurado cuando hablan los oradores efusivos; Bertoldo se conmueve, se entusiasma hasta los tuétanos, vibra, rechina los dientes, queda convencido. Después oye al abogado contrario, sosteniendo la tesis opuesta y Bertoldo vuelve á impresionarse, á entusiasmarse, vibra, rechina los dientes, y queda convencido otra vez. De lo contrario.

Por fin, y en globo, este sistema de procedi-

miento criminal, por su teatralismo y por la publicidad enorme que da la prensa á los debates, resulta francamente peligroso. Favorece en grado sumo el «erostratismo», es decir, fomenta la vanidad criminal y hace que muchos desequilibrados busquen la celebridad cometiendo crímenes ruidosos.

Este es un punto serio. Si en el caso de Tulio Murri la vanidad criminal fué un móvil secundario del asesinato, en muchos otros constituye el móvil único. Nos será fácil demostrar que ese procedimiento judicial y esa publicidad de los debates—en la forma en que se practican actualmente en Italia—son fuentes proficuas de la criminalidad más sensacional.

# La evolución del socialismo en Italia

## I.—Enrique Ferri y sus tendencias políticas

La política revolucionaria de Enrique Ferri entra en su ocaso, cediendo terreno al socialismo evolucionista de Felipe Turati. Los mismos anarquistas que sirvieron de base al ilustre criminólogo para derrotar á sus adversarios, organizan conspiraciones domésticas contra él; su hegemonía dentro del partido socialista peligra y acaso concluya muy en breve. Su talento, por todos reconocido, no será escudo eficaz para obstar las consecuencias de sus propios yerros; la caída será una resultante lógica del encumbramiento. Suele narrarse que el inventor de la pólvora fué víctima de una explosión intempestiva; Ferri ha inventado la pólvora política.

La presente crisis del socialismo en Italia tiene una historia muy sencilla. Sus causas deben buscarse en la alta sociología política al mismo tiempo que en el juego modestísimo de pasiones humanas, demasiado humanas.

La mayoría de los anarquistas de Italia, para evitar las persecuciones del gobierno, se refugió en el partido socialista. No pudiendo con su temperamento—pues éste es la base fundamental de

sus predilecciones doctrinarias—comenzaron á trabajar de zapa dentro del partido, que se vió imposibilitado para eliminarlos en masa ó neutralizar su acción. Combatir á esos anarquistas vergonzantes era sacrificar la propia popularidad. Felipe Turati, cerebro culto y carácter integérrimo, asumió valientemente esta actitud desde el primer día.

Enrique Ferri, personalmente enemistado con Turati, creyó llegada la ocasión para consolidar su predominio personal dentro del partido. Actuando en plena contradicción con sus ideas científicas más fundamentales, puesto que es evolucionista, hízose leader de la fracción llamada revolucionaria y derrotó á la fracción reformista acaudillada por su antiguo rival. El último Congreso entregó á los ferristas la dirección del partido y la redacción del *Avanti*, su órgano. Turati, desde Milán, continuó su prédica, esperando que los acontecimientos le dieran plena razón, haciendo primar la realidad de los hechos sobre la elocuencia de las retóricas tribunicias.

Ferri se creyó árbitro de los destinos de Italia. Así como los anarquistas vergonzantes se sirvieron de él para anular á Turati, él los aprovechó para hartar su inconmensurable amor propio. Puso su talento, su reputación y su elocuencia prodigiosa al servicio de los enemigos internos del partido, quienes retribuyeron el holocausto con las monedas falsas de la popularidad callejera. Ferri mantuvo ese prestigio acariciando y elogiando las pasiones de la masa, fácilmente sugestionable por los que más gritan de revolución y de catástrofes reivindicadoras. Embarcado en esa política demagógica, dió muchos traspiés; tantos como pasos llevó á cabo.

Los afiliados más sectarios continuaron aplaudiéndole, pero todos los ciudadanos ajenos á su cofradía, comprendieron muy luego su imprudencia. Llegaron las últimas elecciones generales. El partido, ya anarquizado, fué á las urnas sin disciplina alguna; los conservadores de todo matiz, hastiados por el palabreo crónico de los revolucionarios y por su inconsulta manía de provocar huelgas absurdas (á punto de haber fracasado todas ellas), concurrieron compactos. El partido socialista sufrió en Italia su primera derrota electoral, gracias á la política de Ferri, y, por ende, á la influencia subrepticia de los anarquistas infiltrados en sus filas.

Sobrevino entonces una reacción, naturalmente. La catástrofe reveló á Ferri todo lo que sus pasiones le ocultaban. Los reformistas adquirieron nueva pujanza para oponerse á los revolucionarios y el nombre de Turati comenzó á pronunciarse con creciente simpatía. Ferri sintió que faltaba el suelo bajo sus pies; hizo varias declaraciones que le acercaban á los reformistas; consiguiendo que éstos no las tomaran en cuenta y que los revolucionarios desconfiaran de él. Temiendo á los reformistas, se desgració con los revolucionarios.

Una tarde, á fines de Mayo, próximo pasado, entramos al *Avanti*, para corregir las pruebas de un artículo editorial y encontramos la redacción convertida en alborotado avispero. Los redactores, en masa, estaban sublevados contra Ferri, y habían renunciado colectivamente, pidiendo se convocara á la dirección del partido, y si era menester un congreso, para optar entre ellos y el director. La causa incidental fué una leve arbitrariedad de Ferri: el nombramiento de un cronista

que antes había sido excluído por incorrecciones que es inútil precisar. Pero las causas verdaderas, según nos dijo Enrique Leone, jefe de la redacción, gritando á fin de que las oyera el interesado que estaba en el salón contiguo, eran dos: la inaguantable megalomanía de Ferri y una nueva divergencia política que se ha concretado bajo el nombre de «sindicalismo».

—¡Estamos hartos de Ferri!—gritaba—¡hartos de política! La acción parlamentaria es ineficaz para los intereses del proletariado. La lucha política debe relegarse al segundo plano. Es necesario organizar sindicatos obreros y plantear la lucha de clases en el terreno económico...

En suma: los revolucionarios que ahora conspiran contra Ferri, como ayer lo hacían contra Turati, son anarquistas de cepa más ó menos genuina, aunque se califiquen de otra manera. Como Ferri no se presta completamente á servir su política negativa, han resuelto hostilizarlo en la misma forma que á Turati. Esto los obliga, por fin, á salir de su posición equívoca y á descubrir su verdadero credo político, aunque no se deciden á confesarlo de pleno.

## II.—Felipe Turati y sus tendencias políticas

La política del partido socialista en Italia atraviesa por una crisis que se resolverá, probablemente, por un brillante desquite de Turati; su tendencia reformista cuenta ya con el apoyo de casi todo el grupo parlamentario socialista.

Felipe Turati es un hombre feo, pero extraordinariamente simpático, encantador. Su físico es la antítesis del de Ferri, lo mismo que su método político. Es de buena estatura y viste correctamente, aunque sin elegancia. Usa una barba anormal, pero discreta. Sus ojos, en una sola mirada, dicen más que un libro de trescientas páginas. Es amable sin afectación; una ingenua sonrisa orna su feo hocico, pareciendo embellecerlo. Es sencillo hasta la familiaridad, como todo grande hombre que se ignora á sí mismo; Ferri, en cambio, según dicen sus propios amigos, no se ignora ni se olvida ni un solo momento en todo un año. Turati ha tenido siempre el valor de confesar abiertamente sus opiniones sociológicas, casi siempre adversas al socialismo impulsivo y sentimental de las masas obreras; eso le ha valido muchas invectivas y las turbas le han honrado con sus injurias. Se le dijo burgués, traidor, aspirante á ministro, traficante político; hoy mismo, un diario de los labriolistas le endereza esta metáfora: «venenosa serpiente que amenaza morder el corazón del proletariado.» Turati se ríe de sus adversarios y los compadece. El sabe más que ellos; los ignorantes no pueden ofender al estudioso.

Turati cree que en rigor, no existen dos tendencias dentro del socialismo italiano. Para él la tendencia revolucionaria es, en los más, un penacho verbal, para jugar con el sentimentalismo de las masas, exento de influencia sobre la acción real de los mismos que lo adoptan por coquetería, en otros es un simple disfraz del anarquismo negativo y antisocialista que pretende reconquistar en el partido italiano la ciudadanía que perdió en la violenta ruptura de 1892, en el congreso de

Génova. La cuestión de las dos tendencias ha sido analizada ampliamente desde esa época. Fué muy fácil separar la cuestión superficial, fundada en discordias mezquinas, artificio pueril para diferenciarse y para dominar dividiendo, de la otra cuestión real y profunda, jamás negada: el conflicto entre la tendencia socialista y la tendencia anarquista; pero, según Turati, esta última cuestión debe colocarse en su sitio verdadero, es decir, fuera del partido. «La orden del día Mocchi-Labriola, aprobada en el Congreso de Brescia en 1904, no es más que la formulación abstracta y sintética—ni siquiera nueva—de aquella táctica y de aquellos principios que siempre hemos combatido como ajenos y enemigos del socialismo moderno, al mismo tiempo que ajenos y enemigos de todo el moderno movimiento del proletariado» (1). Por eso, frente á las irrealizables intenciones de concordia y unión de las fracciones socialistas, Turati ha definido su criterio en una frase más elocuente que una disertación. «La unidad del partido socialista debe ser la unidad del partido socialista solo—jamás el contubernio entre socialistas y anarquistas, sea cual fuere el disfraz que éstos adopten.»

Con igual intención, diez años antes, en el Congreso de Génova, pudo exclamar Prampolini, dirigiéndose á los anarquistas y á los corporativistas: «Desde hace años estamos empeñados en combatirnos en los diarios, en las asambleas, en las plazas, en los Congresos. No diré que haya mala fe de una ú otra parte; pero es indiscutible que esta lucha existe, es de todos los días, de

(1) Turati: «La fine delle tendenze», en su *Critica Sociale*, número 4, 1904.

todas las horas, porque somos dos partidos esencialmente diversos, y recorremos dos caminos absolutamente opuestos. No puede haber comunidad alguna entre nosotros» (2).

Esos son los verdaderos términos del conflicto que palpita en el movimiento socialista italiano, siendo, á su vez, un reflejo del conflicto latente en el socialismo internacional.

En Italia, como en todas partes, el socialismo nació indefinido, caótico. Antes de llegar á la forma en que Turati lo concibe, pasó por diversos períodos evolutivos cuya ley general conocemos ya. La evolución es evidente; conviene generalizar su análisis, incluyendo la fase italiana del socialismo dentro del movimiento internacional, que ahora asume caracteres de política positiva.

### III.—La interpretación utópica del socialismo

El socialismo debe entenderse como una interpretación del movimiento social, dadas las condiciones especiales del momento histórico en los países más evolucionados de la civilización ariana. Es la simple intelección de un fenómeno, independiente de la «voluntad social» y de toda política sectaria ó partidista. Así como es ilusión el libre albedrío individual, lo es también el sociológico ó político. Los hombres no hacen la historia; los socialistas no hacen el socialismo.

(2) Prampolini: «Discurso» publicado en la *Lotta di Classe*, Agosto 29 de 1892.

Existe una política socialista porque los fenómenos sociales se reflejan en los cerebros humanos y determinan su orientación en cierto sentido, que les corresponde naturalmente. Los modos de pensar son la causa, sino el producto de los modos de vivir y del momento de la evolución en que aparecen. El socialismo, por ende, no debe considerarse como un proyecto, un deseo, un ideal, un programa ó un objetivo: es una constatación del rumbo presente de la evolución social. En este sentido, reviste caracteres de doctrina sociológica, superior á los menudos intereses de cualquier facción política militante.

Esa es la forma en que puede hoy plantearse y discutirse sociológicamente el socialismo, prescindiendo de toda la hojarasca plebocrática con que lo enmarañan los que operan sobre el sentimiento de las masas.

El pensamiento humano, para llegar á una interpretación exacta de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones fenoménicas, suele atravesar distintas etapas, verdaderos períodos. Antes de arribar á la intelección científica de un fenómeno, pasa por sus interpretaciones teológica y metafísica. Esta es una de las pocas verdades esenciales que nos ha legado Augusto Comte, cuyas mejores intenciones sociológicas naufragaron en el caos de sus postreras divagaciones metafísicas. Todos los modos del conocimiento atraviesan por tres períodos progresivos.

El desarrollo económico de la civilización europea determinó una nueva tendencia de la evolución social, cuya interpretación constituye el núcleo de la doctrina socialista. Esa interpretación ha pasado necesariamente por tres etapas, de acuerdo con la teoría general del conocimien-

to. La primera fase, utópica, corresponde al período teológico; la segunda, empírica (pretendida «científica»), corresponde al período metafísico; la tercera, crítica y práctica, es propia del período verdaderamente científico y positivo.

Conviene advertir que existe un grupo de tendencias y aspiraciones sentimentales asociadas actualmente al socialismo, las cuales han existido en toda época; aunque ejercen influencia en la política militante, aportando el concurso de las masas, nada tienen que ver con la teoría científica del socialismo. Antes bien, son una maraña perjudicial y perturbadora; las concesiones á ese sentimentalismo son nocivas al estudio de los problemas sociales, debilitan ó anulan sus conclusiones ante la crítica científica. Son la expresión de esa eterna tendencia de la humanidad hacia el mejoramiento sucesivo de sus condiciones materiales de vida. Junto á cada progreso realizado, á cada aumento de bienestar, surge la aspiración hacia el nuevo mejoramiento. Es la perpetua quimera, el «más allá» siempre soñado, que más se aleja cuando creemos aproximarnos más á él. El problema de la desigualdad social de los hombres y el deseo lírico de obviarla ha preocupado á muchos soñadores de todos los tiempos. No será menester que remontemos hasta Confucio y Platón, ni habrá que escudriñar las intenciones ó los proyectos de Marco Aurelio y San Agustín, Campanella y Bacón, Tomás Moorus y Harrington. Huelga también recordar que una de las fases del cristianismo primitivo, con su moral caritativa, fraternizadora, protectora de los siervos y de los serviles, podría llenar algunas páginas en la historia de las utopías precursoras del socialismo sentimental.

Al evolucionar la sociedad feudal hacia la sociedad burguesa, surgen las condiciones materiales que determinan la evolución económica capitalista; ella, á su vez, prepara la ruta posterior de la evolución en sentido socialista. Pues, digámoslo desde ya, su rasgo esencial característico es la tendencia á socializar los sistemas productivos y los medios de producción.

El movimiento intelectual, que tuvo su más acabada expresión en los enciclopedistas, fué el reflejo ideológico de la gran transformación social que se operaba; tomando por causa el efecto más aparente y ponderable, se le consideró como el propulsor de la Revolución francesa. Se ve la hélice que gira y se le atribuye la marcha de la nave; nadie advierte la presión del vapor en las calderas. Las ideas se mueven en el mundo como hélices y agitan á las masas como paletas de hierro que baten el agua inerte; pero, en rigor, el mundo social marcha gracias á la presión de invisibles calderas: las mismas fuerzas físico-naturales que mueven á las nebulosas y á los cristales, á la encina robusta y á la hormiga. Esa es la conclusión que nos impone la filosofía científica en su más reciente concepción del universo.

La realización de la república burguesa es el exponente de un simple hecho económico. El predominio de la economía burguesa sobre la feudal implica el advenimiento de la república burguesa sobre la monarquía feudal. Pero dentro de esa realización latía ya el problema venidero: todo fruto maduro contiene la semilla de otra nueva planta. Morelly—y no Diderot, como se creyó al principio y aún repiten muchos socialistas mal informados—expuso é intentó difundir un sistema encaminado á legislar el «estado social

perfecto», con el nombre de *Código de la Naturaleza:* era una especie de comunismo coercitivo, draconiano. Al tiempo mismo, aunque por otro camino, Rousseau formulaba su *Contrato Social,* verdadero *vademecum* de los revolucionarios, quienes sancionaron su triunfo en la noche del 4 de Agosto, en la Asamblea de Versalles; pues, como dice Taine en *Los orígenes de la Francia contemporánea,* la Revolución francesa fué algo así como el «Contrato Social» en acción.

Poco después, sobre las huellas de Morelly, Baboeuf pretendió completar la obra revolucionaria, organizando su célebre conspiración comunista, que le condujo á la guillotina.

Cerrado ese ciclo embrionario, el socialismo utópico comienza á formularse en sistemas definidos. Aparece Saint-Simón, cuyas teorías, de importancia suma, no es posible mencionar sin respeto; fué un gran observador y un vidente. Poco después, Fourier enunció sus teorías económico-sociales, vislumbrando, como entre ensueños, su sistema basado en la organización falansteriana. Más tarde, cúpole el turno á los ensayos prácticos de Roberto Owen, quien creyó posible la organización de colonias obreras ideales, perdidas como islotes en el océano de la civilización capitalista; se arruinó junto con la quiebra de su proyecto. Cabet siguió huellas análogas, fracasando como él, ruidosamente. Pero cabe reconocerles un mérito grande, aunque indirecto. Ellos fueron los instigadores de ese género de estudios que poco más tarde, con Adam Smith y Ricardo, constituyó una ciencia nueva: la economía política. Ese origen explica las singulares aplicaciones que se exigieron á esa ciencia en sus comienzos. En su nombre se intentaba justificar ó demoler

todos los planes de utopías sociales. Era, alternativamente, el torpedo y la red metálica de los conservadores y de los revolucionarios. El 48 dió su consagración de sangre á todo el movimiento de los utopistas. Luis Blanc, subido al poder en los albores de aquella República demagogizada, enunció oficialmente el derecho al trabajo é intentó la organización de sus célebres é infortunados talleres nacionales. Es conocido el desastre de tan extemporáneo y absurdo socialismo de estado, que tanta sangre costó en las siniestras jornadas de Junio.

Durante todo ese primer período, el socialismo es una simple teología humanitaria y sentimental; un caso de culto por principios abstractos, que nada significan en la política positiva de un país, pues no corresponden á realidades tangibles, ni expresan situaciones de hecho. El sentimiento, rebelde á toda injusticia, no mesura la reacción bajo el control de la inteligencia; siempre es desbordante, excesivo. Desde Baboeuf hasta Luis Blanc, encontramos una concepción del socialismo como reacción sentimental, en nombre de palabras que nada concretan, como «justicia», «libertad», etc.; en su honor florece el lirismo y se idolatra la utopía. Pero hay en toda utopía, como en toda paradoja, un núcleo exacto, alguna parte de verdad objetiva cuya realización es imposible evitar; ella sobrevive á las bien intencionadas imprudencias de sus amigos y á las absurdas represalias de sus adversarios.

En suma: cuando los países más evolucionados entraron á la economía capitalista, aparecieron y se intensificaron ciertos males que son inherentes á nuestra civilización misma, según demostró Edward Charpentier en un libro agudo

y paradojal. Entonces surgió el socialismo utópico, como vigorosa expresión de agravios contra los males propios de la organización económica capitalista, como lirismo plebocrático, mezcla de rencores y filantropías, de rebeliones y de ensueños.

En la utopía no se diseñaba, sin embargo, el núcleo de realidad posible.

## IV.—La interpretación marxista del socialismo

El primer período es pobre, en cuanto á su parte positiva; se caracteriza por negaciones antes que por afirmaciones. Estas se formulan en el segundo período. Todo no era fronda en la selva del utopismo idealista. Los leñadores descubrieron algunos troncos resistentes y seguros; desdeñando la fronda, que sólo podía durar una estación, el socialismo comenzó á definirse en algunos principios sociológicos verdaderos ó verosímiles, poniéndolos como armazón de su vestidura doctrinaria.

Después del vendaval revolucionario del 48, floreció el movimiento socialista de la Asociación Internacional de los trabajadores. En Noviembre del año anterior se había reunido en Londres un Congreso iniciado por la Liga de los Comunistas; Marx y Engels habían sido encargados de redactar un programa, que fué el célebre «Manifiesto del Partido Comunista», cuya aparición coincidió con los movimientos revoltosos del 48. De allí arranca el «marxismo». Comparado con el socia-

lismo de los utopistas, señala un notable progreso en la interpretación del movimiento social. No obstante ser en gran parte empírico y metafísico, planteó los problemas sociales en forma accesible y facilitó su análisis crítico, preparando lentamente una transformación ulterior del socialismo hacia su fase evolucionista y determinista. A partir de esa época, se formuló una interpretación realista de la historia, completando el concepto materialista de la escuela de Feuerbach, constituída por la extrema izquierda del hegelianismo alemán; se determinó la importancia fundamental de los factores económicos en la evolución social, incurriendo en exageraciones impuestas por los objetivos políticos que la doctrina estaba llamada á apuntalar; se enunció en sentido absoluto una teoría de la lucha de clases, que sólo resultó exacta en sentido relativo y como una de tantas formas de la lucha por la vida entre los hombres; una teoría del valor, ampliación generosa de la enunciada por Ricardo, y menos inexacta que las demás teorías corrientes sobre este punto; una ley «de bronce» de los salarios, inexacta como ley absoluta, pero indiscutible como tendencia general del precio de los salarios, etc. Al lado de esos ensayos de doctrina verdadera, florecían concepciones catastróficas de la evolución social, risueñas teorías sobre la concentración de la riqueza y el empobrecimiento cada vez mayor de los pobres, presagios apocalípticos sobre la inminente desorganización del Estado ó de la familia, eglógicas demostraciones de la imposibilidad de las guerras, proyectos de bonos de trabajo para reemplazar á la moneda, dictadura de la clase obrera, etc. A ese conjunto de cosas verosímiles y de fantasías absurdas, de ilusiones y de realidades, se preten-

dió con precipitación adjudicarle el nombre de «socialismo científico», como antítesis del «utópico», calificativos consagrados por Engels en un capítulo de su *Anti-Durhing*, que circula profusamente como folleto de propaganda. En rigor, sólo fué un sistema metafísico, más próximo de la verdad que la teología de los utopistas. Y fué, lógicamente, el precursor inmediato del socialismo positivo que se va formando á sus expensas, aprovechando los buenos muros que están de pie entre sus escombros. El pomposo calificativo de «científico» sólo pudo significar que algunos afiliados al socialismo—pongamos veinte intelectuales por cada millón de proletarios ignorantes—trataban de sustituir la retórica sentimental de los demagogos por fundamentos pedidos á las ciencias modernas, particularmente á la economía política y á la sociología.

Toda la crítica del marxismo—como interpretación del movimiento socialista—puede limitarse á poner de relieve un absurdo fundamental que anula su valor en cuanto él pretenda ser un sistema de política científica. W. Sombart, el ilustre profesor de Breslau, en un libro afortunado, señaló claramente esta contradicción entre el pensamiento y la acción de Marx, entre su teoría y su política. Mientras su doctrina histórico social es determinista y evolucionista, en el mejor sentido sociológico de la palabra, él no ha cesado jamás de predicar la agitación revolucionaria y de anunciar la inminencia de una revolución sangrienta (1). A este hecho real suelen oponerse sofismas de justificación, más dignos de leguleyos que de

---

(1) W. Sombart: *Le Socialisme et le mouvement social au XIX siècle.* Traducción francesa, pág. 108-110.

sociólogos, pretendiendo explicar lo que significan los términos evolución y revolución, para deducir que la segunda es el período terminal ó crítico de un ciclo de la primera, en el mismo sentido en que lo afirma Eliseo Reclus, no en sus obras de sabio, sino en cierto socorrido folleto de propaganda. Para obviar ese confusionismo, propio de los que no tienen ideas claras ó encuentran ventajas en las obscuras, especificaremos en qué consiste la contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse á la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentado que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable é independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx—y en el de todos los anarquistas militantes contemporáneos—está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales, mediante la dictadura del proletariado, según los unos, ó la expropiación revolucionaria, según los otros.

Esta contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx—que hemos enunciado desde hace muchos años, combatiendo ilusiones revolucionarias de los socialistas militantes—á la larga se impuso á la atención de todos los críticos del socialismo, amigos ó adversarios, determinando una nueva fase de su interpretación. Sin embargo, durante medio siglo ese ha sido el criterio general del socialismo político internacional; en él se encuentra la gran masa de los socialistas de todos los países.

En esa etapa, el núcleo de realidad posible

comenzó á delinearse entre las nebulosas de la utopía.

## V. — La interpretación contemporánea del socialismo

Mientras el socialismo prosperaba en la política militante y esparcía sus aforismos entre las glebas, recolectando votos por millares y escalando las bancas de los Parlamentos, los estudiosos pusieron sus doctrinas en el alambique y las sometieron á la prueba purificadora. De allí van saliendo, poco á poco, transformadas substancialmente. Sus atenuaciones son esenciales las más de las veces, pero adquieren carácter científico de verdad. Se está separando toda la escoria sentimental y metafísica, inconciliable con los conocimientos de la sociología positiva.

Los críticos adversarios fueron numerosos: Spencer, en Inglaterra; Richter y Haeckel, en Alemania; Garofalo, Negri, Florentini; Massarini, Morasso, Pareto, Vitelleschi, Ferraris y Longoni, en Italia; Guyau, Leroy Beaulieu y Picot, en Francia; y cien más. Pero fueron, sin duda, más eficaces los críticos salidos del propio socialismo, como el idealista Malón, el político Berstein y el anarquista Merlino; y más que ellos, mucho más, los sociólogos independientes y más bien partidarios: Schäffle, Sorel, Loria, Cunow, Hugo, Masarik, Croce, Labriola, Posada, etc.

Así, á los dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas, sucede el tercer período, caracterizado por la crítica del socia-

lismo y su adaptación á las necesidades de una política positiva. Watson, Bernstein, Vandervelde, Turati, Millerand, Merlino, Jaurés, Bissolati, Deville, representan políticamente esta tercera etapa del socialismo. Los «principios» del período utópico son olvidados ó repudiados por los socialistas inteligentes; quedan, por lo menos, relegados á un plano muy secundario, como simple recordación sentimental de un pasado de estériles luchas y sacrificios; otras veces significan una simple concesión á las preocupaciones de las masas que deben servir de plantel político á los jefes inteligentes. Esa concesión, por supuesto, sólo existe tratándose de jefes inteligentes; muchos ignorantes que llegan á dirigir masas obreras ó á influir sobre ellas, siguen creyendo de buena fe en las panaceas revolucionarias. Sueñan subvertir el orden social en el momento oportuno, con la misma facilidad con que se cambian las bambalinas en un entreacto de espectáculo teatral.

En este período eminentemente crítico y positivo del socialismo, sus objetivos políticos se especifican claramente y se concretan en los titulados «programas mínimos»; sus procedimientos de realización se traducen por las diversas formas de «lucha dentro de la legalidad». Las reformas comunes á todos los programas mínimos socialistas pueden enunciarse en pocos acápites fundamentales: extensión del republicanismo democrático, legislación protectora del trabajo, estado laico, nación armada; las reformas particulares varían con las condiciones de cada país, consultando su régimen monetario, su forma de gobierno, su sistema agrario, educativo, judicial, etc., según las circunstancias. Ese programa se limita á propiciar la finalidad completa del progreso en

nuestro momento histórico: la política evolucionista, la civilización misma. Verdad es que algunos programas suelen estar mechados por ingenuidades anticientíficas, como la justicia por jurados, el voto de las mujeres, etc.

Esa tiende á ser la política de los partidos socialistas más prósperos y evolucionados. La política que organiza todo un Ministerio socialista en Australia, presidido por Watson; la que en Francia ocupa ministerios en un Gabinete republicano, con Millerand; la que en en Italia apoya al Ministerio monárquico de Zanardelli, con Turati; la que en Bélgica persigue la educación y organización de las masas, sin hacer hincapié en la forma monárquica de gobierno; la que en todos países comienza á librarse de la pesadilla marxista de la «lucha de clases» absoluta, tan cara á las plebes, y concibe á su lado la «cooperación de clases», que suele ser su eficaz contrapeso y correctivo en la vida real.

El núcleo de realidad posible se desvincula definitivamente de la utopía y tiende á realizarse.

## VI.—La lucha de clases y la cooperación de clases

Esa es, en Italia, la política de Felipe Turati, con las variantes impuestas por las condiciones propias de tiempo, modo y lugar.

Una larga charla con el ilustre sociólogo—en que intervino de paso la doctora Ana Kulischioff, su intelectual compañera—confirmó nuestra concepción de la política socialista.

Mientras el socialismo se limitó á ejercer una acción opositora puramente negativa en el orden político (como la erigida en sistema por los anarquistas), pudo mantenerse en la intransigencia, libre de tocamientos con las fracciones progresistas de la burguesía más evolucionada, consecuente con la teoría de la «lucha de clases». Pero cuando un partido acepta la acción política dentro del orden legal existente, interviene en la vida electoral y parlamentaria, y formula un programa realizable dentro del sistema económico actual, su actitud política se modifica forzosamente. Cuando entra á ejercer una acción positiva—ya no de simples negaciones antiburguesas, sino persiguiendo la realización de un programa,—surge la necesidad de coincidir y concordar con otros partidos, toda vez que éstos emprendan reformas de carácter socialista. Esa cooperación de los partidos á los fines del progreso, superiores á los propósitos de cada partido, es una ley general en política; Roberto Peel, el más proficuo de los reformadores ingleses, fué un conservador que, por la fuerza de las cosas, adoptó una gran parte del programa de los progresistas.

Aunque algunos de sus jefes no lo reconozcan abiertamente, la política de los partidos socialistas comienza á adaptarse á ese criterio.

Al concretar su acción presente á los programas mínimos, ha desterrado al porvenir las reivindicaciones trascendentales y ha roto el yugo de muchas anticuadas preocupaciones. La inflexible antítesis entre el socialismo y la economía presente ha cedido su puesto á cooperaciones más y más racionales.

En Francia hemos visto á Millerand participando provechosamente á la política de un Mi-

nisterio republicano, con una eficacia que sólo niegan ó desconocen otros socialistas que no pudieron llegar á ministros, no obstante desearlo; y más tarde, los socialistas de casi todas las fracciones, con Jaurés á la cabeza, entraron en el «bloc» republicano é hicieron política ministerialista para aniquilar á la reacción clérico militar. En Australia, desde hace varios años, el partido socialista vota en el Congreso, junto los progresistas y los liberales, alternativamente, según que unos ú otros estén en el poder y le ofrezcan realizar alguna parte de su programa; y cuando ellos organizan el primer Gabinete socialista del mundo, presidido por su propio jefe, Watson, pueden mantenerse pocos meses en el Gobierno, gracias á los votos de alguna de las fracciones burguesas. En Italia, cuando el Ministerio Zanardelli ofrecía garantizar las más fundamentales libertades democráticas y era fuerza apoyarlo para evitar la reacción que estaba en acecho, el grupo parlamentario socialista, en masa, votaba por el Ministerio día á día: allí se manifestó abiertamente la disidencia entre los socialistas modernos dirigidos por Turati, llamados «ministerialistas», y la fracción jacobina y semianarquista, que tuvo á Ferri por abanderado.

En Bélgica y en Alemania, el partido socialista ha dado su voto en cien cuestiones; que implicaban renunciar á algunas de las premisas de principio, en homenaje á las necesidades de la práctica y á la oportunidad del voto. Por fin, en Buenos Aires, el partido socialista se ha asociado en varias circunstancias á otros partidos ó asociaciones netamente burguesas, con fines determinados y *contingentes;* su único diputado al Parlamento fué elegido por pocos electores socialistas y mu-

chísimos de varias fracciones burguesas opositoras al Gobierno.

Todo este cambio en la acción política del partido, esta evolución de una intransigencia obstinada hacia una armonización fácil, sólo implica determinar ó amenguar la más anarquista de las premisas sentadas por Carlos Marx: la «lucha de clases» y el «antagonismo absoluto de los intereses entre el proletariado y cualquier fracción de la burguesía.»

Primero fué la crítica sentimental de Malon, que hizo sonreir á los marxistas empedernidos. Después la heterodoxia fué más firme que Bernstein (1), cuyo libro alborotó el cotarro á punto de que Kautsky (2) tuvo que escribir otro para contestarle; ambos volúmenes fueron ponderados con ecuanimidad por el propio Sorel (3). Bernstein tuvo de su lado en el Congreso de Hannover (1899) á Wollmar, David, Auer y otros conocidos jefes del socialismo alemán. Sus vistas fueron bien acogidas en el extranjero: Jaurés en Francia y Turati en Italia proclamaron que junto con la «lucha de clases» existía la «cooperación de clases», y que esto debía modificar la sistemática intransigencia seguida hasta entonces por el partido.

La teoría marxista es unilateral y sencilla; por eso mismo es accesible á los propagandistas ignorantes y simpática á las masas. Engels (en el *Anti-Dühring)* escribe que toda la historia humana es una historia de la lucha de clases, esas clases son el producto de los métodos y las relaciones de producción ó, en otras palabras, de las

(1) *Socialisme théorique et social-democratie pratique.* París, edit. Stock.

(2) *Le marxisme et son critique Bernstein.* París, edit. Stock.

(3) En *Revue Internationale de Sociologie.* París, Mayo 1900.

condiciones económicas de su época. En la sociedad moderna hay lucha de clases entre los capitalistas detentores de los medios de producción y los productores despojados de ellos, los asalariados. El perpetuo é inevitable antagonismo entre esas dos clases, la una explotadora y la otra explotada, señala el punto de partida de la lucha de clases.

Se ha objetado por los mismos socialistas que esa teoría parte de premisas falsas. No hay *una* burguesía y *un* proletariado, ni existen *dos* intereses, ni éstos son siempre y necesariamente antagonistas. La actividad económica de un país crea *varios* intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea *varios* intereses diversos correspondientes á los obreros industriales, á los agricultores, á los medianeros, á los pequeños propietarios. De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases no menos complejas é importantes: la lucha de razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre los sexos, la lucha entre las profesiones, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo ó la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva: hay intereses comunes á toda la humanidad, intereses comunes á toda una raza, á toda una nación, á toda una clase, á todo un sexo, á todo un gremio, á toda una familia ó á un solo individuo (1).

---

(1) S. Faure: *Le douleur universelle;* Ingegnieros: *La simulación en la lucha por la vida,* cap. III, etc.

En esas condiciones, las fuerzas que actúan en la vida política y social no pueden siempre dividirse en capitalistas y proletarias. En mil circunstancias hay intereses de raza ó de nación que son comunes al millonario y al hambriento. Un aumento en el precio de los cereales beneficia á todos los argentinos, y una invasión de langosta los perjudica á todos. Una reacción monárquica ó clerical en Francia perjudicaría por igual á los republicanos, á los radicales y á los socialistas; en cambio, el Ministerio monárquico de Zanardelli favorecía á todos esos partidos en Italia con sólo garantizar las libertades más primordiales.

En un orden más concreto, á la vez que más general, los intereses de la clase obrera pueden concordar en mil casos con los de una ú otra fracción de la burguesía, ó ser menos pejudicados por una que por otra. Existen, pues, varias acciones accesibles al proletariado, que pueden convenirle según las circunstancias.

La cooperación de todas las clases es una necesidad para los fines de utilidad común: el aumento de la riqueza y del bienestar nacional, que á todos beneficia. La cooperación del proletariado con fracciones evolucionadas de la burguesía es posible, toda vez que puede tener intereses paralelos ó sinérgicos. La cooperación del proletariado á la acción política de la fracción que menos lo perjudica contra la que más lo perjudica, es lógica. La acción independiente del proletariado sólo se impone para gestionar aquellos intereses que le son exclusivos y que pueden ser antagonistas con los de todas las demás clases sociales; en este caso, y sólo en éste, hay verdadera lucha de clase y política de clase en el sentido marxista.

Con esto no negamos que haya intereses de clase propios del proletariado; pero afirmamos que además de esos pueden existir otros, comunes con la burguesía ó con alguna de sus fracciones. Adviértase que la cooperación de clase presupone la existencia de dos clases distintas, por lo menos, y que para distinguirlas en economía y en política es necesario casi siempre que exista entre ellos una divergencia ó lucha de intereses. La «cooperación de clase—como ha demostrado con brillo Felipe Turati—coexiste con la lucha de clases. Se concilian—en determinados casos y circunstancias—los intereses opuestos» (1).

Estas ideas no son, indudablemente, las más cómodas para hacer política á base de obreros; pero es el caso de elegir entre la verdad sociológica y las conveniencias electorales de un partido. El obrero concibe el socialismo en su forma lírica y sentimental; está siempre dispuesto á usar de la política como de un instrumento de lucha antiburguesa. Su móvil es el hambre ó el descontento, no la sociología. Su «fe» no implica una «convicción» ni equivale á ella. Pero todo espíritu estudioso se ve obligado á denunciar esos errores, máxime cuando hace—como es nuestro caso—sociología socialista y no política de partido. Felipe Turati, en cuya compañía mental se nos encontrará con mucha frecuencia, es bien decisivo á este respecto. Considera que el socialismo, como doctrina sociológica, es inaccesible á los obreros; llega hasta repudiar su adhesión, si ella tiene por precio las ilusiones y por causa la inconsciencia. «No es esto, me parece,

(1) *La crisis del movimiento socialista.*—Ivanoe Bonomi.—Biblioteca de *La Critica Sociale*, 1904, pág. 9.

lo que debemos perseguir; no son estas adhesiones tumultuarias, á las cuales no sabemos qué concepto exacto corresponde en la mente de las multitudes arrastradas á la causa. Nada, en efecto—se ha escrito muchas veces,—es más difícil para el adulto que rehacer en sí mismo la psicología del niño, á pesar de que todos hemos pasado por ella; y con mayor razón nos es difícil representarnos la mentalidad del campesino. Lo que para nosotros es una convicción, fruto de un proceso mental laborioso, de luchas combatidas interiormente, de dudas vencidas, consolidada y templada al mismo tiempo por toda una serie compleja de conceptos acerca de la morfología y la evolución de las sociedades, en aquellos cerebros vírgenes—demasiado vírgenes—todavía, bien puede ser la expresión exclusiva de un deseo, la ilusión subjetiva de una inminente y peligrosa palingenesia social, para la cual sólo bastaría la fuerza del número, sin ver los obstáculos que hacen largo y áspero el camino, sin suponer los inevitables coeficientes de reducción que acompañan su aplicación gradual. De eso pueden nacer peligros insospechables para la vida misma del partido y para el progreso del movimiento emancipador. La conciencia socialista de las masas, que es el objeto de nuestra propaganda, no puede ser una improvisación; en el campo de la actividad política, lo mismo que en el de la investigación científica, para nada sirve precipitar las conclusiones. Si se requieren años para transformar por completo el hombre físico, sustituyendo células nuevas á las viejas y gastadas, se requiere aún más tiempo para transformar al hombre intelectual y moral, dada la predisposición natural del plasma renovado para asumir cada día las

mismas actitudes, las mismas vibraciones del que acaba de ser reemplazado poco á poco. Los milagros de la gracia son buenos para la religión, la cual se ocupa de los asuntos del más allá; pero no pueden tener aplicación en las cosas de este mundo. La fe puede ser una fuerza formidable cuando viene á coronar una convicción madurada y positiva; pero mientras la preceda ó la reemplace, sólo puede ser una debilidad y un obstáculo á la formación de esa conciencia, cuyos aspectos externos simula: en ese caso, ella no hace convencidos, sino fanáticos que se agitan al tanteo en plena obscuridad. Esta concepción de la inevitable lentitud de todo movimiento histórico ampliamente humano, debe aplicarse á toda la acción socialista» (1).

Conviene, pues, al socialismo renunciar á todas las exageraciones violentas, otrora exigidas por las masas como condición de su aplauso y de sus votos. Se advierte entre sus directores la necesidad de aceptar el régimen económico actual, y perseguir dentro de él reformas de verdad; los sociólogos conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa é indispensable para toda evolución ulterior.

En las fases parciales de la acción socialista encontramos transacciones semejantes. El antimilitarismo sistemático cede ante un discreto oportunismo; los más violentos tribunos callan ante la inminencia de cuestiones internacionales que ponen en jaque graves intereses económicos de

---

(1) «Misticismo Socialista», en *Le leghe di resistenza e il partido socialista.*—Bibl. *Critica Sociale*· Milano, 1902, págs. 43-44.

todo un país, inclusive los del proletariado. El internacionalismo se convierte en bonito penacho, siempre que no contraste con los sentimientos y conveniencias de la nación; en París, á Gabriel Deville, al rendir cuenta de su mandato ante sus electores del cuarto distrito, pocos días después de la cuestión de Marruecos, le hemos oído terminar con estas palabras: «Soy francés primero, y después internacionalista.» Carlos Marx le habría lapidado; los electores de su partido le aplaudieron. La religión se declara materia privada, aunque en rigor el partido es anticlerical. La abolición de la familia y el amor libre se han convertido modestamente en unión libre; y muchos admiten ya que hay ventajas administrativas en mantener la ley de matrimonio civil, con las atenuantes de un divorcio amplio y fácil.

Y no insistiremos sobre los renunciamientos y apuros sucesivos en que se ha visto el socialismo, toda vez que le ha sido menester ocuparse de *política socialista agraria*. Destrée y Vandervelde (1) nos dicen que en Bélgica los votos socialistas agrarios suelen obtenerse como simples votos de oposición. Kautsky (2) se ve en serios aprietos para conciliar el programa socialista agrario y la teoría marxista de la lucha de clases, acabando por afirmar la imposibilidad de formular un programa idéntico para todos los países y en todos los momentos; sin contar con las serias divergencias que minan el socialismo alemán respecto del problema agrario. Engels (3) decía que si los poderes públicos vinieran á manos de los

---

(1) *Le Socialisme en Belgique*. Segunda edición, 1903.
(2) *La politique agraire du parti socialiste*. Trad. francesa, 1903.
(3) En *Die neue Zeit*, núm. 10.

socialistas, éstos no pensarían en expropiar á los pequeños propietarios, planteando así el debatido problema de la pequeña propiedad rural. Ese reconocimiento implícito es la causa de graves discordias; refleja, en parte, el antagonismo entre la teoría científica y los intereses electorales. Jaurés (1) se plega á este modo de ver con razones más hábiles que lógicas. Por eso Galli (2) puede argumentar en su contra: «Obligados los socialistas franceses á conciliar su doctrina con las exigencias prácticas de la lucha política diaria, armonizan términos teóricamente opuestos, gracias á un «colectivismo» en el cual, á falta de un capitalismo agrícola, creador de masas asalariadas, se deja un puesto para la pequeña propiedad privada, disfrazándola como propiedad de «instrumento de trabajo». Este problema agrario ha impuesto modificar lo más esencial de las doctrinas, la parte relativa á la socialización de la propiedad misma.

Para estas ideas encontramos una completa confirmación en las de Felipe Turati. Volviendo á hablar de Italia, agregó el ilustre sociólogo:

—Es inútil pretender la mezcla del agua y del aceite; nosotros, los reformistas, somos los antípodas políticos de los anarquistas titulados revolucionarios. No debemos seguir juntos, si nos conviene perpetuar estos equívocos que llevan al confusionismo. En cuanto á Ferri, la culpa es suya, y es tarde para quedar bien con todos; si antes fué complaciente con los muchachos de Labriola, ahora debe resignarse á ser el cómplice forzoso de sus errores y exageraciones.

---

(1) *Socialisme et Paysans*, París, 1897.
(2) *Le Socialisme et l'Agriculture*, París, 1902.

## VII.—Arturo Labriola y sus tendencias políticas

¿Quién es Arturo Labriola?

Al salir del estudio de Turati—en un cuarto piso desde cuyas ventanas se domina el Duomo, que enorgullece por igual á los ateos y católicos de Milán—encontramos á Pablo Mantica, codirector del *Divenire Sociale*, revista de entonación revolucionaria que aspira á equilibrar la influencia de la *Critica Sociale*, dirigida por Turati. A dos pasos de allí, en la Galería, nos sentamos á paladear una limonada; al punto sobrevino Monicelli, uno de los redactores renunciantes del diario oficial del partido socialista. Ambos revolucionarios (excelentes hijos de familia, después de todo) nos acompañaron al domicilio de Labriola, donde encontramos á dos ó tres jóvenes más, perfectamente anónimos; el término medio de su edad no llegaba á los veinticinco años. Antes de tres minutos advertimos que se trataba de una conspiración en regla contra Ferri, repitiéndose las acusaciones de megalómano y politiquero exitista. De paso aplicaban á Colajanni los más feroces cáusticos verbales, pues el ilustre sociólogo se había permitido zamarrear sin piedad al cabecilla de los revolucionarios sindicalistas, á Arturo Labriola.

A pesar del apellido, y no obstante la creencia general, este joven no es hijo, ni siquiera pariente lejano, del ilustre profesor Antonio Labriola, que fué uno de los más eminentes críticos del socia-

lismo marxista. Arturo es un muchacho, más por su temperamento que por su edad, pues frisa en los treinta y dos años, aunque sólo aparenta veínticuatro. Es rubio, casi buen mozo, de estatura mediana: tiene ojos clarísimos y muy vivaces; no usa barba ni bigote, porque aún no le nacen. En su fisonomía hay algo especial que revela una constante hipertensión nerviosa; Colajanni se permitió clasificarlo de epiléptico y neurasténico. Labriola habla vertiginosamente, sin detenerse, pasando de un tema á otro sin agotar ninguno. Habla mucho de sí mismo, dejando traslucir que no está muy libre de la misma flaqueza egolátrica que atribuye á Ferri.

Labriola comparte con Enrique Leone y Walter Mocchi (el popular marido de la actriz Ema Carelli) la jefatura del grupo; son pocos, pero obvian al número con la audacia y la actividad. Creyeron poder arrastrar á Ferri en su corriente anarquista: más ahora Ferri no se atreve á seguirlos, temiendo la crítica de los reformistas; como consecuencia de su moderación, los revolucionarios intentaron eliminarlo de la dirección del *Avanti!* Para justificar esa hostilidad personal han inventado una disidencia de principios y de métodos entre revolucionarios simples y revolucionarios sindicalistas. Las palabras de Enrique Leone, antes mencionadas, sintetizan el programa de estos «muchachos», como los llama Turati, que no llegan á cien, pero gritan como doscientos mil.

En el reciente congreso regional, celebrado en Brescia á principios de 1904, Mocchi y Labriola presentaron un orden del día que obtuvo 73 votos contra los 68 que pudo reunir Turati. He aquí los dos artículos sensacionales del documento semianarquista:

«1.º Confirmando el carácter de la acción proletaria, permanentemente é intransigentemente revolucionario y adverso al estado burgués, el Congreso declara que es una degeneración del espíritu socialista el transformar la organización política de la clase proletaria en partido principalmente parlamentario, oportunista, constitucional y posibilista monárquico; por tanto, rechaza, como incoherente con el principio de la lucha de clases y con la verdadera esencia de la conquista de los poderes públicos, toda colaboración del proletariado con la burguesía, ya sea mediante la participación de los miembros del partido en cualquier Gobierno monárquico ó republicano; ya sea mediante el apoyo á cualquier rumbo gubernamental de la clase burguesa.»

«4.º Aunque la acción parlamentaria del partido es preeminente en la obra de agitación, y para habilitar al proletariado en la gestión de los asuntos públicos, el partido considera que en los Parlamentos no podrá ser resuelta la abolición de la propiedad privada, ni siquiera todas aquellas conquistas previas de carácter político y económico que están fuera de la constitución italiana—el Congreso afirma una vez más que no renuncia á ninguno de los medios de ataque y de defensa contra el Estado y el Gobierno, reservándose también el uso de la violencia para los casos en que fuera necesario.»

Fácilmente se comprenderá que Labriola y sus amigos asumen el rol de rivales de Turati; esos artículos son la antítesis teórica y práctica de los presupuestos por el diputado de Milán, respecto de la actitud correspondiente al grupo parlamentario socialista: «Considerando que los partidos burgueses, representados en el Parlamento y en

el Gobierno, no constituyen una compacta y única masa igualmente reaccionaria, pero están divididos entre sí por antagonismos de intereses, que pueden hacerles preciosa la cooperación eventual de las fuerzas proletarias, el Congreso considera que el grupo socialista debe seguir atentamente, á los fines de su propia política, el giro y los conflictos de la política burguesa, favoreciendo las combinaciones y tendencias que concurran á una democratización cada vez mayor del Estado, y combatiendo las combinaciones y tendencias que nos alejan de ella» (1).

Basta con lo dicho. Si Turati es el polo positivo del socialismo italiano, Labriola es su polo negativo.

## VIII.—La política socialista

En presencia de esta evolución de las doctrinas y de la política del socialismo—incontrastable, no obstante las dificultades accidentales que el encubierto anarquismo de las fracciones revolucionarias pueda atravesar en su camino,—podría suponérsele destinado á una próxima decadencia ó desintegración. ¿Qué queda de él?

Si no lo más, queda ciertamente lo mejor: el núcleo realizable, libre de utopías. Esa depuración no es la muerte, como podrían creer los partidarios ilusos ó los adversarios obcecados; es la salvación del socialismo. Si la política del partido se ha transformado, es porque progresar implica transformarse. Las doctrinas y los hombres nece-

(1) Informes publicados en la *Critica Sociale*, Febrero 16 de 1905.

sitan rejuvenecerse continuamente para ser viables y no desfallecer; los estudiosos necesitan rendir homenaje incondicional á las lecciones de las cosas y de los acontecimientos, abandonando todos sus prejuicios doctrinarios y todos sus apriorismos. Turati, que es sociólogo y no tribuno, lo reconoce abiertamente. «El partido socialista se ha transformado; es un partido de reformas progresistas. Su acción es eminentemente reformadora, tornándose cada vez más legalitario. ¿Debería rebelarse al orden legal que le permite vivir y desarrollarse?» (1). Turati, y cien como él, se aleja cada día más de la vieja ortodoxia marxista, como ya se han alejado Bernstein y Jaurés. Por eso pudo objetarle con toda razón el talentoso sociólogo Enrique De Marinis, diputado que emigró del partido socialista al radical: «Tú, mi querido Turati, sufres una ilusión mental: continúas creyéndote marxista, pero ya no lo eres, ni puedes serlo. Cuando crees defender el pensamiento científico y sociológico de Marx, lo derrumbas ó lo modificas» (2). La misma objeción puede repetirse á la mayoría de los militantes, que aparentan seguir pensando á la manera de hace veinte años, como si ello fuese un mérito ó una prueba de coherencia mental: la inmutabilidad del adoquín.

La transformación del socialismo y de los socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad: los seres vivos se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, enferman, *viven*, en una palabra. La materia inor-

---

(1) F. Turati: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale)*. Milano, 1902.

(2) E. De Marinis: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale)*. Milano, 1902.

gánica es la única inerte; dejar de transformarse es negar la vida, es morir. La crítica del marxismo ha servido para depurarlo; si sólo quedara de él una nueva orientación para el estudio genético de la Historia, ello compensaría de los muchos errores que en su nombre se han difundido entre las masas ignorantes. La política socialista puede agradecer á Sorel, á Labriola, á Loria, á Croce, á Bernstein y á cien más la crítica desmenuzadora operada en las teorías de su barbudo apóstol.

Libre de sus primitivas inflexibilidades y de sus aforismos apodícticos, el socialismo se impone ahora como interpretación positiva del movimiento social contemporáneo. Para la sociología determinista no es bueno ni malo: es una tendencia inevitable de la evolución. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son las causas de esa evolución, sino una de sus manifestaciones, pues se traduce en actividades más complejas que la simple fase económica, aunque todas orientadas convergentemente.

Así comprendido, el socialismo no puede identificarse con ninguna acción política estrecha y sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido. No es un invento filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor: es un hecho, una realidad de la evolución social, que los ricos combaten sin comprenderla y los pobres defienden comprendiéndola menos. Y así debe ser. Si es una verdad sociológica, una demostración científica, claro está que no puede saberla el ingenuo rentista ahogado en millones ni el escuálido proletario analfabeto.

Sería fácil, sin embargo, demostrar la lógica de esa evolución socialista á los hombres estudio-

sos, á los que gustan de escudriñar los problemas sociológicos. Las conclusiones mejor sentadas de la filosofía científica concuerdan con el núcleo de realidad posible contenido en la tercera fase del socialismo, que podría clasificarse de «reformista, posibilista y legalitaria». La simple enunciación de las siguientes proposiciones basta para evidenciar su lógica rigurosa.

Las sociedades civilizadas evolucionan hacia una creciente generalización del bienestar medio de los individuos que componen los grupos sociales. Esa evolución está subordinada al incremento de la actividad económica productiva. La organización y división del trabajo social tiende á crear instituciones en que el principio de solidaridad reemplaza al principio de antagonismo en la lucha por la vida, con beneficio para todos los componentes del agregado social. En el momento histórico presente, el fenómeno económico fundamental es la formación del sistema productivo capitalista, que modifica substancialmente las bases económicas de todo el orden social. Esa modificación determina, á su vez, cambios profundos en las demás instituciones sociales, en concordancia con las nuevas relaciones económicas. La expresión «actual y posible» de todos esos cambios constituye un programa de reformas económico-sociales á cuya actuación se encaminan los países civilizados.

Esos rasgos generales bastan para caracterizar la «acción socialista» dentro del movimiento social contemporáneo. Figuran en diversa proporción en las tres maneras de interpretar el socialismo.

Para los creyentes que se han detenido en el primer período—siguen siendo el mayor número

entre los sectarios ignorantes,—el programa mínimo es una concesión hecha á la realidad presente, de importancia secundaria; el socialismo es «lo otro»: la fraternidad universal, la igualdad, la supresión de la propiedad privada, de la nacionalidad, de la familia, etc.

Esa es todavía la forma popular del socialismo, la forma plebocrática; en rigor, tales socialistas son simples anarquistas, no obstante diferenciarse de ellos en que aceptan la acción electoral y parlamentaria. La masa ignorante no puede encarar el problema de otra manera. Desde que el socialismo se ha fundado sobre bases científicas serias, ha dejado de ser accesible á la inteligencia infantil de las muchedumbres. Además de Turati, otro de los más ilustres críticos del marxismo lo afirma explícitamente. En su conjunto—dice—la doctrina del materialismo económico, entendido como filosofía, ó sea «como una concepción general de la vida y del mundo, no me parece que pueda entrar entre los artículos inaccesibles á la cultura popular» (1). Por eso caen en el abuso los políticos militantes que suelen desbarrar en su nombre, llevados por su criterio simplicista y unilateral.

En los que profesan el socialismo en su segundo período, hay una concepción menos errónea del asunto: reconociendo que los «ideales» y los «principios» no son realizables actualmente, se limitan á afirmarlos como desiderátum remoto; pero luchan en el campo político y económico por el conseguimiento de lo realizable, por las reformas enunciadas en el «programa mínimo».

(1) Antonio Labriola: *Discorrendo di Socialismo e di Filosofía*, Roma 1899; pág. 11.

Este es el criterio general del socialismo de Bebel y de sus similares.

Para los del tercer período, el socialismo relega la utopía á la utopía, se ocupa de la vida actual, de los problemas actuales, propone leyes y aborda misterios: es el socialismo de Millerand y de Watson; Es un socialismo que está «en los hechos», no en palabras ó en las preocupaciones sectarias, ya vengan los hechos de la plaza ó del Ministerio.

En esta última tendencia estuvimos decididamente enrolados durante las postrimerías de nuestra larga y precipua actuación militante en el partido socialista argentino. En el mismo orden de ideas escribía el doctor Juan B. Justo, distinguido propagandista: «Es el caso de rebatir cierto modo de ver, cierta manía de trascendentalismo todavía demasiado común entre los socialistas. Absortos ante la perspectiva de la futura forma social que anhelamos y prevemos, todo lo refieren á la inmediata realización del ideal, y desprecian ú olvidan las necesidades y las ventajas «actuales» de la clase trabajadora.»

Y, confirmando su concepto real y objetivo de la acción socialista, terminaba una conferencia sobre la cooperación obrera, diciendo: «Por eso yo quedaría muy contento si de esta conferencia algunos de ustedes salieran resueltos á asociarse nada más que para consumir, por ejemplo, el pan y el jabón mejores y más baratos.»

¡Cuán lejos están los socialistas inteligentes de pretender subvertir, con un decreto dado en la convención ó sobre la barricada, la propiedad individual, la nacionalidad, la familia, la constitución!...

Esta última forma no cuenta con el apoyo de

las glebas. Pero el progreso de las ideas innovadoras nunca fué obra de las mayorías ni de las masas populares, ya se titulen reaccionarias ó revolucionarias. Es siempre un pequeño núcleo de hombres ilustrados y activos el que piensa, dirige y realiza las innovaciones. Aciertan en ello Reclus, Kropotkine y Faure, cuando afirman la eficacia de las minorías revolucionarias y las resistencias de las masas populares, por incapacidad de comprenderlas. Pero olvidan que esa misma teoría es aplicable también dentro del movimiento socialista y anarquista; la multitud, allí como doquiera, es ignorante y reaccionaria. Sólo es inteligente una pequeña minoría estudiosa, que viene á ser la levadura de la chusma inerte; ésta sigue lo mismo á un fraile católico que á un anarquista, á un ateo que á un salvacionista. En último caso, la acción política innovadora resultará de que la grey prefiera los nuevos pastores á los viejos, como hemos sostenido ha poco tiempo en el órgano oficial del socialismo argentino (1).

Confirma ese criterio la opinión del ilustre revolucionario Pierre Lavroff (2). En su teoría del progreso atribuye toda la evolución histórica á una pequeña minoría de «intelectuales», es decir, de individuos capaces de desenvolverse mentalmente y de sentir la necesidad de ese desenvolvimiento. Es esa minoría de «elite» intelectual la que realiza el progreso *contra* la inercia ó los desvaríos absurdos de la multitud rutinaria ó enfurecida. La masa es tan funesta al progreso cuando es reaccionaria como cuando exagera y mag-

---

(1) *Comentario á Max Nordau* en *La Vanguardia*, 1.° de Mayo de 1902.

(2) *Lettres historiques*. Traducción de Goldmith. París, 1903.

nifica ideales que halagan sus sentimientos. Su entusiasmo no es robustez mental, sino hipertrofia degenerativa; no es masa de músculo vigoroso para la acción, sino tumor de grasa que dificulta el movimiento.

De allí una sencilla diferenciación. La retórica antiburguesa y dinamitera es el plato favorito de las multitudes socialistas, mientras que el socialismo positivo, la política que lo realiza, sólo es comprensible y practicable por hombres ilustrados. Estas conclusiones nos acercan por muchos conceptos al llamado socialismo de la cátedra.

Aquiles Loria, nuestro ilustre maestro, ha podido afirmar con razón en su último libro (1) que las ideas extremas jamás han triunfado en la historia; el triunfo ha correspondido siempre á las ideas medias, cualesquiera fuesen las condiciones de tiempo, modo y lugar. Cada idea extrema que fracasa tiene su idea media correspondiente que triunfa. La historia del desenvolvimiento *ideológico* de la humanidad sería, simplemente, la historia de sus ideas extremas; pero la historia del desenvolvimiento sociológico de la humanidad—de las «realizaciones» sociales—sólo sería la historia de la actuación de sus ideas medias correspondientes.

## IX.—La lección del socialismo italiano

La evolución del socialismo italiano—y las generalizaciones que sugiere, aplicables á todos

---

(1) A. Loria: Verso *La Giustizia Sociale.* Edit. Soc. Ed. Libraria, Milano, 1904, pág. 435 y sig.

los países—merecen estudiarse como una lección de política positiva. Ella iluminará por igual á los revolucionarios ilusos y á los reaccionarios imprevisores.

Los países nuevos—y es incomprensible que la Argentina se empeñe en no figurar entre ellos—tienen el privilegio de no estar amarrados por rutinas y tradiciones seculares; pueden ponerse á la cabeza de la civilización y demostrar que es posible realizar progresivamente los programas socialistas. Australia ha dado el ejemplo de su amplia legislación del trabajo, convirtiéndose en un verdadero laboratorio de sociología experimental. Allí, por vez primera en el mundo civilizado, se constituyó en Abril de 1904 un ministerio socialista, siendo su jefe el leader del partido Watson.

Estos hechos sancionan definitivamente la tendencia que Turati quiere imprimir al socialismo italiano. Ya no puede considerarse como una simple protesta de rebeldes ó de hambrientos; es fuerza reconocer que es una forma de política positiva, la manifestación más moderna de la sociología aplicada, que es la única política científica.

Los hombres estudiosos, cuya imparcialidad de criterio estriba en su alejamiento de la política militante, no necesitan adular á los electores ni aplaudir á los gobernantes. Por eso pueden advertir á éstos que el socialismo no se evita con leyes de resistencia ó con persecuciones policiales, y recordar á aquéllos que su advenimiento no se apresura con discursos incendiarios ó con huelgas inopinadas.

Las nociones fundamentales del evolucionismo determinista—no menos exactas en sociología que en todas las ciencias biológicas y sociales—deberían iluminar por igual á los perezosos

y á los apresurados, á los reaccionarios y á los revolucionarios.

Flujo y reflujo de una marea secular, la evolución social vive de afirmaciones y negaciones sucesivas, de palabras grandes y de hechos pequeños. En la vasta utopía de ayer se incuba la modesta realidad de hoy, así como en la exuberante utopía de mañana palpitarán nuevas realidades, modestas, pero infinitas. Es el ritmo de vaivén eterno que determina, en definitiva, la marcha humana, siempre acicateada por el ensueño en su interminable peregrinación de escalamiento y de progreso.

Ya no es posible creer en toda la utopía; pero es indispensable aceptar toda la realidad.

---

# Los peregrinos de la Italia hermosa

«Me preguntas si en Roma nos divertimos. Divertirse es una palabra francesa, y sólo tiene sentido en París. Aquí, siendo extranjero, es necesario estudiar: no hay otro recurso.» Esas palabras de Taine pueden repetirse después de cuarenta años. Las pupilas frívolas nacieron ciegas para la evocadora visión de Roma; es una ciudad de ensueño y de recordación, un templo de mil grandezas pasadas, un lugar de peregrinación para almas superiores. Sin un profundo y exquito sentimiento de arte, sin un amor tierno, casi filial, por sus escombros elocuentes, la permanencia tórnase pronto inútil ó tediosa. El papa actual es un modesto burgués, muy distinto del preclaro y transparente León XIII que nos describe Rubén Darío en sus *Peregrinaciones*, en cierto maravilloso artículo que jamás olvidará quien lo haya leído. Si el papa es un burgués, no puede sorprender que el rey sea una excelente persona. Signo de los tiempos.

En cambio, están allí las ruinas de los emperadores inconmensurables, únicos, unánimes. Hay un sentido oculto que permite gustar de las cosas muertas. Cada piedra contiene el esbozo de un gesto, cada columna erige frente al cielo una pasión pujante y humana, cada arco sostiene una

gloria, cada friso narra una gesta, cada escoria de la grandeza antigua denuncia un vicio magnífico ó una virtud deslumbradora. En esta suprema plenitud, los vicios y las virtudes se equivalen, son igualmente sublimes.

Toda ciudad tiene un alma y posee, como todas las almas, refracciones y afinidades que le son propias. Roma es propicia á los cerebros intuitivos, capaces de reconstruir una época sobre un plinto hecho trizas; Florencia ofrece á los delicados y sensitivos la exquisitez de su arte y la sutileza de su ingenio; en Venecia todavía tienen programa algunas docenas de románticos sugestionados. Fuera de Italia es lo mismo. Los financistas de sabia aritmética manipulan admirablemente su alquimia de cifras entre el plomo que la atmósfera pulveriza sobre las casas de Londres. En Brujas florece la vara poética que llevan todas las manos cultas, la vara que, á pesar nuestro, nos sirve de cayado en las vagancias de Ensueño y de Esperanza. En Madrid todo sonríe: las flores, el cielo, los ojos hondos de las mujeres, el ébano ó el oro de sus trenzas, alternativamente; allí se desperdician los ociosos y se divierten los pazguatos. En Berlín está la fuerza; en Bruselas flota la deliciosa amabilidad del hogar risueño. Hay mujeres en Viena, pasiones en Barcelona, mugre interesante en Constantinopla, cuadros del viejo Brueghel en Amsterdam. En la entraña cancerosa de París fermentan cien mil prostitutas y se regodean los «rastas».

Roma es un modo particular del alma humana; para sentirla es necesario ponerse al unísono con ella. Es un modo superior, sin duda. Sus grandes peregrinos han sido todos los astros de magnitud primordial; Roma ó Italia han sido la

irresistible estrella que ha orientado la marcha de los grandes espíritus, Reyes Magos de esa religión de la belleza, cuyo profeta moderno fué Jhon Ruskin. Huelga decir que sus libros de arte, verdaderos evangelios, fueron escritos ó pensados en Italia, frente á la glauca gloria del Adriático.

El apacible burgués suele visitar la península con precipitación de bárbaro ó con apática mansedumbre de rentista: ignora el misterio de cada ruina y es insensible á la más leve emoción de arte. Necesita referir que ha recorrido la Italia y lo consigue fácilmente: cuatro bocanadas de aire sobre el Pincio, una serenata en el golfo de Nápoles, la inevitable ascensión al Vesubio y el descenso á las desmanteladas ruinas de Pompeya, dos jiras en góndola por el Canalazzo, un paseo en la playa de la Señoría y una noche de espectáculo en la Scala. Le basta un ejemplar de la guía Baedeker, cuya provechosa vulgaridad supera á todo elogio. ¡Cuántas correspondencias é impresiones de viaje han sido pacientemente copiadas de sus páginas!

El turista con pretensiones de intelectual, puede barnizarse de arqueología, refugiándose en un cómodo libro de Paléologne, moderno é interesante.

El estudioso no saciará su curiosidad limitándose á analizar introspectivamente sus propias impresiones; no le faltarán, por cierto, fuentes en que abrevar sus ansias de investigación. Encontrará grandes fruiciones de espíritu, indagando cómo se reflejan esas mismas cosas en otros cerebros y hará una fecunda crítica comparativa de las emociones estéticas. Supongámosle oriundo de París y frecuentador de la más modesta de sus bibliotecas circulantes.

Estuvieron en Roma, buscando inspiración y emociones, Rabelais y Montesquieu, Montaigne, Milton y Addison, De Brosse, Lalande, Dupaty. Alguno en sus libros, todos en su correspondencia, dejaron el testimonio de su admiración ante el rastro de la magnificencia imperial. Mezcla de mística devoción por la Roma cristiana del Renacimiento y de sobrecogido respeto frente á la devastada Roma pagana de los Césares, se encuentra en el libro de viajes del padre Jacquier, muy erudito para su época, pero escrito en el estilo pedestre y seboso que campea en los manuales de culinaria popular.

Goethe, espíritu leonardiano, fué á Italia en busca de la tierra clásica, de la Roma suntuosa, asiento de la fuerza y de la universalidad. En Asís sólo deseó ver la pequeña fachada de un templo pagano, sostenida por armoniosas columnas corintias; en Venecia, gema del romanticismo, sólo se interesó por el Paladio. El gran tudesco no vió la Italia del Renacimiento. Browning y los prerrafaelistas ingleses vinieron, en cambio, en busca del arte que floreció en el crepúsculo de la Edad Media, encontrando la mina fecunda de los Giotto y los Beato Angélico. Dos temperamentos, dos formas de arte; una tercera vieron los románticos, á través de su tercer temperamento.

Voltaire debe ser leído; fué tan profundo como Quevedo y mucho más que todos juntos los miembros de la moderna Academia francesa. Escribió mucho sobre Italia; á menudo picarescamente. Eugene Bouvy ha tenido la feliz idea de comentarlo, en su curioso libro *Voltaire et l'Italie*, muy recomendable.

Los románticos, bandada inolvidable, volaron á la península, como á un país amigo de sus almas

indeclinables. Urbain Meingen, en su estudio sobre *L'Italie des romantiques*, nos muestra á los siete hombres representativos de esa época literaria, viajando casi al unísono en el tiempo y totalmente unificados en el ideal. «No son los únicos, dice, pero ellos forman un grupo natural. Chateaubriand y Lord Byron eran amigos de madame de Staël; Lord Byron era amigo de Shelley, que á su vez lo era de Keats; Alfredo de Musset, en fin, correspondía en verso con Lamartine y le hablaba de Lord Byron. Hay, además, entre ésos escritores cierto parentesco intelectual. Chateaubriand ejerció una gran influencia sobre Lamartine, que leía apasionadamente los versos de Lord Byron; éste debe mucho á madame de Staël, por la cual también Shelley tenía gran admiración. Keats es un poco independiente, mas, por la manera como se inspira en Dante y en Milton, está próximo de Chateaubriand y de Shelley al mismo tiempo; por otra parte, sabe gustar de Bocaccio, como lo hará también Alfredo de Musset. Este último, que les sigue, ha recogido toda su herencia.»

Chateaubriand describe visiones italianas en *Los mártires*, en *El genio del cristianismo*, en *Memorias de ultratumba* y en el volumen póstumo *Viajes por América y por Italia*. Shelley nos dejó impresiones imperecederas. Musset llenó sus obras de personajes italianos, como Shakespeare, aunque fué simulador de alta envergadura: no había pisado Italia cuando publicó sus *Contes d'Espagne et d'Italie*. Lamartine nos dejó cien páginas en sus *Meditations;* en 1811 vió

Les palais des héros par les ronces couverts,
Des dieux couchés au seuil de leurs temples déserts,
L'obelisque éternel ombrageant la chaumière,
La colonne portant une image étrangère,

L'herbe dans les forum, les fleurs dans le tombeaux
Et ces vieux panthéons peuplés de dieux nouveaux;
Tandis que, s'élevant de distance en distance,
Un faible bruit de vie interrompt ce silence...

Todo eso no le impidió aderezar cuatro malignas insolencias contra el sumo Dante.

Madame de Staël esculpió sus impresiones en *Corina,* obra magnífica que sólo podemos posponer al canto cuarto de *Childe Harold,* donde nos muestra su Italia lord Byron; éste no supo emocionarse ante el arte del Renacimiento, pero le conmovieron las ruinas imperiales. Jhon Keats, como antes Browning, penetró el espíritu del arte prerrafaelista y fué, de hecho, el precursor de Burne Jones y Dante Gabriel Rossetti.

Stendhal conoció mejor que nadie la sociedad italiana de su tiempo; *La Chartreuse de Parme* es un libro alado. Sus dos tomos de *Promenades dans Rome* son doblemente admirables, por la utilidad de sus indicaciones y por la amabilidad de su estilo. Esta obra se lee con simpatía, no obstante ser vieja ya de un siglo; ocurre con ella como con ciertas damas espirituales que benefician de las canas, aumentando sus atractivos en proporción al número de estrías que graba Cronos sobre su piel. Puede perdonarse al mismo Stendhal un tercer volumen, absolutamente inferior, en el cual refiere impresiones recogidas *De Naples á Florence.* Taine recomienda de hecho, aunque no de palabra, la serena claridad de estilo que campea en sus paseos en Roma, pues revela seguirlos en ciertos pasajes de su *Voyage en Italie;* los hombres como Taine saben no plagiar.

Siguiendo á Musset encontramos á George Sand, cuyas impresiones quedaron fijadas en sus *Lettres d'un voyageur;* sobre Venecia escribió pá-

rrafos llenos de amor y de garrulería. Brizeux tuvo la original idea de enfrentar los paisajes de Italia á los de su nativa Bretaña. Augusto Barbier se inspiró junto al Tiber y el Arno para escribir *Il Pianto*, quejas sin trascendencia. Hugo, en *Lucrecia Borgia* y en *Angelo, tirano de Padua*, nos muestra la Italia del estilete y del veneno; la magnificencia de su estilo y la pompa de sus metáforas suplen á lo demás.

En el viaje de Theophile Gauthier desbordan encantadoramente los decires personalísimos que desgrana con gesto asiático sobre las bellezas de Génova, Venecia, Milán y Florencia. Los reflejos de las cosas en su espíritu son siempre originales; diríase que el orífice, como Nerón, las miraba al través de una preciosa gema, la esmeralda de su ingenio. Sintió los más hondos encantos de Nuestra Señora de los Mares, Muertos; los alienistas encuentran páginas de aguda psicología descriptiva en el capítulo dedicado al manicomio de San Sérvolo. En todo el libro cascabelea el rico estilo de *España y Constantinopla*, ambos muy leídos por De Amicis, el cual, en muchos pasajes, le ha pirateado páginas enteras.

¿En qué mañana de agotamientos neurasténicos hilvanó Paul Bourget sus *Sensations d'Italie?* Son un detestable ejemplo de frivolidad literaria; nadie creería que ese libro es hermano de otros admirables como *Le Disciple* ó *L'Etape*. Asselineau arruinó sus buenas impresiones peninsulares al revestirlas de un estilo andrajoso y desteñido. Paul de Musset llegó hasta Sicilia y nos dejó un bonito libro de viaje. Los Goncourt publicaron después de cuarenta años sus notas recogidas en el cincuenta y tantos. A. de Mezières osó reunir en volumen las candorosas observa-

ciones recogidas en varios viajes; las de esta península parecen una tesis para optar al doctorado en tontería. Edmond About, amigo de Taine é íntimo de Sarcey, tiene páginas llenas de gracia, escritas con finísimo gusto. Alejandro Dumas, el fecundo mulato, no podía morir sin legarnos su Italia; en *Corricolo* está bien grabada la pintoresca jovialidad de la vida napolitana, magüer sea plebeyo su estilo. Su *Un año en Florencia* no puede recomendarse á personas que en algo estiman su tiempo.

Hay otros. En el catálogo de la Biblioteca Nacional de París figuran los viajes de Bergeret de Granicourt, Beroy, Víctor Fournel, Abate Pillié, Condesa de Polignac, Ana Potocka, Bernard Berenson y Herman Riegel. ¿Son interesantes? Nada es imposible; «por pálpito» leeríamos, en primer término, el libro de Ana Potocka, escrito recientemente sobre sus memorias y cartas del año 1826.

Todo viajero ilustrado leerá con provecho las dos magníficas series de *Promenades Archéologiques*, por Gastón Boissier; es indiscutible su utilidad como introducción al examen personal de les antigüedades romanas.

Los autores ingleses y alemanes constituyen una bibliografía no menos vasta, que sólo conocemos á través de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Roma y de la incomparable biblioteca del British Museum de Londres. Suelen ser trabajos de sesuda arqueología, antes que sensaciones de crítica ó de arte, cuya importancia está restringida al círculo de los especialistas. Huelga, por interminable, la mención de monografías técnicas publicadas en Italia sobre todas y cada una de sus ruinas. Se cuentan por millares.

Roma sugirió á Castelar una de sus páginas

más líricas y á Zola su conocida novela, que completa la trilogía de Lourdes y París. Un viajero argentino lamentará no poder repasar los libros de viaje de cuatro compatriotas distinguidos, si no tuvo la previsión de incluirles en su equipaje: Lucio López, Miguel Cané, Soto y Calvo, Eduardo Wilde y Angel Estrada (h.).

¿Cabe dudar que Italia es el país elegido para las grandes peregrinaciones de Arte?

Después de tantas lecturas, el viajero ingenuo preguntará al viajero estudioso si aún le quedan impresiones verdaderamente propias. El estudioso hará su examen de conciencia y si aún cree tener alguna la desbastará visitando al profesor Boni, director de los trabajos de excavación del Foro, y asistiendo á una sola de sus conferencias; siempre será superflua la segunda. El estudio de las otras ruinas romanas resulta más proficuo asistiendo á los cursos de Lanciani y Venturi, que enseñan topografía romana y arte antiguo, respectivamente. Ambos han publicado obras de positivo mérito sobre sus especialidades.

De esa manera será fácil sacrificar la originalidad al saber, la imaginación á la crítica. Y, en suma, se obtendrá una impresión consciente, preferible en todos los casos á las improvisadas sensaciones puramente literarias.

---

# IV

# EVOCACIONES DE ROMA

# Sobre las ruinas

Sobre el Foro Romano yacen esparcidos sin previsión los escombros augustos, como sobre un antiguo campo de lides heroicas las armaduras que la carcoma de las edades roe en vano, pero no aniquila. El frescor de pocas hierbas mitiga habitualmente su pesadumbre. Cada primavera llega como una fiesta sobre la blancura de los mármoles, atenuando su palidez, que parece traducir nostalgias de almas caídas que sueñan sus catástrofes irreparables. Abril salpica, por millares, las manchas rojas de las amapolas, cuyo matiz violento contrasta con la severidad apacible de aquella blancura silenciosa, como advirtiendo el eterno florecimiento de la vida sobre la muerte.

Entramos al Foro siguiendo al profesor Boni, cuya vida transcurre sobre los escombros. Es talentoso, amable y tan poco elegante como suelen ser los arqueólogos de mediana estatura; tiene la dicha de mostrar cincuenta años escasos, pero se murmura que ha vivido algunos más. Su flaqueza incorregible consiste en cierto afán de obscurecer en mal francés las cosas que diría claramente en buen italiano. Cada vez que en Roma tiene lugar un congreso, ó llega una comitiva de extranjeros, figura como plato obligado una conferencia «en francés» sobre las ruinas del Foro. Le oímos dos

veces. La una se dirigía á psicólogos y la otra á ciclistas; pero, en ambas, dijo lo mismo; se paró sobre determinadas piedras, hizo indicaciones similares, desplegó gestos idénticos, con igual entonación y timbre de voz, como fonógrafo que muerde con su púa de acero sobre un eterno cilindro de celuloide. Por ese motivo no hay ventaja en acudir más de una vez á su disertación.

Un distinguido estanciero argentino asistía, por compromiso, á la conferencia; ya había visitado á Roma varias veces y hablaba del Foro con perfecta familiaridad, como de su estancia. Era uno de esos hombres prácticos que detestan cordialmente la cultura y el bufete; ponía su mayor vanidad en conocer á Roma sin haber leído una sola cuartilla arqueológica, ni siquiera el democrático «Baedeker». Le vimos sorprenderse cuando oyó decir que el Foro en cuestión no había sido el único, ni el más grande, ni el más bello de los muchos que hermoseaban á la ciudad eterna.

Eran sitios públicos, lugares de reunión al aire libre, con una plaza rodeada por varios pórticos, simples ó dobles, de uno ó más pisos. En cada Foro existían, siempre, una ó varias basílicas. En algunos había profusión de monumentos honorarios y decorativos que aumentaban su belleza y solemnidad. Allí se ejercitaba la justicia y lucían sus galas extraordinarias los retóricos de toda laya; allí también convergía la actividad comercial. Banqueros, mercaderes y usureros concurrían á los foros para traficar bajo la fresca sombra de los pórticos. En casi todas las ciudades había algunos; por la naturaleza compleja de su actividad, podrían compararse á las actuales plazas de aldea, en cuyo derredor se levantan la iglesia y la municipalidad, la escuela y el club, la trastienda de

botica y la redacción del semanario, el juzgado de paz y la comisaría. La diferencia estriba en que los foros de aquella época, aun en las aldeas, ostentaban una ornamentación desconocida en nuestros días. En Roma, «caput mundi» eran admirables el foro Trajano, el de Augusto, el de César, el de Nerva, el Romano, el Boario y otros.

En la época imperial fué el fastigio de su esplendor; sólo quedan ruinas escasas. El mayor de todos fué el Foro Trajano, cuyos planos trazó Apolodoro de Damasco, arquitecto griego; cuéntase que para construirlo fué necesario derribar muchos edificios y desmontar una falda del monte Quirinal. El foro propiamente dicho, ocupaba una amplia área rectangular, rodeada por tres pórticos dobles. Allí surgían el templo de Trajano y la basílica Ulpia; en el centro de un patio, desafiando al cielo con su pompa majestuosa, erguíase la columna Trajana, cuyos magníficos bajo relieves han encantado á críticos y artistas durante veinte siglos. En todas las construcciones de ese Foro asombraba el derroche de granitos raros, columnas de mármoles veteados y polícromos, frisos y capiteles con bajo relieves magníficos, estatuas de bronce y paramentos de metales preciosos, mosaicos de mármoles amarillos y violetas, todo convergiendo á hacer paradisíaca la molicie de los dominadores del mundo. Casiodoro, su más fiel descriptor, dice que cuanto más y mejor se lo observaba, tanto más producía la impresión de un milagro.

De tanta grandeza, además del aserto de los historiadores, cuyas referencias no suelen ser claras ni concordantes entre sí, los viajeros ingenuos pueden ver fantásticas reconstrucciones en yesos ó grabados que se venden á los forasteros en las

librerías del corso ó de la plaza de España, y á menor precio en los cambalaches de Transtíber. Los foros más modestos, como los que aún vemos en Pompeya y Herculano, parecen simples plazas rodeadas por templos y pórticos, con uno ó dos órdenes de arcadas; pero están desmantelados y les falta lo que fué su mejor característica: la generosa ornamentación.

El Foro romano, único sometido á la inspección ocular de los contemporáneos, vivió en pleno abandono durante muchos siglos, después de haber sufrido ultrajes y depredaciones de los godos, vándalos, hérulos, lombardos, sarracenos y cristianos: pues conviene tener presente que estos últimos completaron lentamente la devastación de Roma, con sus rapiñas en grande y pequeña escala, con su desidia y menosprecio por todo lo que evocara la grandeza pagana. Basta decir que en 1611, bajo el dominio del papa Pablo V, se demolieron varios antiguos arcos de triunfo para ensanchar las calles; ya Urbano V había puesto en venta las piedras del Coliseo; Pablo II había tomado las necesarias para edificar el palacio de Venecia, de uso particular, imitándole los cardenales Riario y Farnesio. Sixto V pretendió transformarlo en casa de inquilinato; pero los nietos do Urbano VIII, de la familia Barberini, fueron más prácticos y recogieron todos los materiales para su magnífico palacio, dando lugar al ingenioso refrán: «lo que no hicieron los bárbaros, hicieron los Barberini.»

En los grabados medioevales, que suele mostrar el profesor Lanciani en clase, el Foro romano está representado por una serie de ruinas enterradas hasta la mitad, recubiertas por una profusa vegetación silvestre que pone sus raíces como

cuñas entre los bloques de mármol y de travertino. Montaigne lo vió en ese estado. Para Voltaire era un despreciable amasijo de piedras mugrientas, aunque en la misma época el padre Jacquier lo proclamó admirable. Stendhal lo vió semienterrado todavía, y refiere las estériles intentonas del príncipe ruso Demidoff para que le permitieran desenterrarlo á su propia costa. Napoleón ya había puesto en descubierto el coliseo y otras maravillas de aquella época. Encontrándose en Roma, en 1813, Stendhal vió desenterrar el pedestal de la columna de Focas; una inscripción antigua aplacó las dudas que habían atormentado á muchos arqueólogos, poniendo en danza su empirismo. Circuló por ese entonces un soneto ingenioso. Habla el mismo Focas: «Un obrero con su pico descubrió todo en dos días; mi gloria renace. Sabios tontos; colocando unos sobre otros los tomos que habéis escrito acerca del nombre de mi columna, se formaría una pila más alta que ella. ¡Cuánto más útiles y menos aburridos seríais arrojando vuestra pluma y cogiendo un pico!»

Shelley, en una carta á Peacock, escrita desde Nápoles, refiere la impresión que recibió después de ver las ruinas del Foro. «Roma es, por decir así, la ciudad de los muertos; mejor aún, es la ciudad de los que no pueden morir, pues sobreviven á las malignas generaciones que habitan y atraviesan los lugares que la grandeza imperial hizo sagrados para siempre. En Roma, por lo menos durante el primer entusiasmo que se aplica á contemplar la antigua edad, nada se ve de los italianos. La disposición misma de la ciudad contribuye á la ilusión, pues sus vastas murallas antiguas tienen dieciséis millas de circunferencia, de manera que su población escasa queda espar-

cida en un espacio casi tan grande como Londres. En su interior hay grandes campos abandonados, céspedes en todas partes, bosquecillos en las ruinas; una verde colina, muda y solitaria, domina el Tíber. Los jardines de los palacios modernos son como bosques salvajes de cedros, pinos y cipreses. El cementerio inglés está sobre un repecho verde, junto á los muros, debajo de una tumba piramidiforme de Cayo Cestio; es, creo, el más solemne y hermoso de los cementerios que he visto. Cuando lo visitamos, el sol brillaba sobre el rocío de otoño; oíamos suspirar el viento en los árboles, que se elevan más altos que la tumba de Cestio, el sol ardía bajo la cálida luz, mirábamos las tumbas, casi todas de niños y de mujeres, y nos repetíamos que su sueño era envidiable para el día de nuestra muerte...»

Esa es la obra de quince siglos de cristianismo; esa es la barbarie verdadera, la que no vino del Norte, sino de Galilea: convertir en un triste cementerio á la capital del mundo civilizado, con un solo paréntesis bien intencionado: el Renacimiento. La opinión de Shelley no es única; oigamos lo que dice madame de Staël en una de sus cartas al poeta Monti: «Os confieso que yo no sería capaz de pasar mi vida en Roma; la idea de la muerte nos sobrecoge de tal manera, se nos presenta bajo tantos aspectos, en las catacumbas, en la Vía Appia, en la pirámide de Cayo Cestio, en los subterráneos de San Pedro, en la iglesia de los Muertos, que apenas se está segura de estar viva.» Y en *Corina* agrega: «En Roma todo es extranjero, aun los mismos romanos, que no parecen vivir en ella como propietarios, sino como peregrinos que se han sentado á reposar junto á las ruinas.»

Esa barbarie cristiana se prolongó hasta la caída del poder temporal de los papas.

Taine dedica al Foro dos páginas escasas. Si hemos de creerle, en 1865, bajo el dominio papal, veíanse allí espectáculos de miseria y abandono que actualmente resultan inconcebibles. «Viejas feas y chicos sucios se calientan al sol, entre basuras. Pasan dos monjes blancos ó morenos, seguidos por escolares con sombrero negro, guiados por un eclesiástico rojo. Una fábrica de camas de hierro cruje y resuena cerca de la basílica.» En cambio: «Aún se descubren rasgos de la antigua raza y del antiguo genio. Muchas de esas viejas se parecen á las sibilas del Renacimiento. Tal paisano, con sandalias de cuero, con su manto manchado por el polvo, tiene una traza admirable, la nariz distinguida, el mentón griego, los ojos negros que hablan con elocuencia, chisporroteando en ellos el brillo de su genio nativo. Bajo las bóvedas de Constantino, desde media hora, una voz salmodiaba letanías; me aproximo y encuentro á un hombre piernicruzado en tierra, que leía en voz alta y con entonación recitativa, ante cinco ó seis vagos tirados sobre el polvo, el *Orlando Furioso*, el combate de Rolando y de Marsilia.» Más afortunados que Taine, los viajeros de hoy no ven el espectáculo de las mujeres andrajosas; pero, en cambio, no tendrán la dicha de tropezar con atorrantes románticos. A fuer de irreverentes, cabe pensar que el pincel maestro de Taine puso algunos toques decorativos en el cuadro, colocando allí esas brujas y trovadores en decadencia como simple coquetería de su prosa literaria.

Hoy todo ha cambiado. La idea que nos sugieren Jacquier, Stendhal, Shelley, madame de

Staël ó Taine resulta completamente inexacta. Todas las ruinas están en descubierto, sin más mugre que la inevitable de los siglos. El profesor Boni no ceja en su labor; temiendo que la prisa destruya los restos que se pretende conservar, realiza un trabajo lento, pero minucioso y certero, conforme al adagio de la gota que horada la piedra.

*
* *

Descendiendo del Capitolio por una calle que corre sobre el antiguo Clivus Capitolinus, hacia la Vía Sacra, que lleva al Coliseo, se encuentran las ruinas del Pórtico de los doce dioses y de los templos de Saturno, Vespasiano y la Concordia; el magnífico arco de Septimio Severo se conserva en excelente estado y parece dispuesto á mantenerse en pie algunos siglos más; contigua está la columna de Focas: á poca distancia los restos de las basílicas Julia y Emilia, y las ruinas de la Curia ó Senado, sirviendo como cimientos de la iglesia de San Adrián. Del templo de Cástor y Pólux quedan tres magníficas columnas en mármol de Paros; más allá escombros de los templos de Venus, César y Faustina, la Regia, el palacio de las vestales, las tres enormes bóvedas de la Basílica de Constantino y, por fin, el Arco de Tito, inicuamente rehecho por un mediocre arquitecto, muy celebrado en tiempos de Pío VII.

Recorriendo las callejuelas del Foro, todo espíritu medianamente culto reconstruye, con envidia, las horas que el pueblo de César y de Augusto podía pasar bajo de uno de esos pórticos ó en el interior de una basílica, oyendo á los más elocuentes oradores, cuya mayor ambición era

obtener su aplauso y cuya voz se rompía en mil ecos sobre los mármoles que por todas partes la rebotaban.

Entre el tono gris del pequeño valle lucen su ebúrnea blancura centenares de capiteles corintios, mostrando al cielo la gracia audaz de sus volutas y el doble orden de sus hojarascas; el pie inexperto tropieza con fragmentos de arquitrabes, el uno con frisos triglífados, metopas en el otro, este con bajo relieves de grifos mitológicos ó con heroicas escenas de guerra, aquel con candelabros ó calaveras. Discos ó astillas de fustes estriados atestiguan la asombrosa profusión de columnas en ese paraje delicioso, destinado al solaz de aquella Roma cuyo poderío no conoció precedentes ni tuvo sucesores.

Más allá del Arco de Tito, en el fondo, se levanta la mole del Coliseo y á su derecha el gran Arco de Constantino, obra mediocre del período de la decadencia. Antes de llegar á la calle que rodea el enorme anfiteatro, se tropieza con las ruinas de los templos de Venus y de Roma, adosadas, mirando al Coliseo las primeras y al Foro las segundas. El emperador Adriano en persona trazó sus planos; mas Apolodoro, arquitecto de Trajano, se permitió señalar en la obra dos incorrecciones, ya irreparables. La imprudente crítica tuvo por precio la vida.

Suele terminar en ese punto la invariable conferencia del profesor Boni, á noche ya avanzada. El ilustre arqueólogo, con su voz monótona emitida al desgaire, propia de maestrescuela que repite su abecé por millonésima vez, consigue aburrir á dos tercios de sus oyentes.

*
* *

Mientras regresamos, un reflejo rubio y rojo inunda aquel cementerio de cosas dos veces milenarias. El crepúsculo gradúa en el lejano horizonte sus notas de oro y de escarlata, como si los bronces de infinitos guerreros y la sangre de infinitos vencidos se mezclaran atropelladamente en aquel lejano confín del cielo y de la tierra, recordando, como en una macabra fantasmagoría, el precio de heroísmos y de martirios que costó á la humanidad la grandeza del imperio de Occidente.

Entre la penumbra del horizonte destacaban sus perfiles los restos de frisos y cornisas, las columnas con sus gárrulos capiteles, los fustes quebrados por la saña de tantos siglos, los arcos intactos y petulantes, erguidos frente al tiempo. Junto con el avance de la tiniebla crecía la solemnidad majestuosa de aquel panorama evocador. En la melancolía de esa noche estival, toda llena de recordación y de silencio, pensamos con sobrecogimiento que nuestros pies humillaban los propios mármoles por donde transitaron su gloria ó su infamia los reyes y los cónsules, los tiranos y los emperadores. La imaginación esparcía entre las ruinas, confusamente, las figuras de César y de los Gracos, de Augusto y de Nerón, de Heliogábalo y de Domiciano. Y la sombra parecía confundir en un solo rastro, sobre las mismas piedras, las pisadas de Agripina y de Cornelia, la madre de todos los vicios y la madre de todas las virtudes.

Era un símbolo. Tanta grandeza y tanta pompa debían neutralizar, por fuerza, todas las normas de la ética. Sin imposiciones morales, los hombres rompieron las amarras del deber y del remordimiento, para ascender á una región donde eran palabras sin sentido el vicio y la virtud, don-

de los únicos ideales de la vida eran la fuerza, el placer y la potencia, suprimiendo todo freno á la dicha de vivir.

El pueblo romano, dominador del mundo, tendía, como todos los dominadores, á colocarse más allá del bien y del mal.

---

# La megalomanía de los emperadores

Entre la plaza Navona y el Panteón, sobre el antiguo campo de Marte, está el edificio de la universidad, anexo á la iglesia de San Ivor, más conocido con el nombre de «la Sapienza». En una aula del piso alto, sobre el ala derecha, escuchamos siete lecciones del profesor Lanciani respecto de la ruina más hermosa de Roma: el Coliseo. El ilustre arqueólogo enseña topografía romana, complementando sus disertaciones del aula con lecciones objetivas sobre las ruinas mismas. Conoce los cuándo, los cómo y los por qué de cada escombro, á la manera de ciertos pacientes coleccionistas que recuerdan los más inútiles detalles relativos á cada ejemplar de su innumerable filatelia. Las canas sesentonas que ya grisean sobre su frente y la obesidad que infla su vientre como una vasija etrusca, no aplacan sus entusiasmos arqueológicos: su actividad revive cada vez que se trata de trepar sobre un andrajo de la magnificencia antigua. Y se le ve, como un cabrito adolescente, correteando sobre la última galería del Coliseo, encaramado en la cornisa del Panteón, prendido amorosamente de los bajo relieves en la concavidad de un arco, mirando todo, analizando piedra por piedra, removiendo la tierra estratificada en veinte siglos, extraviándose en los veri-

cuetos de una catacumba, con el mismo empeño que pone un cirujano genial—el rey, Doyen, por ejemplo—en manosear las vísceras dolorosas y sangrientas.

Porque las ruinas son como las vísceras de la historia remota; el arqueólogo diseca las piedras como el anatomista los músculos y las arterias.

De labios de Lanciani recogimos cien detalles sobre las peripecias de la construcción del Coliseo y sobre las azarosas aventuras de su existencia; algunos papas saquearon sus piedras para edificar sus palacios privados, otros lo pusieron en subasta, lo usaron como fortaleza, lo alquilaron como fábrica de grasa ó de betún, lo transformaron en depósito de basuras, y, por fin, como destilería del guano de la ciudad.

Con visible exageración, algunos historiadores pretenden que esta mole enorme fué construída en sólo cuatro meses, trabajando en la obra doce mil judíos esclavizados por Tito, é invirtiéndose en ella una suma de escudos romanos equivalente á cincuenta millones de francos. El emperador Floro Vespasiano, amigo de las ciencias é íntimo de Plinio, cuya *Historia Natural* está dedicada á Tito, edificó los tres primeros órdenes del edificio; Tito, su hijo y sucesor, agregó dos más. La obra fué concluída por Domiciano, á quien los historiadores proclaman insigne en el manejo de la flecha, y cuentan que, para matar sus horas de ocio, ejercitaba su asombrosa habilidad cazando moscas, á respetable distancia, con diminutas flechas de oro. Una cinegética en miniatura.

El Coliseo es un monumento único: Lamartine lo ha sentido admirablemente en sus *Nouvelles Méditations* y solía pasear por su recinto en las más suaves noches lunares:

J'aime, j'aime à venir á errer sur ce tombeau
A l' heure où de la nuit le lugubre flambeau,
Comme l'œil du pasé, flottant sur des ruines,
D'un pâle demi-deuil revêt tes septs collines...

Acaso no falte andaluz que se atreva á compararlo con cualquier plaza de toros de Cádiz ó Sevilla; en boca de un pelafustán, y en Madrid, esa comparación pasaría por un buen chiste. Sin embargo, el parecido es tan exacto, como el que muchos ingenuos creen descubrir entre la catedral de Buenos Aires y la Magdalena de París, sin conocer á esta última, que es un modelo de estilo arquitectónico.

Stendhal observa que el hombre más sensible á las artes, J. J. Rousseau, por ejemplo, leyendo en París la descripción más sincera del Coliseo, no dejaría de conceptuar ridículo á su autor, por las exageraciones que creería descubrir en sus palabras: sin embargo, sólo le habría preocupado el afán de amenguar sus impresiones, temiendo el juicio del lector lejano.

El Coliseo puede considerarse como la más soberbia tipificación arquitectónica de los anfiteatros, creación genuinamente romana, aunque derivada de los teatros griegos; estos últimos fueron imitados frecuentemente por los arquitectos de Roma, pudiendo verse ejemplares muy bien conservados en Pompeya, Herculano y Fiesole. En el extranjero merecen visitarse los de Arlés, Nimes y Orange.

Varios órdenes de arquitectura se observan en la fachada del anfiteatro de los Flavios. El piso bajo es dórico, el segundo jónico y los superiores son corintios. Esta superposición de los estilos griegos es una de las innovaciones fundamentales de la arquitectura romana. Es inútil repetir aquí

la descripción del Coliseo; puede copiarse en cualquier tratado elemental de arqueología romana. Basta recordar que en el interior de la enorme elipse cabían ciento diez mil espectadores, admirablemente distribuídos por grupos cívicos y profesionales.

Después de releer en excelentes traducciones de Suetonio, Marcial y Tito Livio, muchos datos respecto de la época á que pertenece el Coliseo, y numerosas referencias al anfiteatro mismo, el estudioso tropezará en Dion Casio con la descripción de su fiesta inaugural. Cuenta que fueron muertos cuatro elefantes y nueve mil fieras; hubo luchas de gladiadores, batallas y parodias de combates navales. Esos espectáculos duraron cien días. Para favorecer á la plebe, Tito, desde un lugar culminante del anfiteatro, arrojaba pequeños globos de madera en cuyo interior había vales por alimentos, ropas, objetos de oro y de plata, tierras, caballos, esclavos.

Si hemos de creer á Marcial, el Coliseo tuvo gran auge en tiempos de Domiciano. El poeta menciona muchos episodios curiosos y no pocos inverosímiles, dignos de sucinta mención. Una mujer peleó contra una leona y le dió muerte; un gran pillastre fué crucificado y expuesto á las caricias de un oso, con el resultado que es de presumir. Un condenado tenía que volar como Dédalo para escapar de las garras de un oso; este desgraciado precursor de la navegación aérea cayó de bruces y fué víctima de la bestia. Un rinoceronte, con su cuerno, destripó un toro. Cierto león que hirió á su cuidador, fué muerto á flechazos. El beluario Capofaro mereció ser antepuesto á Meleagro y á Hércules, pues en un solo día y en el mismo espectáculo mató veinte fieras, entre las

cuales Marcial enumera búfalos, bisontes, leones y leopardos. Un elefante, después de matar un toro, se arrodilló ante Domiciano. Una tigre consiguió matar un león, hecho que nunca se había presenciado en Roma, si hemos de atenernos á la palabra del poeta. Un gamo que corría perseguido por veloces sabuesos, al llegar frente al emperador, se arrojó á sus pies, en actitud suplicativa, y los perros se detuvieron sin tocar la presa, como si hubiesen reconocido que debían respetar la sagrada majestad del César. Algunos leones jugaban en la arena con las liebres, ocultándolas en sus bocas cerradas y soltándolas ilesas en seguida. Tigres, osos, bisontes y ciervos, tiraban de los carros como caballos, adaptados al rigor del freno y de la fiesta. Un elefante bailaba. Algunos ciervos y gamos peleaban entre sí hasta matarse. Un león y un carnero vivían juntos, alimentándose ambos con carne de cordero.

Dejando á Marcial, que dió rienda suelta á su poética fantasía, recordemos que Trajano, celebrando su triunfo en Dacia, hizo combatir en los anfiteatros de Roma 11.000 fieras y 10.000 gladiadores. Esas enormes cifras son ridículas comparadas con los soberbios espectáculos celebrados en el Coliseo por Cómodo, cuya fragmentaria descripción encontramos en las crónicas de Capitolino, Lampridio, Spartiano y en el propio Dion Casio.

Muchos escolares semicultos, que han visto la estampa del Coliseo en los manuales de historia ó en las tarjetas postales, suelen creer que las escenas revividas por Sienkiewicz en su *¿Quo vadis?* ocurrieron allí. Y se emocionan tiernamente mirando la estampa, que les evoca el recuerdo de aquellas terribles persecuciones contra los prime-

ros cristianos, magistralmente pinceladas por Renán, en su *Anticristo*. Nerón no conoció la mole que hoy admira al turista, ni se oyó jamás en su recinto la palabra arbitral de Cayo Petronio. La saña del sanguinario artista necesitaba un escenario más vasto, aunque para el buen gusto del árbitro de las elegancias habría sido perfecto el ambiente del Coliseo.

No lejos del Foro, al otro lado del Palatino, en cuyas entrañas yacen los cimientos colosales del Palacio de los Césares, se extendía el Circo Máximo, cuya capacidad excedía en mucho á la del Coliseo. Fué construído por Tarquino Prisco, y en tiempos de Dionisio de Halicarnaso podía contener 150.000 espectadores; Vespasiano lo restauró, dándole capacidad para 250.000 hombres. Constantino lo agrandó aún más, para que 380.000 romanos pudieran aclamarlo cuando entraba á presidir los juegos circenses. Allí tuvo lugar el martirio de los cristianos, cuya reproducción en cera puede verse en el museo Grevin, en uno de los grandes bulevares de París; allí debe transportarse la emocionante fantasía del ruso ilustre, la lucha heroica de Ursus con el Toro, para salvar de sus astas el adorable cuerpo de Ligia. El tiempo ha borrado las ruinas de este circo para evitar á Roma el recuerdo de sus crueldades mas ignominiosas.

El profesor Lanciani, rodeado por treinta oyentes de ambos sexos, estaba en la tercera galería del Anfiteatro Flavio cuando el sol entró al ocaso. Por entre las ventanas del lado opuesto caían haces de roja luz, y en el horizonte lejano el crepúsculo volcaba un hervor de incendio y de hemorragia. Todos á una, pensamos en las hogueras y en la sangre derramada en las arenas

de la metrópoli imperial, cuya grandeza tuvo, como el sol de esa tarde, un poniente de púrpura.

*
* *

Italia, propicia á la intelectualidad femenina, ofrece una gama infinita de mujeres originales: conocer á Matilde Serao, á Teresa Labriola y á Ada Negri, en el mismo día, es una circunstancia feliz que no ocurre en cualquier parte. Hay una gama infinita de mujeres intelectuales, de todo matiz y de toda vocación, desde Margarita, la reina madre, que hace versos y frecuenta á Carducci, hasta la desventurada Linda Murri que marchita su ajado romanticismo en la jaula judicial, junto con su amante, su amiga y su hermano.

Una joven marquesa, *dilettante* de arqueología, es un hallazgo raro, pero no inverosímil en Italia. Encontrarla equivale á resolver muchas incógnitas de la curiosidad arqueológica, pues en tales mujeres se asocian al saber las naturales inclinaciones del sexo por la pedagogía. Todo ello no impide, por otra parte, que la histeria y la nostalgia de ensueños compliquen agradablemente el hallazgo durante un par de meses.

Discípula del profesor Lanciani, distribuye la vida exuberante de sus treinta años entre los músicos clásicos, la literatura d'annunziana y el estudio minucioso de las ruinas memorables. En suma, una de esas almas inquietas é interesantes, contradictorias, llenas de frivolidades y melancolías, predestinadas á tener en cada hora de su vida un capítulo de novela. Su propia cultura les hace inabordable la felicidad subalterna del hogar; no debieran casarse nunca, para evitarse las in-

evitables incomodidades de una separación prematura.

Nos dió conferencias extraoficiales sobre las Termas de Caracalla y de Diocleciano, el Palacio de los Césares en el Palatino, la Villa Adriana en Tívoli, el Panteón y otras obras máximas de la arquitectura imperial. Es imposible describir eficazmente las cosas grandes, y ridículo sería traducir en palabras la emoción de fuerza y de belleza que aquéllas sugieren. Nos admira aquel médico, cuyo nombre no hemos podido averiguar, que no permitió á Jhon Keats, agonizante, que fuera á contemplar las ruinas magníficas: la emoción le habría muerto.

*
* *

Para reconstruir la historia, las termas de Caracalla son como una pieza de esqueleto fósil en manos del paleontólogo. Son una parte de un todo enorme, una parte lógica y proporcionada que permite inducir la complexión del conjunto, así como una tibia ó un diente autorizan á formular la clasificación de un ejemplar zoológico perdido. Si no fueran bellas, absolutamente bellas, estas ruinas producirían asombro y envidia. Salones iguales no se fabrican ya; las termas de Caracalla ocupaban una área de 110.536 metros cuadrados.

Bajo sus bóvedas enormes, en recintos constelados de mármoles preciosos y bronces dorados, podían bañarse al mismo tiempo miles de romanos. Había pórticos, gimnasios, bibliotecas, galerías artísticas, academias, esedras ó salas de conversación, jardines, palestras, esferisterios, todo. El emperador había volcado allí miles de obras artísticas; en las termas se recogieron el Toro

Farnesio, el Hércules Farnesio, la Flora de Nápoles, y otras cien obras de arte que honran su memoria en los museos. Mármoles blancos, mármoles verdes, mármoles rosados, mármoles grises, alabastros, jaspes incomparables, granitos de Oriente rosados y grises, basaltos negros, pórfidos rojos, mármoles de Numidia con vetas rojas sobre fondo amarillo, serpentinos verdes con manchas negras como pieles de serpientes raras, cipolinos grises y verdosos, todo el iris refractado en mármoles, una sinfonía del mármol, la locura del mármol.

Sobre esas ruinas Shelley vino á escribir su *Prometeo libertado.* Había mil seiscientos sillones de mármol, en las paredes revestimientos de mármol, pisos con mosaicos de mármol, piscinas de mármol, techos de mármol, magníficas escalinatas de mármol, centenares de estatuas de mármol, una pomposa megalomanía del mármol, un magnífico delirio del fasto y de la belleza.

Las termas de Diocleciano, aunque menos bellas, eran más grandes todavía; podían bañarse al mismo tiempo tres mil doscientos ciudadanos. Su reconstrucción topográfica requiere alguna paciencia y estudio, pues sobre ellas se ha edificado durante quince ó veinte siglos. Los restos son magníficos y de imponencia suntuosa. Sobre una de sus salas edificó Miguel Angel la iglesia de Santa María de los Angeles, que tanto nos admira; en otra, está actualmente el museo nacional de las termas; lejos de allí, sobre una de las primitivas rotondas terminales, la actual iglesia de San Bernardo.

Las había en Roma en cantidad crecida, pues cada emperador deseaba complacer al pueblo y le ofrecía una terma. Son dignas de recordación

las de Adriano, Alejandro Severo, Constantino, Domiciano, Nerón, Tito, Trajano, Agripa. Estas últimas terminaban detrás del Panteón; sus aguas aún llegan á la admirable fuente de Trevi, en una plazoleta rodeada por grandes edificios, que hace resonar el ruido de las aguas que caen interminablemente; madame de Staël, con exageración propia de su gusto y de su sexo, dice que, cuando cesa de funcionar, por alguna reparación, parece producirse un gran silencio en toda Roma.

* * *

El obligado accesorio de las termas fueron los acueductos, pues al regalar una terma, el emperador debía asegurar su provisión de agua, trayéndola desde remotas distancias. Así se explican esos arcos en ruina que atraviesan llanuras, valles y montañas, sin conocer dificultades ó resolviéndolas atrevidamente. El primero de ellos data de cuatro siglos antes de nuestra era; sus restos sorprenden por la imponencia de las proporciones. Más tarde se construyeron algunos con dos y tres órdenes de arcadas sobrepuestas, corriendo un canal de agua diversa por cada uno de ellos. Fué en todo tiempo su arquetipo el que traía las tres aguas: marcia, tépula y julia.

No obstante su pobreza decorativa, los acueductos son admirables por su estructura; constituyen un excepcional ejemplo de robustez y siguen desafiando la irreverencia de la intemperie sin llevar cuenta de los siglos que pasan. El célebre acueducto de Segovia, en España, cuyo doble orden arquitectónico está construído con monolitos enormes, aún conserva más de cien arcadas. En Nimes, sobre el Gard, consérvase muy bien

otro acueducto romano, de tres órdenes sobrepuestos, cuya altura total alcanza á cincuenta metros.

He aquí dos cifras significativas para la higiene pública. El emperador Nerva elevó á un millón y trescientos mil el número de metros cúbicos de agua destinados diariamente á la provisión urbana. En tiempos de Trajano funcionaban en Roma nueve acueductos.

Frente á esas ruinas no desmerecen las del Palatino, cuya magnitud no luce como debiera; están, en gran parte, debajo del suelo, pues la edificación superior fué devastada por las piraterías alternativas de los bárbaros y de los cristianos. Las ruinas de Villa Adriano, cerca de Tívoli, parecen pertenecer á uno de esos fantásticos castillos encantados que los niños se imaginan cuando leen las fábulas de Cordelia ó las *Mil y una noches*. Adriano había viajado mucho é hizo de su palacio una maravilla, reuniendo en sus jardines las copias ó imitaciones de todos los edificios y parajes célebres que había conocido en sus peregrinaciones imperiales. Su descripción puede leerse en cualquiera guía de Roma y sus alrededores; la impresión que produce no podrá leerse en libro alguno.

Ese tono emotivo se mantiene ante las otras magnificencias del imperio. El Panteón es el exponente más perfecto de la arquitectura romana; Stendhal lo admira sin reservas y su magnífico interior sugirió á Taine una página admirable. El mausoleo de Adriano, sobre cuyo armazón vive el castillo de Sant' Angelo; el enorme circo de Maxencio; la Vía Apia, con su preciosa tumba de Cecilia Metelia entre miles de escombros sepulcrales; todo, en fin, es emblema de una ciudad

que vivió para el triunfo y para el placer, dominando y explotando en beneficio de sus pobladores á todo un continente.

Este concepto de la ciudad universal no ha resurgido jamás y tórnase cada vez menos posible. Falló la misma Roma cuando quiso erigirse en capital cristiana del mundo; ahora falla París, intentando en vano ser su capital atea.

* * *

Podría condensarse en una sola frase la impresión de las ruinas imperiales; realizan la más admirable y armónica fusión de la potencia y de la belleza.

Señalan una época en la evolución de la arquitectura. Los romanos desbordaron con rapidez los límites del arte etrusco, cuya obra maestra admiramos todavía: la Cloaca máxima, tan justamente alabada por Montesquieu. Cuando recibieron de Grecia sus estudios simples, ya ilustres en la historia del arte, los desenvolvieron ó completaron con rasgos fundamentales. La adopción de los arcos, de las bóvedas ó de las cúpulas, así como la superposición de los órdenes arquitectónicos griegos, constituyen los rasgos propios de la época romana y bastan para definir su tipo peculiar. Pero el carácter más representativo del imperio de Occidente fué la grandiosidad de las moles, la imponencia de las masas. Las ruinas de Palatino y de la Villa Adriana asombran por sus proporciones, castigan el orgullo de los pueblos contemporáneos, deprimen y mortifican á los modestos arquitectos de la actual Roma burguesa. Los acrópolis de Atenas y Selinunto no producen la misma impresión; acaso puedan suscitarla se-

mejante las moles arquitectónicas de Egipto y de Asiria.

Justamente se repite que, si no tuviéramos otro testimonio material de la civilización griega, habría bastado el sólo Partenón para mostrar la altura intelectual que alcanzó ese pueblo, cuyo espíritu fué comprendido maravillosamente por el alma loca y grandiosa de Nietzsche. Si la Roma de los emperadores nos hubiera legado una sola de sus ruinas enormes, el Coliseo ó el Palacio de los Césares, el Panteón ó las termas de Caracalla, esa única mole habría simbolizado su poder infinito, su osadía, su fastuosidad, su pujanza, su pompa lujosa, su culto del triunfo y su amor por la gloria, todas las cualidades que hicieron de Roma la capital de una civilización: la ciudad única, servida por más de cien millones de hombres y enriquecida por todas las comarcas de la tierra.

Si una frase pudiera pintar una época y precisar un estado de alma, sólo podríamos decir que Roma Imperial fué el producto de una enfermedad casi divina: la megalomanía de los emperadores.

Sobre tanta grandeza—cuya aurora y cuyo crepúsculo reconstruyó sabiamente Guillermo Ferrero—sobrevino una lenta carcoma de barbarie y de cristianismo. Las ruinas paganas fueron arrasadas ó despojadas de su admirable ornamentación, dejando en pie los esqueletos, testimonios eternos de su gloria. Así las pequeñas aves de rapiña roen las carnes de todo gran cadáver, con saña pertinaz, creyendo borrar las huellas de una superioridad molesta por lo inalcanzable; pero dejan por tierra los esqueletos, que no pueden devorar ni saben destruir. Y esos esqueletos están allí, de

pie, serenamente erguidos contra las edades, como respetables embajadores ante la posteridad.

Napoleón, digno de ser coronado emperador en el Palatino, él, que á su desmesurada necesidad de grandeza y de potencia rindió infinitos holocaustos de estrago y de exterminio, supo sentir la Roma pasada y ordenó la reparación de sus ruinas gloriosas. Doquiera pudo ejercer su influencia, fomentó la arquitectura suntuosa, tomando ejemplos en la ciudad antigua, que soñara acaso resucitar para escenario de sus irrealizables ensueños.

La civilización moderna sólo concibe lo útil y lo económico. La democracia impone renunciar, por ahora, á toda obra puramente grande ó puramente bella. Es así; no puede ser de otra manera; sería inútil lamentarse de estas parciales deficiencias de la vida moderna, pues son inherentes á cierto modo y momento del progreso. El yanqui levanta sus casas de cuarenta pisos, para aprovechar mejor su lote de terreno y percibir lautos alquileres; hace edificios feísimos, pero económicos y duraderos. La misma torre Eiffel es genuinamente pobre y económica; es atrevida, pero no bella; es grande, pero no grandiosa. Cuando se proyecta emprender una obra colosal, la idea nace muerta. En toda obra privada existe una limitación estrecha de las proporciones, hay una constante preocupación de la economía, porque las mayores fortunas individuales son relativamente modestas. En toda obra pública está desterrada la suntuosidad por falta de sentimientos grandes en el pueblo y en los que pretenden representarlo. ¿Qué monarca constitucional, qué presidente, qué parlamento se atrevería á invertir quinientos ó mil millones en una obra grandiosa como la que

atestiguan el poderío de Egipto, de Asiria ó de Roma?

Guillermo de Alemania, que por su originalidad y su buen gusto habría sido un discreto César en Roma, está maniatado por la mesura de cuantos Bertoldos y Cacasenos invaden el parlamento alemán en representación de un pueblo muy inferior á cualquier proyecto grande. El zar de Rusia dispone de la suma del poder político; pero es un autócrata burgués, triste, débil, servido por un pueblo pobre y analfabeto. Quedaría Roosevelt, el hombre representativo de la vida intensa; pero sólo á medias es señor de su pueblo y carece de la vocación necesaria para emprender cosas puramente bellas.

En resumidas cuentas, la época presente no es favorable á la arquitectura colosal. Es imposible pensar que puedan reunirse en una misma persona la omnipotencia del Zar, el buen gusto de Guillermo y la energía de Roosevelt.

Cabe presumir que esta crisis no es definitiva. Los pueblos más evolucionados de la raza blanca tienden hacia una vida económica sumamente propicia al resurgimiento de lo grandioso. Las máquinas centuplican el músculo humano, aumentan indefinidamente la producción y satisfacen cada vez mejor las necesidades indispensables á la vida.

Ese aumento de capacidad de las fuerzas productivas, después de hartar las necesidades, «lo útil», tendrá que traducirse en la producción de «lo superfluo», cada vez más acentuada. Y una forma esencialmente colectiva de lo superfluo será la arquitectura monumental: de la escuela, del gimnasio, del templo, del teatro, de la terma, del foro, de la basílica, de la esedra, del museo.

Todo esto es presumible para un porvenir más ó menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente.

Algún sociólogo soñador observará, con excesiva lógica, que si hoy mismo pudieran suprimirse de una plumada, con tinta roja, los presupuestos de guerra y marina, podrían transformarse nuestras capitales modernas en centros de arte suntuoso y de excelsa cultura.

La idea es magnífica. ¡Lástima que no se pueda!

# Jesús y Federico

*Roma, 1905.*

Dos cúpulas inmensas sobre la línea del horizonte: cada una de ellas custodia un sistema de moral y una filosofía de la vida. Encima, como un ala de plomo tendida en el infinito, la alta comba del cielo se desteñía en semitonos grises y celestes; los colores apagados ponían en lo alto una tranquila melodía, como si preciosas sedas de Oriente desplegaran su leve cortinado bajo el sol. En aquella hora inolvidable se recortaban sobre el fondo caprichosas siluetas crepusculares. Sólo el ocaso, entre tanta quietud, parecía resquebrajarse en lentas grietas, rompiendo su pereza un rosa tenue, indeciso, como la gama de un durazno en flor; por momentos, en ciertas quebradas más hondas, el matiz se condensaba hasta asumir energías y violencias: y el escarlata triunfaba en las líneas remotas, como granada madura que estalla por la tensión de las savias proficuas.

Entre el día y la noche nos sorprendió ese paisaje, visto desde el Pincio magnífico y esparcido sobre las once colinas de Roma, cuando cerrábamos las Loas del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes, cantadas por Gabriel D'Annuncio, el «imaginífico» incomparable. Como si oyéramos una sinfonía trascendental, de amor unánime ó

de absoluta devoción—la Muerte de Isolda ó la Misa del Papa Marcelo,—acabamos de leer su loa de glorificación y de holocausto: «Per la morte di un grande distruttore. F. N. XXV Agosto MCM.» Algunos lectores no advierten el motivo de este canto; son las iniciales de Federico Nietzsche y la fecha de su muerte. En un despliegue sereno de su dialéctica maravillosa, Gabriel, frente al crepúsculo, nos recordaba que el gran demoledor tuvo inextinguible pasión por Italia, fué peregrino asiduo de sus innumerables evocaciones. Escuchemos al poeta:

«Tu sol, tu sol, oh Italia, iluminó su frente, maduró su fuerte sabiduría, trocó en oro el fierro de sus saetas. El Bárbaro peregrino escuchó bajo tu cielo alcióneo el canto del coro alado de tus selvas aulentes, embalsamadas de perfumes y de músicas.—Oh Italia, él bebió el ambrosíaco néctar de tus viñas; cogió la miel de tus panales, las rosas de tus rosales llenos de abejas y de tórtolas. Sus pies se aligeraron sobre las tiernas praderas de violetas.

»La adamantina serenidad que se enarca sobre las nieves de los yermos Alpes aplacó sus furias. Las rocas que avanzan en el mar de Liguria, como esfinges coronadas de flores, le propusieron enigmas. Como un nuevo Hermes sin caduceo, él cargó sobre su hombro á Dionysos joven, en las Termas de Caracalla, en el Foro, en el Coliseo. Meditó sus problemas en la Sombra marina, iluminado por los oros de San Marcos, como Heráclito en el Templo de Efesio. Y el viento suave distendió su vela en los mediodías estivales, entre Sorrento y Cumas, sobre el golfo donde humea el Vesubio.»

Allí querría verle enterrado el prodigioso esti-

lista. «Le cantaremos en coro una oda, midiendo su ritmo por la respiración del mar. Cantaremos: Aquí duerme, en la sagrada Italia, sobre el mar de las Sirenas, sobre el Mar Nuestro, frente al arca cumea, donde arribó el hijo de Venus, Eneas, trayendo los Penates de Troya y los Hados de Roma, aquí duerme, frente al fuego destructor y creador que irrumpe del corazón de la tierra, velado por las antiguas Miras, hijas de la noche, árbitras del nacimiento y de la muerte, ¡oh prole de los Helenos!, aquí duerme, aplacadas sus iras después de tanta guerra, el Bárbaro enorme que volvió á levantar los serenos dioses de la Hélada sobre las vastas puertas del porvenir.»

No en la hermosa bahía, entre Sorrento y Cumas, debería dormir el gran Bárbaro. Su tumba egregia y digna está en Roma, bajo el augusto domo del Panteón; la muerte y el homenaje tienen su lógica. Sólo allí podría dormir con gloria; así, el otro gran Bárbaro, sólo puede estar cómodo bajo el oro convexo de los Inválidos.

Urgida la mente por esa idea, nos pareció más respetable la cúpula vetusta del Panteón que la miguelangiolesca de San Pedro; la eterna grandeza de la Roma pagana más solemne que la grandeza transitoria de la Roma cristiana; la moral de Federico más viviente y más ecuánime que la moral de Jesús.

* * *

La locura ha tenido singulares privilegios en la historia de la humanidad; Homero lo sabía y hoy lo enseña Lombroso, aunque éste exagera. Dos enfermos célebres han polarizado la moral humana: Jesús Cristo y Federico Nietzsche.

El péndulo destinado á marcar el ritmo de la ética, señalando orientación á la moral humana, ha oscilado sobre un vasto cuadrante, cuyos extremos son la moral cristiana (de los siervos) y la moral nietzschista (de los fuertes). Desde el Pincio, mirando las cúpulas del Panteón y de San Pedro, advertimos que el peso de todas las inferioridades gravitaba sobre el cristianismo. La cúpula del papa Pablo III es una copia, apenas, de la erigida por el emperador Adriano; la iglesia del mesías nazareno creyó necesario hurtar sus formas al magnífico templo pagano para aproximarse á su evocación de grandeza. Sin conseguirlo, por cierto. Bajo la cúpula de los emperadores se siente un antiguo clamor de potencia, la vibración de la ciudad universal; bajo la cúpula de los papas sólo se oye el murmullo de la oración, interrumpido por el cuchicheo de la intriga. En San Pedro se enseña la moral de Jesús; en el Panteón podría dictar la suya Federico.

El paralelo se impone, inevitablemente.

En la ética del galileo se encumbran las condiciones pasivas de la escoria humana, se exaltan las aptitudes serviles: la humildad, la resignación, la piedad, la compasión, la caridad. Es una convergencia de todas las inferioridades; la justificación de los débiles contra los fuertes, de los serviles contra los altivos, de los ignorantes contra los sabios, de los eunucos contra los sensuales, de la grey contra el pastor, de los ceros contra las unidades. Apoteosis de las lacras contra la salud, de la tristeza contra la alegría, de la penitencia contra el placer.

Gran parte de la humanidad ariana durmió veinte siglos bajo esa terrible pesadilla, apuntalada por innúmeras mentiras convencionales. Se

cubrió de vituperio á todas las fuerzas capaces de enaltecer la Potencia, de exuberar la Vida, de complicar el Deseo.

Tras esa larga noche vino Federico, el caballero del águila y de la serpiente, maestro en voluntad autarquista é intensificación de la vida. Su ética es el drenaje que saneará la ciénaga moral del cristianismo, inquinada por veinte siglos de estancamiento. Federico es el transmutador de todos los valores, desplegados en nueva expansión plenísima, más allá del bien y del mal.

Es augur y profeta. Es el anunciador del término inmediato en la evolución biológica de los seres vivos: la especie humana debe ser superada, pues el hombre es un puente entre el mono y un sér superior. Todos los seres engendraron otros más evolucionados; el hombre debe superarse á sí mismo; lo que hoy es el piteco para el antropo, será algún día el hombre para el superhombre. De allí surge esta ética: hagamos todo lo que eleva é intensifica nuestra existencia, todo lo que es propicio á nuestra evolución ascendente, todo lo que sea un peldaño en la escala del hombre al superhombre.

La moral de Cristo deprime y escarnece la Vida; la moral de Nietzsche la hermosea y la exalta.

*
* *

Los teoremas éticos de Jesús son empíricos y anticientíficos; contrastan con la selección biológica de los seres vivos y obstan al ascenso evolutivo de las especies. En cambio, la moral de Federico se armoniza con las leyes fundamentales de la biología, es propicia al seleccionismo y as-

pira á que la evolución de las especies vivas sobrepase al hombre, que es actualmente su forma superior. Ilógico es considerar eterno el momento actual de la evolución biológica y suponer que la especie humana es el eslabón terminal de la serie filogénita por todo el tiempo que persista la vida sobre el planeta.

La ética de Cristo fué popular gracias á su propia inferioridad. Los débiles, los ignorantes, los pobres de espíritu, los cobardes, los serviles, los gregarios, los ceros, son los más; por eso la moral cristiana y panarquista (muchos que se creen socialistas y anarquistas son simples cristianos panarquistas) encuentra fáciles simpatías en las glebas.

La moral de Zarathustra es necesariamente impopular: la impopularidad es un privilegio de todas las verdades. Los fuertes, los hermosos, los inteligentes, los sensuales, los dominadores, son los menos.—Sin olvidar, por esto, que son las unidades en toda cifra social.

El loco Jesús fué apóstol de una enfermiza decadencia, astro crepuscular ante una larga noche de la moral humana. El loco Nietzsche ha cerrado el triste paréntesis, presagiando auroras nuevas, astro de un sano amanecer.

*
* *

Ambos fueron locos y geniales. Los cerebros, vergeles de ideas, florecieron extrañas orquídeas filosóficas; el uno corolas de roja seda y el otro de violados terciopelos, sedas altivas y terciopelos tristes. Sus locuras fueron heterogéneas; por eso predicaron morales fundamentalmente diversas. Jesús era tímido y humilde, su moral fué una

umbría maleza, el olivo y el ciprés; Federico era pujante y pletórico, su moral fué una selva frondosa, la encina y el laurel.

El vulgo supone que los alienados no razonan. Muchas veces, en cambio, su locura consiste en que «razonan demasiado». Otros vulgos opinan: el loco no sabe lo que dice; sin embargo, á menudo, la locura estriba en «saber demasiado» lo que se afirma. En las funciones intelectuales, el más y el menos son anormales por igual, lo mismo que en las otras funciones del cuerpo; la hidropesía es tan peligrosa como la consunción.

El loco razonante tiene su lógica, pero la tiene excesiva y paradojal; hay falsas vías en la red de sus comunicaciones cerebrales. Habla sentenciosamente; no concibe la duda ni acepta la discusión. La creencia desborda toda crítica y todo raciocinio. Es un hombre de fe, tan inconmovible en sus yerros como en sus aciertos; es vidente, místico, iluminado inquebrantable.

Sólo en esto son comparables Jesús y Federico; así predica el uno, así escribe el otro. El mecanismo psicológico es semejante; aunque actúe sobre materiales diferentes en cantidad y calidad.

Aquél afirma su compasiva moral con la misma certidumbre con que éste escribe sus abstracciones demoledoras. Hablan por sentencias, razonan por parábolas.

El uno arrastra sus delirios, amenguadores de la personalidad, dentro del bien y del mal; el otro desarrolla los suyos, intensificadores del yo, y remonta su vuelo de condor para colocarse más allá.

Sus afirmaciones, siendo antitéticas, revisten una forma igualmente apodíctica. Son para aceptarlas ó rechazarlas: nunca para discutirlas. Am-

bos afirman con ese carácter absoluto y definitivo que es privilegio de todos los grandes soñadores enfermos.

Jesús, en Galilea, fué tan enfermo como Federico, en Weimar. Pero es fuerza decir algunas diferencias.

*
* *

El éxito no es un azar, tiene su psicología; intrincada, á veces, compleja, pero la tiene. Los delirios geniales no escapan á sus leyes; el éxito los corona ó la irrisión los lapida, según los tiempos. Así se explica la expansión de un genio ignorante, más vasta que la de un genio ilustrado.

El nazarense—inculto rumiador de misticismos plebocráticos—dictó para la grey su ética servil; las plebes agasajadas dijéronse cristianas y le dieron plena razón durante cuatrocientos lustros. Tuvo todas las suertes: no existían alienistas por ese entonces. Pasó desapercibida su enfermedad, vivió sin diagnóstico y le cupo la dicha de ser crucificado; la magnitud del martirio hizo olvidar las nieblas que sombrearon su mentalidad.

Así triunfó en la leyenda; por sus lágrimas, no por su potencia. Triunfó cuando para los cerebros enfermos nadie osaba entreabrir las puertas de un manicomio.

El otro—más grande en su martirio, porque supo mucho y pensó hondamente—se apagó envuelto en la penumbra de un diagnóstico desprestigiador y murió de angustia lenta, gota á gota; corola agostada en una atmósfera sin oxígeno. Este dolor fué demasiado grande para que lo comprendieran las almas pequeñas. Los filisteos, los dominados, los serviles, los sub-hombres, todos

los pordioseros de inteligencia, los mendigos de voluntad, los ajusticiados por su moral evolucionista y selectiva, se apresuraron á proclamar la bancarrota de sus doctrinas, pretextando que todas ellas fueron frutas cariadas de un enfermizo árbol del bien y del mal...

*
* *

La clínica psiquiátrica puede fijar diagnósticos sobre estos dos enfermos ilustres.

Desconocida por sus contemporáneos, la locura de Jesús ha sido y será negada en toda hora por los favorecidos en su doctrina. Su moral es una justificación para los inferiores; justo es que éstos no confiesen que tuvo sus raíces en el delirio. Menos afortunados son otros cientos de cristos que apostolizan en las clínicas de los manicomios: podrían reclamar Passanante y Conselheiro.

El estudioso descubre en Cristo á un alienado místico, enfermo de locura sistematizada religiosa, indudablemente menos filósofo que un Hamlet ó un Don Quijote. Y se explica: Cristo fué elaborado por la tradición sectaria de una multitud inferior, mientras Quijote ó Hamlet fueron forjados por un genio.

En la era de Pilatos llamábase «mesianismo» al delirio religioso sistematizado. Como en el caso de Jesús convenía su locura á la gleba, ésta hizo pendón de las vulgaridades morales y de las máximas que se le atribuyeron gratuitamente.

La locura de Nietzsche, diagnosticada en sus propios libros antes que su organismo cediera bajo la gravitación del mal, es magnífica, deslumbradora, se sobrepone á todas las preocupaciones

sugeridas previamente por el diagnóstico de la enfermedad.

Aquí el loco es un hombre genial, de cultura profunda y compleja; destruye como un ciclón, piensa como un astro, escribe como un poeta.

Guarecidos tras su locura, los hombres retardados en la evolución biológica de la especie, han intentado formar un solo haz de sus videncias y sus desequilibrios, fomentando la confusión entre el robusto florecimiento de su genio y las dolorosas proliferaciones de su enfermedad.

Esa grey de los débiles parece haber temido que su voz despertara en los amos el sentimiento de la potencia necesaria, y que al anuncio de sus nuevas tablas se operase una total transmutación de los valores morales. ¡Quién lo dudara, si en vez de recibir un diagnóstico de la ciencia, le hubiera tocado en suerte, como al Galileo, una cruz para aquilatar sus teoremas en los crisoles del Martirio.

* * *

Corría por esos desfiladeros nuestra imaginación, hacia la encrucijada, en donde la ciencia y la filosofía se interceptan—mirando el estudioso con el lente clínico y el moralista con el lente de su amor á la vida intensa,—cuando el crepúsculo comenzó á espesar sus negruras sobre Roma.

Sólo pudimos agregar que el contraste entre ambas éticas no es menor en su aplicación á la vida práctica.

La moral cristiana es clorótica, compasible. Induce á prolongar las existencias inferiores con limosnas de absurdo altruísmo: rebajan al que las

da y ofenden al que las recibe. Se ha convenido en llamarla moral; es, indudablemente, un buen negocio para los infelices.

Nietzsche es plenitud vigorosa. Nos empuja á ser siempre más, infinitamente, por todos los medios aptos para intensificar la personalidad. Su ética educa para la Vida laboriosa, alegre y fecunda. Induce á perseguir el único derecho incontrastable: la conciencia de la propia fuerza.

Y en la negrura del crepúsculo, maciza ya, vimos perderse poco á poco el domo de San Pedro. Pero sobre el cielo, más intensa que la noche misma, aún recortaba netamente su silueta semicircular el domo del Panteón. Símbolo en esa hora, presagio en los siglos.

FIN

# ÍNDICE

## Una peseta el tomo

| | Tomos. |
|---|---|
| El Horla, por Guy de Maupassant. . . . . . . . . | 1 |
| La muerte de los dioses, por Merejkowski. . . . . | 2 |
| La Mancebía *(La Maison Tellier)*, por Maupassant. . . | 1 |
| La conquista del pan, por Kropotkine. . . . . . . . | 1 |
| Sebastián Roch *(La educación jesuítica)*, por Octavio Mirbeau.. . . . . . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Palabras de un rebelde, por Kropotkine.. . . . . . | 1 |
| Evolución y Revolución, por Eliseo Reclus. . . . . | 1 |
| La Cortesana de Alejandría *(Tais)*, por A. France. . | 1 |
| El dolor universal, por Sebastián Faure. . . . . . | 2 |
| Novelas y pensamientos *(Músicos, filósofos y poetas)*, por Ricardo Wagner. . . . . . . . . . . . | 1 |
| El mandato de la muerta, por Emilio Zola. . . . . | 1 |
| Epíscopo y Compañía, por Gabriel D'Annunzio. . . . | 1 |
| La verdadera vida, por León Tolstoi. . . . . . . . | 1 |
| Flor de Mayo, por Vicente Blasco Ibáñez. . . . . . | 1 |
| Cuentos amorosos y patrióticos, por A. Daudet. . . | 1 |
| Las crueldades del amor, por Judith Gautier. . . . | 1 |
| ¡Centinela, alerta!... por Matilde Serao. . . . . . | 1 |
| Cuentos del Júcar, por José María de la Torre. . . . | 1 |
| Diccionario Filosófico, por Voltaire. . . . . . . . | 6 |
| Campos, fábricas y talleres, por Kropotkine. . . . | 1 |
| La ramera Elisa, por E. de Goncourt. . . . . . . . | 1 |
| Arroz y tartana, por Vicente Blasco Ibáñez. . . . . | 1 |
| La resurrección de los dioses, por Merejkowski. . . | 2 |
| Las chicas del amigo Lefèvre, por Paul Alexis. . . | 1 |
| Los ex-hombres, por Máximo Gorki. . . . . . . . . | 1 |
| Cómo se muere, por Emilio Zola. . . . . . . . . . | 1 |
| El hijo de los boers, por Rider Haggard. . . . . . | 1 |
| Estudios religiosos, por Ernesto Renán. . . . . . | 1 |
| Así hablaba Zorrapastro, por el Comandante *** . . | 1 |
| Noli me tángere *(El país de los frailes)*, por J. Rizal. . | 1 |
| La montaña, por Eliseo Reclus.. . . . . . . . . . | 1 |
| Singoala, por Víctor Rydberg. . . . . . . . . . . | 1 |
| El camino de los gatos, por H. Sudermann. . . . . | 1 |
| El deseo, por H. Sudermann. . . . . . . . . . . | 1 |
| La aurora boreal, por Henry Rochefort. . . . . . | 1 |
| Cuentos é historias, por G. Pérez Arroyo . . . . . | 1 |

| | Tomos. |
|---|---|
| La mujer gris, por H. Sudermann. . . . . . . . . | 1 |
| Emilio Zola *(Su vida y sus obras)*, por Paul Alexis, Luis Bonafoux y Vicente Blasco Ibáñez. . . . . . . | 1 |
| El sueño del Papa, por Víctor Hugo. . . . . . . . | 1 |
| Los Hugonotes, por Próspero Merimée. . . . . . . . | 1 |
| Filosofía del anarquismo, por Carlos Malato. . . . | 1 |
| A ras de tierra, por Manuel Bueno. . . . . . . . . | 1 |
| El Satiricón, por Petronio. . . . . . . . . . . . | 1 |
| Las bodas de Yolanda, por H. Sudermann. . . . . | 1 |
| La sociedad futura, por Juan Grave. . . . . . . . | 2 |
| El amor, las mujeres y la muerte, por Schopenhauer. | 1 |
| El origen del hombre, por Carlos Darwin. . . . . | 1 |
| Un viaje por España, por Teófilo Gautier. . . . . . . | 1 |
| Cuentos valencianos, por Vicente Blasco Ibáñez. . . | 1 |
| Los enigmas del Universo, por Ernesto Haeckel. . . | 2 |
| Mi viaje alrededor del mundo, por Carlos Darwin. . | 2 |
| El colectivismo, por Emilio Vandervelde. . . . . . | 1 |
| El molino silencioso, por H. Sudermann. . . . . . | 1 |
| Dios y el Estado, por Miguel Bakounine. . . . . . | 1 |
| Origen de las especies, por Carlos Darwin. . . . . | 3 |
| Mis exploraciones en América, por Eliseo Reclus. . . | 1 |
| Los espectros.—Hedda Gabler, por Enrique Ibsen. . | 1 |
| Las prisiones, por Kropotkine. . . . . . . . . . . | 1 |
| La expulsión de los jesuítas, por el Conde Fabraquer. | 1 |
| Conflictos entre la Religión y la Ciencia, por Juan G. Draper. . . . . . . . . . . . . . . . | 1 |
| El arroyo, por Eliseo Reclus. . . . . . . . . . . | 1 |
| Emperador y Galileo.—Juliano Emperador, por Enrique Ibsen. . . . . . . . . . . . . . . . | 2 |
| El porvenir de la Ciencia, por Ernesto Renán. . . . | 2 |
| ¿Qué es la propiedad?, por P. J. Proudhon. . . . . | 1 |
| Fuerza y Materia, por Luis Büchner. . . . . . . . | 1 |
| El Rey, por Bjœrnstjerne Bjœrnson. . . . . . . . | 1 |
| La libertad, por Arturo Schopenhauer. . . . . . . | 1 |
| Drama de familia, por Jacinto O. Picón. . . . . . | 1 |
| Moisés, Jesús y Mahoma, por el Barón d'Holbach. . . | 1 |
| Origen de las profesiones, por H. Spencer. . . . . | 1 |
| El mal del siglo, por Max Nordau. . . . . . . . . | 2 |
| Literatos extranjeros, por Angel Guerra. . . . . . | 1 |
| El capital, por Carlos Marx. . . . . . . . . . . | 1 |
| Luz y vida, por Luis Büchner. . . . . . . . . . . | 1 |
| La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland, por Enrique Ibsen. . . . . . . . . . . | 1 |
| Los satíricos latinos, por Germán Salinas. . . . . | 2 |

Tomos.

El tesoro de los humildes, por Mæterlinck. . . . . 1
Junto á las máquinas, por Luis-López Ballesteros. . . 1
La escuela de Yasnaïa-Poliana, por León Tolstoi . . 1
Los cachivaches de antaño, por Roberto Robert. . . 1
Los problemas de la naturaleza, por A. Laugel. . . 1
Vanka, por Antón Tchekhov . . . . . . . . . . . 1
El Anticristo, por Ernesto Renán. . . . . . . . . 2
La monarquía jesuíta, por Melchor Inchofer *(Jesuíta)*. 1
El individuo contra el Estado, por H. Spencer. . . 1
Los problemas del alma, por A. Laugel. . . . . . 1
La guerra, por Vsevolod Garchine. . . . . . . . 1
Visiones de España, por Manuel Ugarte. . . . . . 1
Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, por Federico Engels. . . . . . . . . . 2
Pequeña guarnición, por el Teniente O. Bilse. . . . 1
Los problemas de la vida, por A. Laugel.. . . . . 1
Creación y Evolución, por H. Spencer. . . . . . . 1
Pasados por agua, por Luis Morote. . . . . . . . 1
Determinismo y responsabilidad, por A. Hamon. . . 1
Por los campos y las playas, por Gustavo Flaubert. . 1
La inferioridad mental de la mujer, por P. J. Moebius. 1
Los Evangelios y la segunda generación cristiana, por Ernesto Renán.. . . . . . . . . . . . . 2
La guerra ruso-japonesa, por León Tolstoi. . . . . 1
Progreso y miseria, por Enrique George. . . . . . 2
Psicología del militar profesional, por A. Hamon. . 1
La expresión de las emociones en el hombre y en los animales, por Carlos Darwin. . . . . . . . . 2
La sociedad moribunda y la anarquía, por J. Grave. . 1
Páginas rojas, por Séverine . . . . . . . . . . 1
La simulación en la lucha por la vida, por J. Ingegnieros. . . . . . . . . . . . . . . . . . 1
Las mentiras convencionales de la civilización, por Max Nordau. . . . . . . . . . . . . . . 2
Matrimonios morganáticos, por Max Nordau.. . . . 2
El tablado de Arlequín, por Pío Baroja. . . . . . 1
Cosas de España, por Próspero Merimée. . . . . . 1
Cuadros históricos de la Revolución Francesa, por Chamfort. . . . . . . . . . . . . . . . . 1
La Anarquía y el Colectivismo, por A. Naquet . . . 1
La antigua y la nueva Fe, por D.-F. Strauss. . . . 1
El Arte y la Democracia, por Manuel Ugarte. . . . 1
La comedia del sentimiento, por Max Nordau. . . . 1
Rebaño de almas, por Luis Morote. . . . . . . . . 1

| | Tomos. |
|---|---|
| La Iglesia Cristiana, por Ernesto Renán. . . . . . | 1 |
| La dicha de la vida, por John Lubbock. . . . . . | 1 |
| Problemas sociales, por Enrique George. . . . . . | 1 |
| Federalismo, Socialismo y Antiteologismo *(Cartas sobre el patriotismo)*, por Kropotkine. . . . . . . | 1 |
| El Unico y su propiedad, por Max Stirner. . . . . | 2 |
| Vida nueva..., por E. Rodríguez Mendoza. . . . . . | 1 |
| El Anticristo, por Dimitry de Merejkowski. . . . . | 2 |
| Estudios Literarios y Religiosos, por Strauss. . . | 1 |
| La Gran Huelga, por Carlos Malato. . . . . . . | 2 |
| En marcha, por Séverine.. . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Discantes y contrapuntos, por Rafael Mitjana.. . . | 1 |
| Psicología del socialista-anarquista, por A. Hamon. | 1 |
| Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo, por Ernesto Renán. . . . . . . . . . . . . . . | 2 |

## LOS CLÁSICOS DEL AMOR

**Voltaire.**—*La Doncella* (un tomo). Una peseta.

**Casanova.**—*Amores y Aventuras* (un tomo). Una peseta.

**Apuleyo.**—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.

**Longo.**—*Dáfnis y Cloe* (un tomo). Una peseta.

---

MODELOS DE CARTAS, arreglados por Carmen de Burgos Seguí *(Colombine)*.—Un tomo: UNA peseta.

---

ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, de Incapacidades, de Guerra y Marina, por José Manáut Nogués.—Un tomo: DOS pesetas.

---

## Á TRES PESETAS EL TOMO

**E. Haeckel.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales* (2 tomos).

**A. Renda.**—*El Destino de las Dinastías* (La herencia morbosa en las Casas Reales) (1 tomo).

**P. Lanfrey.**—*Historia política de los Papas* (1 tomo).

